

EDUARDO M. GALARRAGA

LEGADO ESPIRITUAL



EDITORIAL INDEPENDENCIA
BUENOS AIRES



00160979



OBSEQUIO DE LA
EDITORIAL INDEPENDENCIA

Impreso en los Talleres Gráficos
de Guillermo Kraft Ltda, el 25 de
Junio de 1937.

LEGADO ESPIRITUAL

TEXTO DE LECTURA PARA 5° Y 6° GRADOS

POR

EDUARDO M. GALARRAGA

APROBADO POR EL
CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION



María Eugenia Sagetti

PUBLICADO POR LA
EDITORIAL INDEPENDENCIA
(CORPORACIÓN ARGENTINA DE PUBLICACIONES DIDÁCTICAS)

RECONQUISTA 319-325 - BUENOS AIRES

1937

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA

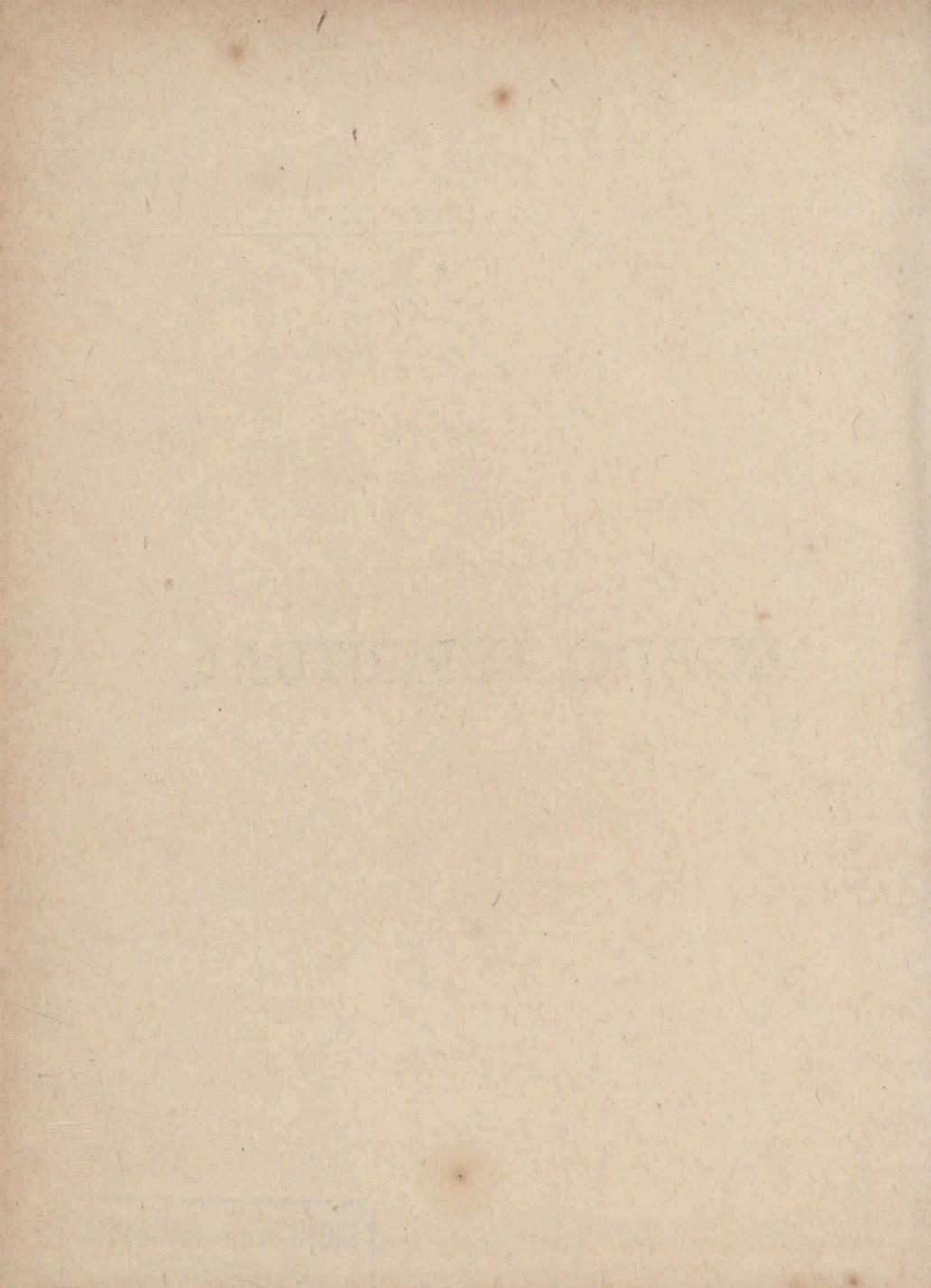
REGIMEN LEGAL DE
LA PROPIEDAD INTE-
LECTUAL. LEY 11.723

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EDUARDO M. GALARRAGA

LEGADO ESPIRITUAL

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



HISTORICAS

	Pág.
Sarmiento	39
El Himno	47
El general San Martín	61
El bautismo de la Caballería Argentina	73
Mariano Moreno	83
El almirante Brown	119
Buenos Aires antiguo	132
Los romanos	137
La Constitución	141
Los tehuelches	151
El general Belgrano	157
Don Bernardino Rivadavia	175
El mensaje de América	191
Fray Justo Santa María de Oro y el Congreso de Tucumán	207

GEOGRAFICAS

Las selvas de América	103
El Océano	110
Buenos Aires antiguo	132
La fauna del Chaco	147
Los tehuelches	151
Petróleo	153
En el valle de Algar	179
Las islas de coral	181
Las cataratas del Iguazú	183
Confraternidad aborígen	209
En los bañados	216
Los indios matacos	220

CIENTIFICAS

Lo que dicen las estrellas	50
Las celdas de las abejas	65
Las hormigas y sus ejércitos	84
Los polluelos	86
El fuego	88
Las golondrinas	101

	Pág.
Los árboles	107
Los rayos X	117
El cóndor	129
El sol y la luna (Soneto)	135
La fauna del Chaco	147
Petróleo	153
Las hojas secas	160
Canto de las aves	162
El ombú	164
Las mulas	172
Amor maternal de los insectos	189
La lengua patria	196
Descubrimiento de la vacuna	197

DESCRIPTIVAS Y NARRATIVAS

En la montaña	18
El gaucho	23
La leyenda de Santos Vega	25
Santos Vega (Verso)	27
La travesía aérea de los Andes	35
Escena campestre	41
La vaca ciega (Verso)	43
La lechera (Fábula)	56
Matinal (Verso)	67
La Venus de Milo	71
Después del invierno	113
El ombú (Verso)	166
Visión de pesadilla (Verso)	177
En el valle de Algar	179
América (Verso)	193

FORMACION MORAL

La viga	30
¡Viva la patria!	32
El trabajo	37
Las madres	44
Aventuras de Tom Sawyer	52

	Pág.
La lechera (Fábuja)	56
Gil Blas en el mesón	58
El árabe y su caballo	81
Mi padre (Verso)	90
Caracteres	93
El ama (Verso)	98
Plegaria del alba (Verso)	127
Franklin	131
El sol y la luna (Soneto)	135
La fuerza de la democracia Norteamericana	139
La oración por todos (Verso)	143
Sobre el no deber	146
Refr llorando (Verso)	155
La historia de un lustrabotas	169
La Hermana de caridad (Verso)	186
Los bueyes	200
Por los niños pobres	212

FORMACION CIVICA

A la Patria (Verso)	15
La leyenda de Santos Vega	25
Canto Patriótico (Coro)	34
Sarmiento	39
El Himno	47
Oración a la Bandera	49
El general San Martín	61
El bautismo de la Caballería Argentina	73
Mariano Moreno	82
El almirante Brown	119
Tucumán (Verso)	121
El cariño por la tradición	122
La fuerza de la democracia Norteamericana	139
La Constitución	141
El general Belgrano	157
Don Bernardino Rivadavia	175
Fray Justo Santa María de Oro y el Congreso de Tucumán	207

PROLOGO

(Para el alumno)

Hombres sabios, corazones nobles, almas grandes, talentos preclaros, nos han dejado su pensamiento en libros que están al alcance de quienes quieran leerlos.

La sabiduría, la belleza, la bondad, nos llegan, así, como el más precioso de los legados. Y nosotros calmamos en él la sed de nuestro corazón y robustecemos nuestro amor a todo lo creado, elevándonos y perfeccionándonos día a día.

Canta el poeta, y sus versos nos hacen revivir las emociones que él experimentó al escribirlos; habla el sabio, y los conocimientos que adquirió trabajosamente, enriquecen nuestro saber; aconseja el prudente, y sus palabras nos muestran cuál es el mejor camino a recorrer.

Aquel legado nos es brindado generosamente, ya que lo recibimos sin que nada se nos pida en cambio. ¡Felices aquellos que saben valorarlo para enaltecer su vida! ¡Y ojalá que el título de este libro haga meditar sobre su contenido y sea bien interpretado por aquellos a quienes se destina!

EDUARDO M. GALARRAGA.

UNA PALABRA AL LECTOR

(*Prefacio de "Gil Blas de Santillana"*)

Antes de leer la historia de mi vida, escucha, amigo lector, un cuento que te voy a contar.

Caminaban juntos y a pie dos estudiantes desde Peñafiel a Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto a una fuente que estaba en el camino.

Después que descansaron y mitigaron la sed, observaron, por casualidad, una como lápida sepulcral, que a flor de tierra se descubría cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venía a beber a la fuente. Picólos la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras: "Aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro García".

El más mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripción, cuando exclamó, riéndose a carcajada tendida: "¡Gracioso disparate! ¡Aquí está enterrada el alma! ¡Pues qué! ¿un alma puede enterrarse? ¡Quién me diera a conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio!"

Y diciendo esto se levantó para irse.

Su compañero, que era algo más juicioso y reflexivo, di-

jo para consigo: "Aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo".

Dejó partir al otro, y sin perder tiempo, sacó un cuchillo y empezó a socavar la tierra alrededor de la lápida, hasta que logró levantarla.

Encontró debajo de ella un bolsillo; abrióle, y halló cien ducados, con estas palabras en latín: "Declárote por heredero mío, a tí, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripción".

Alegre el estudiante con este descubrimiento, prosiguió su camino a Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, te has de parecer necesariamente a uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexión de las instrucciones morales que encierran, ningún fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atención, encontrarás en ellas, según el precepto de Horacio, "lo útil mezclado con lo agradable".

ALAIN RENÉ LESAGE.



LOS LIBROS

Tengo amigos de agradabilísimo trato que me hablan desde todos los tiempos y desde todos los países.

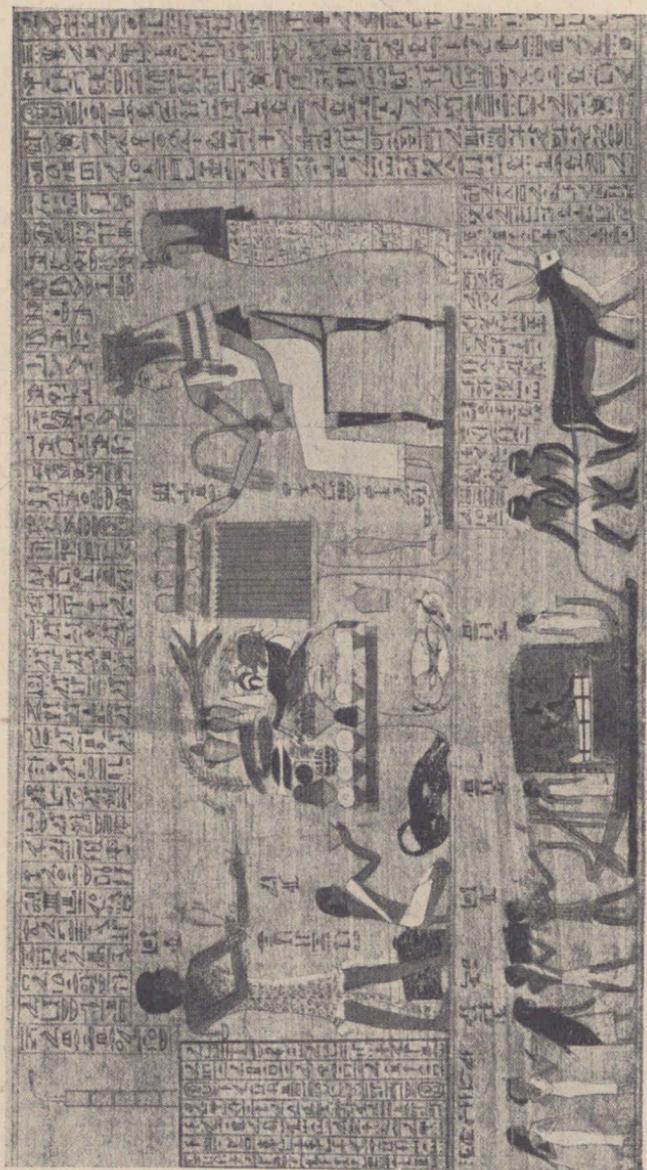
Nada me cuesta conversar con ellos; están a mi servicio y siempre responden a mis preguntas.

Unos me enseñan cómo he de vivir y otros cómo he de morir. Unos distraen mis cuidados y preocupaciones; otros regocijan mi ánimo, al paso que otros fortalecen mi mente y me estimulan a reprimir mis apetitos y a confiar únicamente en mí mismo.

Me abren los caminos de las ciencias y de las artes, y por sus consejos me prevengo contra cualquier contingencia.

En pago de tan valiosos servicios, sólo me piden un modesto estante donde reposar en paz, pues más les gusta la tranquilidad del retiro que el bullicio mundano.

PETRARCA.



Fragmento de "El libro de la muerte", escrito en jeroglíficos sobre papiro.

LA LECTURA

En la lectura debe cuidarse de dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien.

Nunca deben leerse libros que extravíen el entendimiento o corrompan el corazón.

Las lecturas irreligiosas e inmorales no conducen a la ciencia; por el contrario, son una fuente de frívola superficialidad.

Conviene leer los autores cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado: así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más. Estos escritores eminentes enseñan, no sólo por lo que dicen, sino también por lo que hacen pensar. El espíritu se nutre con la doctrina que le comunican, y se despierta y desarrolla por las reflexiones que le inspiran. Entre dos hombres, uno mediano y otro eminente ¿quién preferiría consultar al mediano?

Se ha de leer mucho, pero no muchos libros. Esta es una regla excelente. La lectura es como el alimento: el provecho no está en proporción de lo que se come sino de lo que se digiere.

La lectura debe ser pausada, atenta, reflexiva. Conviene suspenderla con frecuencia, para meditar sobre lo que se lee; así se va convirtiendo en sustancia propia la sustancia del autor, y se ejecuta en el entendimiento un acto semejante al de las funciones nutritivas del cuerpo.

JAIME BALMES.

DE LOS FRUTOS DE LA LECTURA

Si en cambio de mi amor a la lectura vieran a mis pies los troncos del mundo, rebusaría el cambio.

Fenelón.

Acaso no haya otra fuerza tan poderosa como la lectura para aliviar al apesadumbrado de su desdicha, al afligido de sus dolores y al triste de su pena.

Los libros son compañeros del solitario, amigos del desamparado, solaz del tedioso, contento del descorazonado y sostén del desvalido. Son luz que desvanece las tinieblas y fulgor solar que disipa las sombras.

¡Cuántos pobres, olvidados del mundo, se consolaron de su pobreza y hallaron remedio a su necesidad, alivio a su pena y reparo a sus melancólicos pensamientos, en la lectura de un libro excelente!

O. S. MARDEN.

A LA PATRIA

¡República Argentina! ¡Patria amada!

Tu espléndida corona, matizada
de gayas flores las naciones ven;
la cariñosa mano de tus bardos
puso rosas, jazmines, violas, nardos,
entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo a mezclar con esas flores,
de olímpicos perfumes y colores,
las silvestres y humildes que aquí ves;
vengo, patria gloriosa, solamente,
a doblar la rodilla, reverente,
y a deshojar las mías a tus pies.

JUAN ANTONIO ARGERICH.

LA ESCUELA Y EL NIÑO

La escuela prepara al niño para que pueda ganarse honradamente la vida, cualquiera que sea la profesión a que se dedique.

Las enseñanzas que recibe, ¿son las mismas que recibieron los escolares del pasado? Indudablemente no. Cientos, miles de hombres, trabajan constantemente, desde los albores de la vida, en perfeccionar los conocimientos, a fin de difundirlos y llevar la verdad a sus semejantes.

Las reglas gramaticales que nos permiten expresarnos con claridad, son consecuencia de las obras de los grandes escritores. Desde los tiempos lejanos en que la humanidad empezó a balbucir sus primeros pensamientos, hubo quienes se cuidaron de las formas del decir, procurando darles claridad y belleza. De esas obras, que iban perfeccionando el lenguaje, derivaron paulatinamente las reglas que nos enseña la gramática.

¿Y la historia? ¿Creéis por ventura que se fué escribiendo a medida que ocurrían los sucesos? ¿Y cuando no existía la expresión escrita?

Ha sido necesario que hombres eruditos fuesen a buscar la verdad en los monumentos, en los objetos de piedra, de hie-

rro, de cobre o marfil; en viejos papiros o en manuscritos semiborrados por el tiempo.

Conocemos algo de los secretos de la naturaleza, porque investigadores profundos se dieron a la tarea de escudriñarla. El zoólogo, el botánico, el físico, el químico, el astrónomo, han arrancado, poco a poco, la verdad que se hallaba oculta en la selva, en la montaña, debajo de la tierra o en los cielos inconmensurables.

Y toda esa ciencia ha llegado a la escuela a medida que se descubría.

¿Piensas tú, que esto lees, en todo el esfuerzo, en todo el sacrificio realizado por esos hombres para hacerte conocer el mundo y prepararte para que vivas en él, libre y feliz?

OSVALDO T. GALLARDO.



EN LA MONTAÑA

Describe el autor las escenas a que da lugar la suelta de la hacienda en los prados comunales, al llegar la primavera.

Desaparecieron como por encanto los portillos, y cada una de las brechas resultantes fué vomitando en la vega el ganado a borbotones, en abigarrada y pintoresca mezcla de especies, sexos, edades y tamaños: la mansa oveja y el retozón becerro; la cabra arisca y el perezoso buey; la dócil burra y la gentil novilla; la sosegada vaca, el inquieto potro y el toro rozagante.

Tras el ganado apareció la gente. Los muchachos, armados de sendos palos, se lanzaban mies abajo, silbando al vacuno, apaleando a las burras, ladrando a las ovejas y espantando a los potros con gritos y aspavientos. Pero no era necesaria tan ruidosa excitación para que las inofensivas bestias dieran al traste con la formalidad, pues no bien sus pezuñas hollaron el blando suelo de la mies, toda la extensión de la vega les pareció poca para campo de su regocijo.

¡Válgame Dios, qué triscar el suyo y dar corcovos y sacudir el rabo! ¡Qué mugir los unos, y relinchar los otros, y balar aquestos, y rebuznar por allí o bramar por el otro lado! ¡Qué embestir los chicos a los grandes, y hacerse éstos los te-

merosos y los débiles por chanza y pasatiempo! ¡Qué revolcarse los burros y galopar los potros sin punto de sosiego, como si el lobo los persiguiera! ¡Qué galardearse a lo mejor el becerrillo negro, junto a la apuesta novilla, y escarbar el suelo, y bajar la cabeza y mirar en derredor con fiera vista, y hacer la rosca con el rabo, sin qué ni para qué, puesto que ningún rival le disputaba el campo!

Hasta el manso y trabajado buey olvidaba su esclava condición, sus años y fatigas, para tomar parte en el general holgorio con tal cual amago de corcovo mal hecho.

JOSÉ MARÍA PEREDA.



SUERTE Y TRABAJO

Ha existido por mucho tiempo una creencia popular en la buena suerte, pero como muchas otras opiniones populares, va desapareciendo gradualmente.

Se va extendiendo la convicción de que la actividad es la única base de la buena suerte; en otras palabras, que el éxito de un hombre en la vida será proporcionado a sus esfuerzos, a su laboriosidad, a su atención por las pequeñas cosas.

Los individuos negligentes, indeterminados, nunca encontrarán la suerte, porque los resultados del trabajo le están negados a aquellos que no quieren usar de los esfuerzos convenientes para asegurárselos.

No es la suerte sino la labor, la que hace a los hombres.

La suerte, dice un escritor norteamericano, siempre está esperando que se presente algo; el trabajo, con mirada penetrante y voluntad firme, siempre ofrece algo. La suerte está en la cama y espera que el cartero le traiga la nueva de un legado; el trabajo se levanta a las seis, y con activa pluma o sonoro martillo, pone los fundamentos de un bienestar. La suerte se lamenta; el trabajo silba alegremente. La suerte confía en el acaso; el trabajo, en el carácter. La suerte se desliza hacia abajo; el trabajo forcejea para arriba y aspira a la independencia.

SAMUEL SMILES.

EL TRABAJO

Fatigado de estudiar,
fué Adolfo al jardín un día
y exclamó con alegría:
— hoy no quiero trabajar;
tendido aquí sin temores,
hablaré de muchas cosas
con estas flores hermosas.

— No — le dijeron las flores
— en tanto que el libro dejas,
y al estudio eres infiel,
nosotras formamos miel
que han de libar las abejas.

— Venid, abejas, conmigo —
dijo Adolfo; ellas lo oyeron,
— Y no podemos — dijeron,
gracias, mil gracias amigo;
el ocio nos causa mal;
nosotras de prisa vamos,
que esta miel que atesoramos,
la espera nuestro panal.

— Avescilla, tú que en pos
de las flores del pensil
vas volando en giros mil,
ven, jugaremos los dos.

— No—dijo el ave—mis vuelos
nunca los emprendo en vano;
y voy a buscar el grano
que han de comer mis hijuelos.

— Pues escucha el ruego mío,
aura, que pasas ligera.

— Yo le llevo a la pradera
estas gotas de rocío.

— Tú, cristalino arroyuelo.

— Yo voy el río a buscar.

— Tú, río.

— Yo voy al mar.

— Tú, vapor.

— Yo voy al cielo.

Trémulo Adolfo lloraba,
y el dulce llanto del niño
con inefable cariño
un ángel bello enjugaba.

— El trabajo el bien procura
— le dijo — seca tu lloro;
el trabajo es un tesoro,
el trabajo es la ventura.

Y por eso la corriente
cristalina, los vapores,
las abejas y las flores,
trabajan constantemente.

JOSÉ ROSAS MORENO.

EL GAUCHO

El gaucho es el tipo genuino, auténtico, de nuestra tierra; fué héroe y civilizador; nos dió libertad y belleza. Centauro maravilloso, que enfrente de la naturaleza salvaje persiguió al ganado bravío y domó al potro; que cantó sus dolores y combatió por la patria, tuvo un papel importante en la evolución argentina. Hay, sin embargo, espíritus pedantescos que sin conocer la historia, haciendo gala de un europeísmo mal entendido, hablan mal de nuestras tradiciones y pretenden desligarse de lo que fué, como si ahí no estuviese el germen de lo que es.

El gaucho, hermoso tipo de nuestras campañas, descendiente de razas viriles, aparece como un producto del medio y presenta características psicológicas que lo singularizan y forman el substractum de una raza futura.

En su lucha contra la naturaleza venció. Siempre a caballo — era un centauro — con mirada zahorí escrutaba el horizonte, desarrollando un sentimiento fuerte de personalidad. El hijo del desierto era generoso, altivo, valiente como las armas, leal y amante de la patria.

Todos los ejércitos libertadores marcharon por su esfuerzo. Con los gauchos se hizo la guerra de la independen-

cia; con ellos San Martín pasó los Andes y arrojó al mar las tropas españolas que habían hecho frente a Napoleón.

Gauchos fueron los soldados de Güemes; gauchos los que derramaron su sangre en todas las batallas y los que conquistaron el desierto.

El gaucho hizo la patria, y toda su recompensa fué la injusticia, que hasta ahora, desaparecido casi, se ensaña con él.

ALFREDO L. PALACIOS.

(*Fragmento.*)



LA LEYENDA DE SANTOS VEGA

Entre las leyendas pampeanas, y puede decirse que entre todas las leyendas argentinas, ninguna tan expresiva y popular como la de Santos Vega.

Santos Vega es la más pura y elevada personificación del gaucho. Es el hijo, es el señor, es el dios de la Pampa.

En tiempos distantes y nebulosos, allí donde se pierde el recuerdo de los orígenes de la nacionalidad argentina, Santos Vega fué el más potente payador. Su numen era inagotable en la improvisación de endechas, ya tiernas, ya humorísticas; su voz, de timbre cristalino y trágico, inundaba el alma de sorpresa y arrobamiento; sus manos arrancaban a la guitarra acordes que eran sollozos, burlas, imprecaciones.

Su fama llenaba el desierto. Avida de escucharlo, acudía la muchedumbre de los cuatro rumbos del horizonte. En las "payadas de contrapunto", esto es, en las justas o torneos de canto y verso, salía siempre triunfante. No había en las pampas trovador que le igualara ni recuerdo de que alguna vez lo hubiese habido. Donde quiera que se presentase, rendíale el homenaje de su poética soberanía aquella turba gauchesca, tan amante de la libertad y rebelde a la imposición. Para el alma sencilla del paisano, dominada por su canto exquisito, Santos Vega era el rey de la Pampa.

A la sombra de un ombú, ante el entusiasta auditorio que atraía siempre su arte, cantaba una tarde Santos Vega, el payador, sus mejores canciones. En esto se presenta a galope ten-

dido un forastero; se tira del caballo, interrumpe el canto y desafía al cantor.

Es tan extraño su aspecto que todos temen, vaga y puntualmente, una desgracia.

Pálido de coraje, Santos Vega acepta el desafío; temple la guitarra y canta sus cielos y vidualitas. Cuando termina, creyendo imposible que un ser humano le pueda vencer, los circundantes le aplauden en ruidosa ovación.

Hácese otra vez silencio. Tócale su turno al forastero. Su canto divino es una música nunca oída, caliente de pasiones infernales, rebosante de ritmos y armonías enloquecedoras. ¡Ha vencido a Santos Vega! Nadie puede negarlo; todos lo reconocen condolidos y espantados. . . ¡Adiós fama, adiós gloria, adiós vida!

Santos Vega no puede sobrevivir a su derrota. . . Acaso el vencedor, en quien se reconoce ahora al propio diablo, al temido Juan sin Ropa, habiendo ganado, y como trofeo de su victoria, pretende llevarse el alma del vencido. . .

Desde entonces, en efecto, desapareciendo del mundo de los mortales, Santos Vega es una sombra doliente que, al atardecer, y en las noches de luna, huye a lo lejos a través de las pampas, la guitarra terciada a la espalda, en su caballo veloz como el viento.

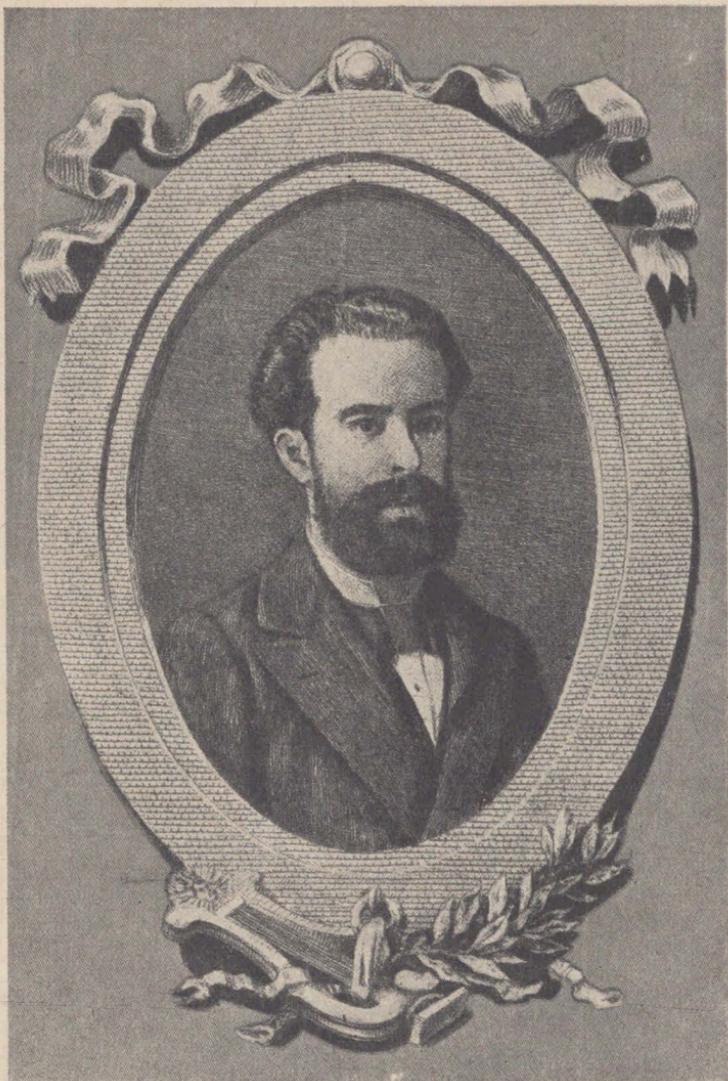
CARLOS OCTAVIO BUNGE.



SANTOS VEGA

Cuando la tarde se inclina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
que, en tibia noche de luna,
en solitaria laguna
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha, y un velo
va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio,
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.



Rafael Obligado.

Dicen que en noche nublada,
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

RAFAEL OBLIGADO.
(Fragmento).



LA VIGA

¿Queréis que os cuente una historia que leí, no recuerdo dónde?

Un obrero forjaba una barra de hierro. El martillo subía y bajaba con gran estrépito y a cada golpe, de la barra de hierro enrojecido, brotaban millares de chispas; pero del corazón ardiente del hombre que trabajaba para sus hermanos brotaban, más numerosas, invisibles chispas de amor.

Aquella barra, bajo la acción del martillo, se estira y va tomando forma. Pronto el obrero habrá terminado su tarea y podrá, después del largo esfuerzo, regresar a su casa con una serena canción en los labios.

Pero el forjador se detiene. Ha descubierto una pequeña falla, tan pequeña que escapará a la vista más perspicaz; pero no ha escapado a la suya, y eso basta.

— Un trabajo mal hecho —se dice el honrado obrero— puede acarrear perjuicios irreparables.

Seca entonces su frente cubierta de sudor, toma la barra y la arroja al fuego ardiente de la fragua, para recomenzar una tarea que creía concluída.

De nuevo el martillo sube y baja en un golpear incesante. Al fin la barra está terminada. Y el obrero, con el corazón alegre, la entrega a los ingenieros. Poco después forma parte del esqueleto de un puente.

Meses más tarde, ese puente tiembla bajo los pasos de un regimiento que lo cruza.

Mirad: el peso de aquellos seiscientos hombres ha doblado casi todos los travesaños. Hay uno, uno solo, que resiste. Si aflojase, ¡oh!, entonces todo aquel conjunto cedería y aquellos hombres se verían precipitados al río turbulento que corre debajo.

Pero no; la viga resiste.

Pasad tranquilos, bravos soldados; la barra de hierro es tan fuerte como el corazón del obrero que la forjó.

El humilde forjador de hierro jamás supo que la honradez con que fabricó la viga había salvado tantas vidas, pero, ¿qué importa que lo hubiese sabido? Había cumplido con su deber y eso bastaba.

Nosotros, como el forjador de esta historia, no podemos conocer siempre las consecuencias de nuestras acciones, y por eso debemos hacerlas tales, que en ellas resplandezca nuestra buena voluntad, nuestra buena fe y nuestra condición de seres que se sienten solidarios de sus hermanos.

GUYAU.



¡VIVA LA PATRIA!

Erase un anciano, padre de seis robustos mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia. Sintiendo cercana la hora de su muerte, un día los llamó. Presentóles un haz de siete varas, sólidamente atado, y les dijo:

—Dejaré en herencia toda mi hacienda a aquel de vosotros que pueda quebrar este haz.

Uno a uno ensayaron en vano, los siete mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia, doblando el haz sobre sus rodillas salvajes. Y exclamaron:

—No podemos, padre.

Entonces el anciano desató el haz y lo rompió sin esfuerzo, vara tras vara.

Observáronle sus hijos:

—Así, también podríamos haberlo hecho nosotros, padre.

Y el anciano repuso:

—Esta lección, hijos míos, es la mejor herencia que os lego. Meditadla. Aislados, cualquiera os podrá quebrar, como yo quebré esas varas. Unidos todos por el amor de hermanos, seréis fuertes e invencibles como el haz.

Esto, que dijera aquel sabio anciano a sus hijos, debe repetirlo la patria a todos sus hombres. Porque un pueblo no es más que una familia; una nación es sólo un numeroso grupo de hermanos.

Los pueblos que fueron fuertes y gloriosos en la historia, lo fueron siempre porque sus hijos amaban a la patria. Y todos los hombres que fueron grandes, cimentaron su grandeza en el desprecio a los intereses mezquinos y el amor a los hermosos ideales, especialmente al ideal de la patria.

Sólo en las sociedades decadentes y corrompidas, los hombres carecen de patriotismo. Esas sociedades están destinadas a debilitarse y perecer.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.



CANTO PATRIOTICO

Coro

A la faz de los cielos ¡oh patria!
nuestros votos juramos cumplir.
¡Tiemble el déspota osado que intente
los derechos del pueblo destruir!

I

¡Palma! palma a tu sien soberana,
raza ilustre de libres y bravos.
¡De rodillas! naciones de esclavos,
al gran pueblo de Mayo aclamad.

Ya no es hoy el que, en ruina y sangre,
viera el mundo espantado algún día;
muerta yace a sus pies la anarquía;
la ley brilla en triunfal majestad.

II

En presencia del Código augusto
cesó el grito de guerra entre hermanos,
y estrechadas por siempre las manos
la palabra de paz se oyó al fin.

El programa inmortal que en cien lides
nuestros padres trazaron prolijos,
hoy lo sellan felices los hijos
de los héroes de Maipo y Junín.

LEOPOLDO ZULOAGA.

LA TRAVESIA AEREA DE LOS ANDES

Partimos de Santiago, ascendiendo en dirección al oriente y buscando una planicie aérea no inferior a 6.000 metros de altura sobre el mar, para hacer en buenas condiciones la travesía andina.

En forma gradual y sin esfuerzo mayor, el avión monta hasta colocarse más arriba de las cúspides nevadas, llegando luego al soberbio dorso de la cordillera, en donde, poco a poco, entramos a una verdadera avenida de culminaciones y volcanes, por la cual atraviesa zumbando, como abejorro insignificante, la intrépida invención mecánica que nos transporta.

¿Qué aspecto tendremos desde abajo?

Debemos ser sólo una simple y extraña nota musical en medio del silencio que las alturas guardan. Junto con el asombro, llegan hasta la cabina deslumbrantes reflejos de nieve, que la iluminan interiormente, sugestionando nuestros pensamientos.

Divisamos allá abajo, en la hondonada de un abismo, la filamentososa raya del Trasandino, por la cual se desliza un tren liliputiense. Más arriba, una laguna helada ofrece, con las sombras de los cerros, el aspecto de un cristal celeste. Atrevidas rugosidades, cubiertas en sus lomos por franjas blancuecinas, desfilan sin cesar, y en seguida, destacándose hacia el norte, avanza egregio el gigante máximo de la serranía, el Aconcagua, coronada su cima por un anillo de nubes.

Es tan bella la magnitud circundante, que los labios enmudecen.

Un cielo diáfano, de maravillosa pureza, nos permite admirar la estupenda procesión de cumbres, estacionada en aquellos parajes.

Nos mantenemos durante un cuarto de hora en medio de la ciclópea agrupación, y sólo después de atravesar la frontera comenzamos a divisar el horizonte mendocino. Acantilados cobrizos, salpicados de nieve en sus alturas, encajonan valles profundos, que se retuercen y suceden antes de aparecer el valle de Uspallata.

El lado argentino carece de las abruptas laderas del lado chileno. Hay un descenso de blandos declives, que se debaten suavemente en las cercanías de la planicie, y por encima de los cuales ya se puede contemplar la pampa argentina, cubierta de una bruma levísima.

El avión clava entonces sus timones, inclinándose veloz en dirección al campo de aterrizaje.

CÉSAR SILVA CORTEZ.



EL TRABAJO

Con trabajo tenaz no hay en la vida situación que no pueda ser dominada y vencida.

El trabajo enaltece y dignifica al hombre y, lejos de ser mirado como un castigo, debe considerarse como un supremo bien y como un potente factor de progreso y civilización.

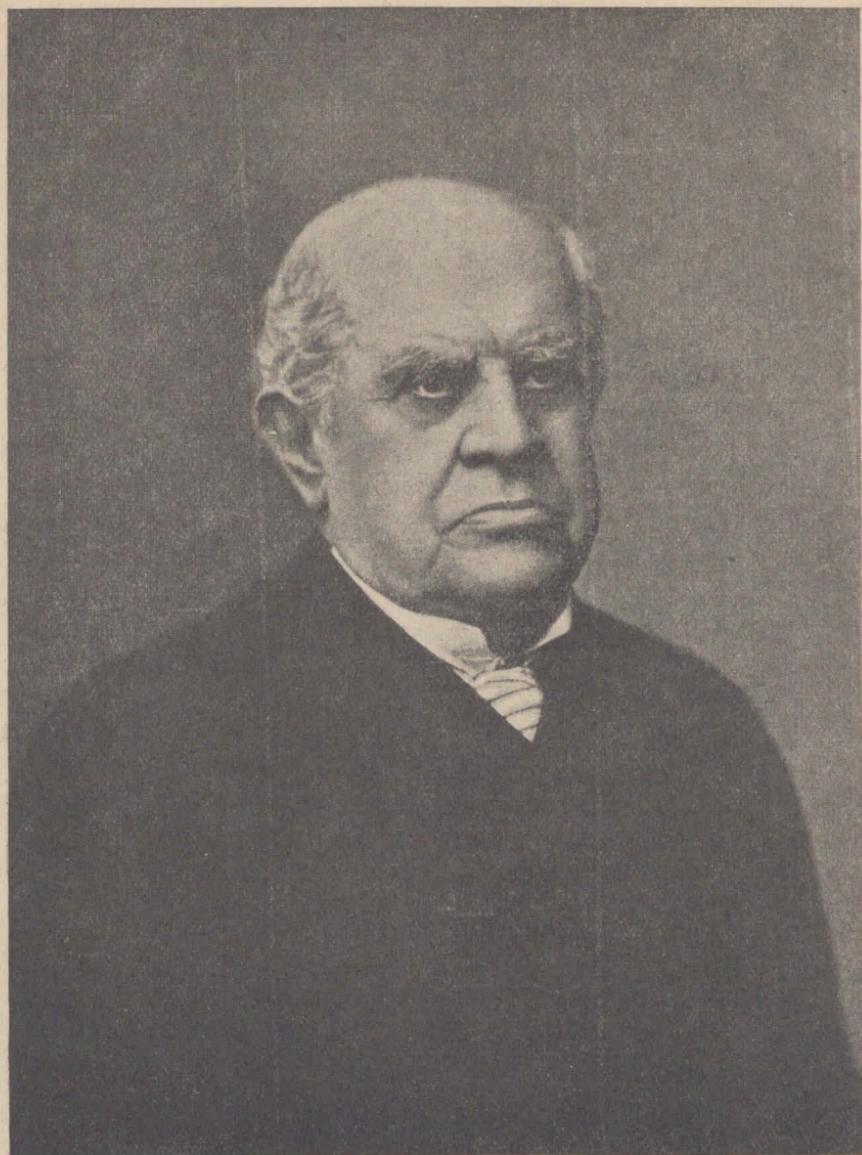
Si el trabajo no conduce siempre a los esplendores del lujo y de la fortuna, otorga "esa dorada medianía" que fué la aspiración y el anhelo del sabio y del prudente de los tiempos clásicos, que resumía el insigne agustino Fray Luis de León, cuando exclamaba con inspirado acento:

Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso,
a solas su vida pasa.

Con solo Dios se compasa:
ni envidioso ni envidiãdo.

Si; ni envidioso ni envidiado, es decir, resignado con su suerte; bueno, alegre, porque donde no hay alegría parece que no puede haber felicidad; tolerante, cariñoso con los demás y, en fin, humilde, porque siendo humilde no será envidioso, y siendo modesto no será envidiado.

EMILIO SOULERE.



Domingo Faustino Sarmiento.

SARMIENTO

Discurso pronunciado por el Dr. Carlos Pellegrini en la inhumación de sus restos.

Tras el último y supremo embate, Sarmiento entrega su mortal vestidura a la tierra, como el soldado antiguo se despojaba, después de la ruda lucha, de su trabajada armadura y de su vieja y buena espada, al caer vencido por fuerzas superiores. Queda su gloria; ante ella se inclinan todos, y en campos adversos están silenciosas las tiendas, enlutadas las banderas, mientras el tambor bate el fúnebre compás.

Todos lo hemos visto, todos lo hemos conocido; era la cumbre más elevada de nuestras eminencias americanas; el sol coronaba de luz su sien soberbia, y había en sus entrañas agitaciones de volcán.

Viviendo en su contacto era difícil medir sus proporciones y, recién al caer derruido por el tiempo, podemos apreciarlas, al ver sus fragmentos cubrir medio siglo de nuestra historia en la extensión de medio continente.

Sarmiento fué el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en todo tiempo y en todo lugar, hubiera tendido sus alas de cóndor y morado en las alturas. Nacido hace un siglo, hubiera sido una de las primeras figuras de nuestra emancipación política, al lado de Moreno y Rivadavia.

Nacido en el primer año de la revolución, ha sido el que vió más lejos, en el porvenir, los destinos de nuestra patria, y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido

el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda.

Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fué apóstol y fué soldado.

Todo lo que constituye nuestro progreso debe algo a Sarmiento. En su vida laboriosa ha trabajado largo y profundo surco en nuestro virgen suelo argentino, derramando en él, a manos llenas, la semilla fecunda del bien. Si alguna se perdió entre espinas o pedregales o fué llevada por las aves del cielo, más feliz que el sembrador del evangelio, la mayor parte cayó sobre tierra fértil, brotó lozana y vigorosa y hoy se eleva como homenaje eterno a su memoria.

Hoy, en esta última jornada, al pasar sus restos en busca del lecho de su eterno reposo, cruzarán entre filas de niños que se agitarán y agolparán para arrojar flores en su camino, y el murmullo de millares de bocas infantiles, que es la voz del porvenir, será el himno más grato que se eleve a las regiones donde mora su espíritu y compense las fatigas del más ardiente apóstol de la educación popular.

.....

Su nombre pertenece ya a la historia, y cuando la República Argentina sea una de las grandes naciones de la tierra, y sus hijos vuelvan la mirada hacia la cuna de su grandeza, verán destacarse la sombra de Sarmiento, consagrada desde hoy y para siempre, como uno de los Padres de la Patria.



ESCENA CAMPESTRE

Yo he presenciado una escena campestre, digna de los tiempos primitivos del mundo, anteriores a la institución del sacerdocio.

Hallábame en 1838 en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar.

Había edificado una capilla en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y al oficio divino de que por años habían carecido.

Era aquel un cuadro homérico; el sol llegaba al ocaso; las majadas, que volvían al redil, hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azules, la frente espaciosa y despejada, hacía coro, a que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla.

Concluído el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias, que la que recitó. Pedía en ella a Dios, lluvia para los

campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes . . .

Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa; creía estar en tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela: la voz de aquel hombre candoroso e inocente me hacía vibrar todas las fibras y me penetraba hasta la médula de los huesos.

DOMINGO F. SARMIENTO.



LA VACA CIEGA

Topando la cabeza con las rocas,
y caminando al agua por instinto,
viene la vaca solitaria. Es ciega.
Demasiado certera, una pedrada
del rabadán le saltó un ojo; el otro
se lo esconde una nube, y así es ciega.
A abrevarse vendrá como solía,
pero sin aquel aire decidido
de entonces; sin amigas; viene sola.
Sus hermanos por cuencas y vertientes,
por los prados y orillas de los ríos,
hacen sonar la esquila, mientras pacen
de la hierba al azar... Ella caería.
Da con el belfo en el pilón gastado
y recula espantada; pero vuelve
y baja la cabeza y bebe, a sorbos.
Bebe con poca sed. Luego levanta
al cielo, enorme, la testuz armada,
con un gran gesto trágico, moviendo
las dos pupilas muertas, parpadea,
y se aleja, por fin, calmosa, huérfana
de luz, en medio de aquel sol que abrasa,
vacilando al andar y sacudiendo
con languidez la macilenta cola...

JUAN MARAGALL.

(Traducción del catalán, por Eduardo Marquina).

LAS MADRES

Entre los animales, cada madre viene a ser un modelo de ternura, de previsión, de paciencia, de imperio sobre sí misma.

La osa, ese animal tan fiero y cruel, produce masas informes e inarticuladas; pero con su lengua, como con un desbastador, modela en ellas miembros, de manera que parece que no sólo da vida a los hijos, sino que también les da forma.

Ved ahora la leona de Homero:

Guiando sus cachorros, de repente
ha visto allá en el bosque al cazador:
sus ojos centellean; pero luego
híbridas cejas velan su fulgor.

¿No parece que piensa en entrar en arreglos con el cazador para garantir su cría?

En general, el amor de los animales para con los seres que han creado, da audacia a los tímidos, actividad a los indolentes, sobriedad a los glotones. Así el pajarillo de que habla el poeta, lleva a sus hijuelos

lo mejor que hallar pudo, sin gustarlo.

En efecto, teniendo hambre, alimenta la madre a sus hijos. La comida está bien cerca de su estómago; pero se abs-

tiene de ella y la aprieta en el pico temiendo tragársela sin querer.

Ved la lucha también que en torno de ellos, emprende al acercarse un enemigo . . .

La solicitud que siente por sus hijuelos es como un segundo corazón que late en ella. Cuando las perdices son perseguidas con su pollada, la dejan alejarse, haciendo que solamente se fije en ellas la atención del cazador.

Giran alrededor de él, casi al alcance de la mano; después se alejan un poco; luego se detienen otra vez, haciéndole esperar y entreteniéndolo hasta que los polluelos están en seguridad, merced a la abnegación con que la madre se ha expuesto, alejando de ellos al cazador.

PLUTARCO.





El Himno Nacional cantado en el año 1813 en casa de Doña María Sánchez de Thompson.

EL HIMNO (*Fragmento*)

La Asamblea Constituyente de 1813 designó a dos poetas que se habían destacado como inspirados, con motivo de las victorias sobre el ejército inglés, en las invasiones de 1806 y 1807, y cuyas composiciones corrían insertas en la colección de "El Triunfo Argentino" y otras publicaciones, para que, inspirándose en las escenas del drama revolucionario y en la acción de los ejércitos libertadores, bordasen en verso el argumento de la canción nacional.

A ese objeto, altamente patriótico y, por más de un concepto, difícil de realizar, porque se debía trazar en verso la descripción de la escena, el recuerdo de los triunfos hasta entonces alcanzados y el ideal del dogma revolucionario, respondía la honrosa designación.

Estos dos poetas fueron: el sacerdote Fray José Cayetano Rodríguez y don Vicente López y Planes.

En la sesión que realizó la Asamblea el día 11 de mayo de 1813, se leyó la composición de López y fué declarada, por aclamación, como "la única canción de las Provincias Unidas".

Por desgracia, no se dió a la luz en "El Redactor" el acta de la sesión de aquel día y, por desgracia, también, ignoramos los pormenores de las circunstancias de este acto en que los representantes del país, comprendiendo la influencia de la armonía y del estro sobre las multitudes, se consti-

tuyen jueces de un certamen poético, con el fin de añadir una fuerza más a los empeños de la revolución.

¡Y el himno resultó!

En una pobre sala, sencillamente amueblada, de una casa de adobe y techo de media agua, la señalada hoy en la calle Perú con el número 533, de allí y de la mente de López, alentada por la luz y el fuego de la inspiración, surgieron a la vida las octavas del himno guerrero.

Armoniza con la letra del Himno, la magnificencia de la música, la belleza del ritmo lírico que la inspiración de Párrera supo dar a la expresión del vate. Su introducción es grandiosa. Tiene toda la majestad de la épica, de la epopeya revolucionaria, y hay en sus compases, en la armonía del conjunto, bellezas tales que expanden el espíritu de los argentinos, y que impulsan a la imaginación en las emociones purísimas del patriotismo.

¡Salve, Himno inmortal, redentor y evocador!

CARLOS M. URIEN.



ORACION A LA BANDERA

(Fragmento)

Asuma el verbo sus majestades más altas; inspírelo la República, y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y verdad, el himno a la bandera de la Patria... Hela ahí, eterna como los cielos que trasunta, inmutable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, a la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria... hela ahí, ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo; ¡arriba los corazones para escuchar esta verdad inmensa!, más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás tremoló sobre el dolor de los vencidos sin recoger al mismo tiempo la bendición de los libertados... ¡hela ahí, magnífica de anterioridades, porque cuando nació, tal fué de solidaria para con los oprimidos y de castigo para los opresores; tal de americana su misericordia, que era como si los Andes fueran su asta y todo el cielo su trapo... ¡hela ahí, legítimamente orgullosa de su duplicado simbolismo, como que tiene a la libertad por madre y a la libertad por fruto...!, hela ahí, soldados de la República, lista para cobijarnos como un dosel en las jornadas fecundas de paz o para conducirnos si el caso llega, con la serena precisión de un águila que vuelve al nido, a su eminencia familiar de triunfos y de glorias!

BELISARIO ROLDÁN.

LO QUE DICEN LAS ESTRELLAS

Se es hombre en la medida en que cada uno es capaz de sentirse realmente conmovido por lo que es bello.

Ningún espectáculo, ningún cuadro, iguala en grandeza al de una noche estrellada.

¿Qué nos dicen las estrellas? porque, a pesar de su silencio, ellas tienen un mensaje para cada uno de nosotros.

Ante todo nos dicen que este globo en que vivimos no es el universo sino una pequeñísima parte de él.

Las estrellas nos hacen señas, desde el fondo de esos espacios inconmensurables, para anunciarnos la existencia de algo que nos aventaja. Eso está muy bien, porque conviene que el hombre sepa que las ciudades y campos donde se desliza su vida no son la realidad total. Le es necesario mirar más lejos y más alto; de otra manera se encierra en los estrechos límites de su diaria existencia, tal como se encerraba el troglodita en su caverna.

Las advertencias de las estrellas son discretas; no hay por qué tildarlas de exageradas. Los astrónomos nos dicen, hablando del tamaño de esos globos colosales de fuego, cosas que ultrapasan cuanto es posible imaginar. Ninguno de nosotros podría soportar de cerca su vista para admirarlas tal cual son.

Su fulgor nos engeuecería y su calor nos consumiría en un instante. Por eso se contentan con hacernos señas desde lejos; pequeñas señales proporcionadas a nuestra debilidad.

Y todos esos astros se mueven con la más maravillosa exactitud. Jamás se atrasan o adelantan en su marcha. Se diría un reloj construído por un relojero invisible cuyos cálculos jamás fallan. Todos nuestros mecanismos de precisión paldescen frente a esa obra maestra, cuya grandiosidad nos maravilla.

Ninguna cifra, por grande que sea, es capaz de darnos una idea del tiempo que ha transcurrido desde que esos diamantes y topacios de fulgor inmortal, están suspendidos al collar de la noche.

C. WAGNER.



AVENTURAS DE TOM SAWYER

(Fragmento)

Tom es huérfano y está al cuidado de una vieja tía que lo quiere entrañablemente. Por lo mismo, y a fin de corregirlo, suele imponerle como castigo para sus travesuras, alguna tarea que debe realizar en días de asueto.

Llegó la mañana del sábado y el mundo estival apareció luminoso y fresco y rebosante de vida. En cada corazón resonaba un canto; y si el corazón era joven, la música subía hasta los labios. Todas las caras parecían alegres y los cuerpos, anhelosos de movimiento. Las acacias estaban en flor y su fragancia saturaba el aire.

Tom apareció en la puerta de calle de su casa con un cubo de lechada y una brocha atada en la punta de una pértiga. Como castigo por alguna travesura, debía blanquear toda la cerca.

Echó a ésta una mirada y la naturaleza perdió toda alegría. ¡Pintar una valla de treinta metros de largo por tres de altura! Le pareció que la vida era vana y sin objeto, y la existencia una pesadumbre.

Lanzando un suspiro, mojó la brocha y la pasó a lo largo del tablón más alto; repitió la operación; la volvió a repetir; comparó la insignificante franja enjabelgada con el vasto continente de cerca sin blanquear, y se sentó sobre el boj, descorazonado. Pensó en todas las diversiones que había planeado para ese día, y sus penas crecieron. Muy pronto los

chicos que tenían asueto pasarían retozando, camino de tentadoras excursiones, y se reirían de él porque tenía que trabajar. En aquel tenebroso y desesperado momento sintió una inspiración. Nada menos que una magnífica, soberbia inspiración. Cogió la brocha y se puso tranquilamente a trabajar. En ese instante apareció Ben Rogers. De entre todos los chicos, era de aquel, precisamente, de quién más había temido las burlas.

Ben se acercó y dijo:

—¡Je, je! Las estás pagando ¿eh?

Se quedó sin respuesta. Tom examinó su último toque con mirada de artista; después dió otro ligero brochazo y examinó, como antes, el resultado. Ben se le acercó. En cuanto a Tom, se le hacía agua la boca pensando en la manzana que tenía su amigo en la mano.

—¡Hola, hermano! — le dijo. Te hacen trabajar, ¿eh?

—¡Ah! ¿eres tú Ben? No te había visto.

—Oye, me voy a nadar. ¿No te gustaría venir? Pero, claro, te gustará más trabajar; claro que te gustará.

Tom se le quedó mirando un instante y dijo:

—¿A qué llamas tú trabajar?

—¡Qué! ¿No es eso trabajo?

Tom reanudó su blanqueo y contestó distraídamente:

—Bueno; puede ser que lo sea y puede que no. Lo único que sé es que le gusta a Tom Sawyer.

—¡Vamos! ¿Quieres hacerme creer que a tí te gusta?

La brocha siguió moviéndose.

—¿Gustar? No sé por qué no me va a gustar. ¿Es que le dejan a un chico blanquear una cerca todos los días?

Aquello puso las cosas bajo una nueva luz. Ben dejó de mordisquear su manzana. Entretanto, Tom movía la brocha

coquetonamente, atrás y adelante; se retiró dos pasos para juzgar el efecto; añadió un toque aquí y otro allá, y juzgó otra vez el resultado. Y en tanto, Ben no perdía un solo movimiento, cada vez más y más interesado y absorto. Al fin dijo:

—Oye, Tom déjame blanquear un poco.

Tom reflexionó. Estaba a punto de acceder; pero cambió de propósito.

—No, no; eso no podría ser, Ben. Mi tía es muy exigente con este trozo de cerca, que está en mitad de la calle, ¿sabes? Si fuese la cerca trasera no me importaría, ni a ella tampoco. En cuanto a ésta, hay que hacerlo con el mayor cuidado; puede ser que no haya un chico entre mil, ni aún entre dos mil, que pueda blanquearla de la manera que hay que hacerlo.

—¡Quiá...! ¿Lo dices de veras? Vamos, déjame que pruebe un poco; nada más que un poco. Si tú fueras yo, te dejaría, Tom.

—De veras que quisiera dejarte, Ben, pero mi tía. Mira; Jim también quiso y ella no lo dejó; Sid también quiso y no lo consintió. ¿Comprendes ahora por qué no puedo dejarte?

—Anda... yo lo haré con cuidado. Déjame probar. Mira, te doy el corazón de la manzana.

—No; no puede ser, Ben, no me lo pidas. Tengo miedo.

—¡Te la doy toda!

Tom le entregó la brocha con desgano en el semblante y con entusiasmo en el corazón.

Durante el diálogo habían llegado otros camaradas.

Para cuando Ben se rindió de cansancio, Tom había ya vendido el turno a Billy por un barrilete en buen uso; cuan-

do Billy quedó aniquilado, Juan compró el derecho por una rata muerta atada al extremo de un piolín, para hacerla girar; y así siguió y siguió, hora tras hora. Y cuando avanzó la tarde, Tom, que por la mañana había sido un chico en la miseria, nadaba materialmente en riqueza. Además de haberse comido la manzana y tener las cosas que hemos mencionado, contaba con doce tabas, parte de un cornetín, un trozo de vidrio azul de botella, un carretel y un gatito tuer-to. Había pasado, entretanto, un día delicioso, en la holgan-za, con abundante y grata compañía, y la cerca tenía ¡tres manos de cal! A no habersele agotado la existencia de lecha-da, habría hecho declararse en quiebra a todos los chicos del lugar.

Y Tom comprendió que el trabajo consiste en lo que estamos obligados a hacer, sea lo que sea, y que el juego con-siste en aquello a lo que no se nos obliga.

MARK TWAIN



LA LECHERA

(Fábula)

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado,
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado,
que va diciendo a todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
más compañía que su pensamiento,
que alegre le ofrecía
inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera,
y decía entre sí de esta manera:
"Esta leche, vendida,
en limpio, me dará tanto dinero;
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero,
para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el pío, pío.

Del importe logrado
de tanto pollo, mercaré un cochino;
con bellota, salvado,
berza, castaña, engordará sin tino,

tanto, que puede ser que yo consiga
ver cómo le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
sacaré de él, sin duda, buen dinero;
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero
que salte y corra toda la campaña,
hasta el monte cercano a la cabaña”.

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera,
que, a su salto violento,
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! ¡Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!

¡Oh loca fantasía!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría
no sea que saltando de contento,
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa,
de mejor o más próspera fortuna,
que vivirás ansiosa,
sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro;
mira que ni el presente está seguro.

SAMANIEGO

GIL BLAS EN EL MESON

Cuando tenía diez y siete años, Gil Blas de Santillana abandona el hogar de sus tíos y se dirige a Salamanca, para proseguir sus estudios. Aquí relata lo que le ocurrió en el camino.

Luego que llegué al mesón, pedí de cenar. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla que había encargado, me senté a la mesa. No había comido el primer bocado, cuando he aquí que entra el mesonero en compañía de un hombre que podía tener unos treinta años y traía al lado un largo chafalote.

Acercándose a mí, con cierto aire alegre y apresurado:

—Señor licenciado — me dijo — acabo de saber que usted es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo y la antorcha de la filosofía. ¿Es posible que sea usted aquel joven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputación es tan grande en todo este país? Vosotros no sabéis (volviéndose al mesonero y a la mesonera) qué hombre tenéis en casa. Tenéis en ella un tesoro. En este mozo estáis viendo la octava maravilla del mundo.

Volviéndose después hacia mí, y echándome los brazos al cuello:

—Excuse usted — dijo — mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenía tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiración; pero, luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije:

—Nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflores.

—¿Qué llama conocido? — me repuso en el mismo tono; — nosotros tenemos registro de todos los grandes personajes que nacen a veinte leguas en contorno. Usted está reputado un prodigio, y no dudo que algún día dará a España tanta gloria como le dieron a Grecia sus siete sabios.

Mi panegirista y admirador me pareció hombre muy de bien y muy real; y así lo convidé a cenar conmigo.

—Con mucho gusto — me respondió prontamente — y estoy muy agradecido a mi buena estrella por haberme dado a conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía y disfrutar de sus favores lo más que me sea posible. A la verdad — prosiguió — no tengo gran apetito, y me sentaré a la mesa sólo para hacer compañía a usted, comiendo algunos bocados meramente por complacerle y mostrar cuánto aprecio sus finezas.

Sentóse frente a mí el señor panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó a la tortilla con tanta ansia y con tanta precipitación como si hubiese estado tres días sin comer. Por el gusto con que la comía conocí que presto daría cuenta de ella. Mandé que se hiciese otra, lo que se ejecutó al instante; pusiéronla en la mesa cuando acabábamos o, más bien dicho, cuando mi huésped acababa de engullirse la primera; sin embargo, comía siempre con igual presteza, y sin perder bocado, añadía sin cesar alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien y me hacían estar muy contento de mi personilla. Bebía frecuentemente brindando, unas veces a mi salud, y otras, a la de mi padre y a la de mi madre, no har-

tándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome a que le correspondiese.

Cuando se hubo hartado hasta el gollete, quiso poner fin a la comedia.

—¡Oh, señor Gil Blas! — me dijo, alzándose de la mesa — estoy tan contento de lo bien que usted me ha tratado, que no lo puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad: Desconfíe por lo común de todo hombre a quien no conozca, y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas.

Diciendo esto, ríose de mí en mis bigotes y volviómelo las espaldas.

ALAIN-RENÉ LESAGE



EL GENERAL SAN MARTIN

El general San Martín era de estatura más que regular; su color moreno, tostado por las intemperies; su nariz aguileña, grande y curva; ojos negros, grandes y sus pestañas largas; su mirada era vivísima que, al parecer, simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza. Ni un solo momento estaban quietos aquellos ojos; era una vibración continua la de aquella vista de águila; recorría todo cuanto le rodeaba con la velocidad del rayo y hacía un rápido examen de las personas, sin que se le escaparan aún los pormenores más menudos.

Este conjunto era armonizado por cierto aire risueño, que le captaba muchas simpatías.

El grueso de su cuerpo era proporcional al de su estatura y, además, muy derecho, garboso, de pecho saliente; tenía cierta estructura que revelaba al hombre robusto, al soldado de campaña.

La cabeza no era grande; más bien pequeña, pero bien formada; sus orejas medianas, redondas y asentadas a la cabeza. Esta figura se descubría por entero, por el poco pelo que usaba, negro, lacio, corto y peinado a la izquierda, como lo llevaban todos los patriotas de los primeros tiempos de la revolución.



El General San Martín. Estatua ecuestre erigida en Boulogne-sur-Mer, Francia.

La boca era pequeña; sus labios de regular grueso, algo acarminados, con una dentadura blanca y pareja. Usó en los primeros años un pequeño bigote y patilla corta y recortada; esa fué su costumbre general desde que fué de Intendente a Mendoza. Lo más pronunciado de su rostro eran unas cejas arqueadas, renegridas y bien pobladas. Pero, en cuanto fué ascendido a general, se quitó el bigote.

Su voz era entonada, de un timbre claro y varonil, pero suave y penetrante, y su pronunciación precisa y cadenciosa.

Tanto en sus conversaciones familiares cuanto en los casos de corrección, cargo o reconvención a cualquier subalterno suyo, jamás se le escapaba una palabra descomedida o que pudiese humillar el amor propio individual. Elegía siempre el estilo persuasivo, aunque con frases enérgicas, de lo que resultaba que el oficial salía de su presencia convencido y satisfecho y con un grado más de afección a su persona.

Jamás prometía alguna cosa que no cumpliera con exactitud y religiosidad. Su palabra era sagrada. Así, todos, jefes, oficiales y tropa, teníamos fe ciega en sus promesas.

Su traje, por lo general, era de una sencillez republicana. Vestía siempre en público el uniforme de Granaderos a Caballo, el más modesto de todos los del ejército, pues no tenía adornos ni variedad de colores, como otros cuerpos usaban en aquel entonces.

Usaba sombrero apuntado, semejante al tricornio, forrado en hule, sin más adorno que la escarapela nacional, con presilla y borlas de canelón de oro por remate en cada pico; y su sable, de latón de acero bien bruñido.

Su vestido familiar dentro de casa era una chaqueta de paño azul, larga y holgada, guarnecida por las orillas y el cuello con pieles de marta de Rusia, y cuatro muletillas de seda negra en cada lado, para abrocharla por delante.

En invierno, un levitón o sobretodo de paño azul hasta el tobillo, con bolsillos a cada costado, a la altura de la cadera, y por delante, botonadura dorada para abrocharlo.

El comía solo, en su cuarto, a las doce del día, un puchero sencillo, un asado, con vino Burdeos y un poco de dulce. Se le servía en una pequeña mesa, se sentaba en una silla baja y no usaba sino un solo cubierto. Concluída su frugal comida, se recostaba en su cama y dormía un par de horas.

GERÓNIMO ESPEJO.



LAS CELDAS DE LAS ABEJAS

Las abejas construyen cuatro especies de celdas: en primer lugar, las celdas reales, que son excepcionales y se parecen a una bellota; en seguida, las grandes celdas, destinadas a la cría de los machos y almacenamiento de las provisiones cuando las flores superabundan; luego, las pequeñas celdas, que sirven de cuna a las obreras y de almacenes ordinarios, y que, normalmente, ocupan cerca de los ocho décimos de la superficie edificada en la colmena; y por último, para unir sin desorden las grandes a las pequeñas, construyen cierto número de celdas de transición.

Fuera de la inevitable irregularidad de estas últimas, las dimensiones del segundo y tercer piso están tan bien calculadas, que cuando se iba a establecer el sistema métrico decimal y se buscaba en la naturaleza una medida fija que pudiera servir de punto de partida y de patrón incontestable, Reaumur propuso el alveolo de la abeja.

Cada uno de esos alveolos es un tubo exagonal colocado sobre una base piramidal, y cada panal está formado por dos capas de esos tubos, opuestos por la base, de tal modo, que cada uno de los tres rombos que constituyen la base piramidal de una celda del anverso forma, al mismo tiempo, la base, también piramidal, de tres celdas del reverso.

En esos tubos prismáticos se almacena la miel.

Para evitar que dicha miel se escape durante el tiempo de su maduración, lo que sucedería inevitablemente si fue-

ran horizontales en el sentido estricto de la palabra, como parecen serlo, las abejas los levantan ligeramente, dándoles un ángulo de cuatro a cinco grados.

“Los geómetras saben — dice el doctor Reid — que sólo hay tres especies de figuras que puedan adaptarse para dividir una superficie en pequeños espacios de forma regular y de igual tamaño, sin intersticios. Son éstas: el triángulo equilátero, el cuadrado y el exágono regular que, en lo que concierne a la construcción de las celdas, lleva ventaja sobre las otras dos figuras, desde el punto de vista de la comodidad y de la resistencia. Ahora bien: las abejas adoptan, precisamente, la forma exagonal, como si conocieran sus ventajas.

Del mismo modo, el fondo de las celdas se compone de tres planos que se encuentran en un punto, y ha sido demostrado que ese sistema de construcción permite realizar una economía considerable de trabajo y de materiales.

Falta aún saber qué ángulo de inclinación de los planos corresponde a la economía mayor; problema de matemáticas superiores que ha sido resuelto por algunos sabios. Ahora bien: el ángulo determinado por el cálculo corresponde al que se mide en el fondo de las celdas”.

MAURICIO MAETERLINCK



MATINAL

Huye la noche . . . Por las verdes lomas
la lumbre de los cielos se derrama;
es cada flor un búcaro de aromas
y una cuerda que vibra cada rama.

El horizonte púrpura destella;
naturaleza, al despertar, suspira;
arriba es un diamante cada estrella,
abajo cada tórtola una lira.

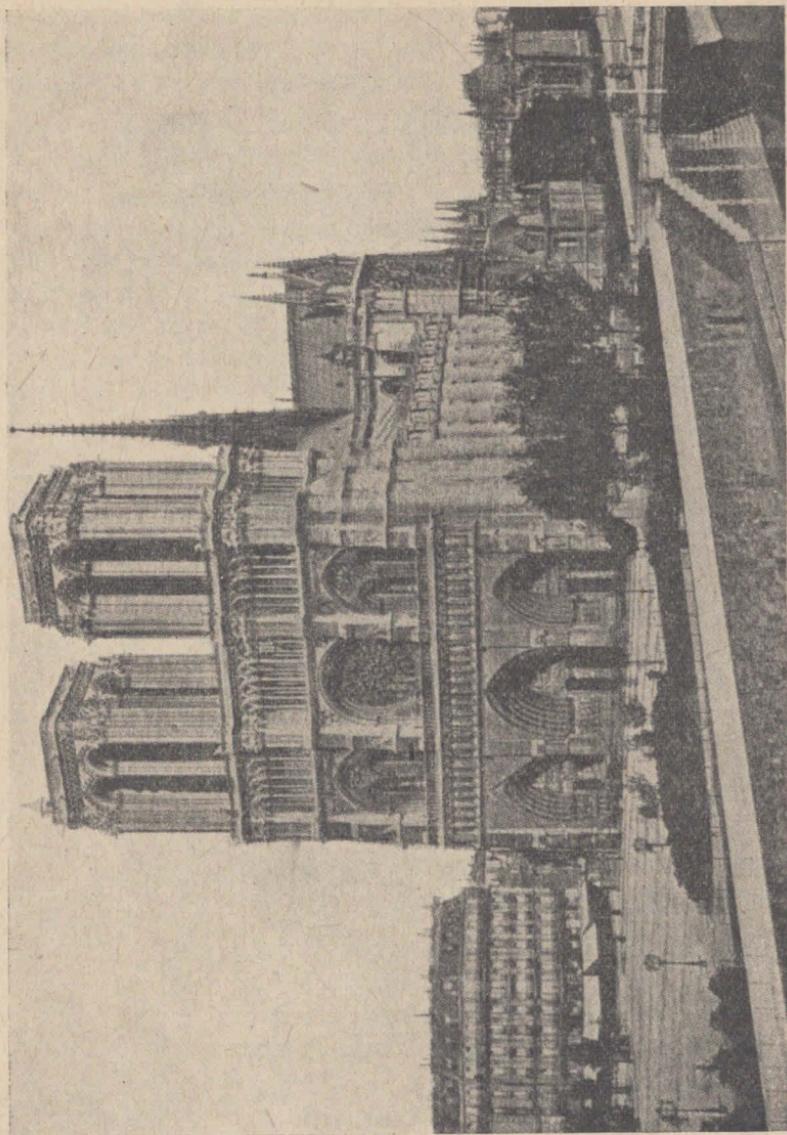
Y de la aurora a los primeros rayos,
despiértanse los gérmenes dormidos;
hay en las flores lánguidos desmayos,
y vibración de arrullos en los nidos.

Allá en lo más espeso de la fronda,
miente la luz alcázares de llamas,
y saltan en los pliegues de la onda
flecos de espuma y resplandor de escamas.

El ala vagabunda de la brisa
recoge los alegros del sinsonte,
y, como una inspirada pitonisa,
susurra cosas nuevas por el monte.

Rasga el arado la feraz llanura;
el surco abierto la simiente encierra,
y hay estremecimientos de ternura
en las hondas entrañas de la tierra.

VÍCTOR RECAMONTE



Catedral de Notre Dame, Paris.

EL ARTE

Cuando oyes cantar el himno de la patria, una extraña emoción invade tu alma; los versos que aprendiste en la escuela surgen un día en tu memoria y, sin saber por qué, también los cantas, embargado por una suave alegría.

Si ves desfilar un grupo de soldados con sus uniformes brillantes; si oyes el lejano son de alguna campana que llama a los fieles, tu corazón acelera su ritmo, porque han despertado en tu memoria hechos del pasado que te hicieron feliz.

Todo eso era el sentimiento de la belleza que despertaba en tí; era el Arte bienhechor, gran consolador de la vida, gran inspirador de sentimientos nobles, que te hablaba.

¡Benditos sean los artistas a quienes se los debemos! Los unos construyeron edificios y monumentos, dejándonos el placer de admirarlos, sin que nada nos cueste la contemplación. Esos son los arquitectos.

Otros han reproducido la figura humana en su máxima belleza o han tallado el mármol y la piedra para inmortalizar a los héroes de nuestra historia, con tanta fidelidad, que nunca nos cansamos de admirarlos. Esos son los escultores.

Otros, con ayuda de algunos colores, han estampado en la tela las más hermosas escenas que vieron o imaginaron. Esos cuadros traducen, ya algo que ocurrió y pertenece al pasado lejano, ya hechos que sucedieron ayer, ya bellas creaciones en las que, más de una vez, nosotros hemos soñado. Son los pintores.

Hay otros que han traducido en notas, las más dulces, las más brillantes melodías. Cuando las oímos, ya reproducidas por algún instrumento musical, ya por la voz humana, nuestra alma se eleva, se agiganta, que tal es la virtud de la armonía. Esos son los compositores musicales.

Otros no necesitan ni el cincel que talla la piedra o el mármol, ni el pincel que extiende los colores, ni el papel pentagramado donde se escriben las notas. A esos les basta la palabra, ese don divino que fué dado a los hombres.

Son los oradores, que nos hablan en forma tal, que sacuden hasta las más íntimas fibras de nuestro corazón.

Otros, en fin, vierten sobre el blanco papel los pensamientos que bullen en su cerebro y nos dan el verso, la novela, el cuento, la historia. Son los escritores.

Los frutos del Arte ennoblecen la vida, la elevan, acercan a los hombres por las mismas emociones estéticas y hacen así más dulce, más placentera la vida.

GUYEAU



LA VENUS DE MILO

¡Bendito sea el campesino griego cuya hacha desenterró a la diosa sepultada desde hacía dos mil años en un campo de trigo! Gracias a él, la idea de la belleza se ha elevado a una altura sublime, y el mundo plástico ha encontrado su reina.

El ojo humano no ha contemplado jamás formas tan perfectas como las de la Venus de Milo. Sus cabellos, negligentemente atados, ondulan como las ondas de un mar en reposo. Ligeras cintas de pelo recortan su frente, ni muy arriba, ni muy abajo, haciéndonos concebir que es ella la morada de un pensamiento divino, único, inmutable. Sus ojos se hundén bajo la arcada profunda de las pestañas, que los cubren con su sombra y los dotan de la sublime ceguera de los dioses, cuya mirada, ciega para el mundo exterior, retira de ella la luz para difundirla por todos los puntos de su ser.

Su nariz se une a la frente por el contorno recto y puro que constituye la línea de la belleza.

A su boca entreabierta y cruzada por los ángulos, anima el claroscuro que proyecta sobre ella el labio superior y exhala el soplo no interrumpido de la vida inmortal. El ligero movimiento de la boca acusa la redondez grandiosa de la barba, imperceptiblemente aplanada por debajo.

Fluye la belleza de su cabeza divina y se esparce por todo el cuerpo como una claridad.

Su cuello no afecta las blandas inflexiones del cisne, con las que la estatuaria profana dota a su Venus, y es recto, firme, casi redondo, como una columna que soporta un busto.

Su torso ofrece los planos sencillos y cadenciosos que marcan las divisiones de la vida. Su pierna derecha, doblada, por exigirlo así la posición artística de la diosa, prolonga su ondulación hasta el plano resbaladizo que la rodilla echa hacia delante y deja caer en pliegues majestuosos.

La belleza sublime es la hermosura inefable. Únicamente sería digna de celebrar esa real Venus la lengua de Homero y de Sófocles; la grandeza del ritmo helénico podría sólo insinuar sus formas perfectas sin degradarlas.

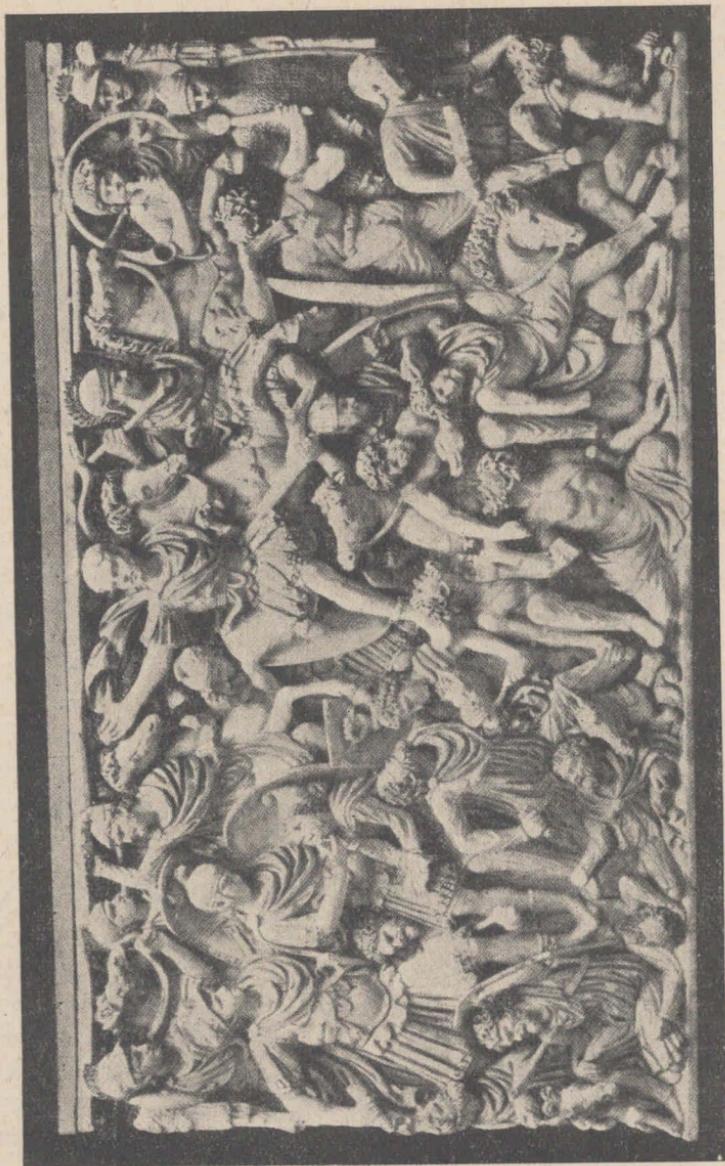
PAUL DE SAINT-VÍCTOR



EL BAUTISMO DE LA CABALLERIA ARGENTINA

El episodio que vamos a narrar es, indudablemente, una de las más bellas páginas, a la vez que la primera en el tiempo, de los famosos jinetes del Río de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural los que, adiestrados más tarde por Alvear o por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independencia hasta el círculo máximo del Ecuador, donde hicieron flamear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos Aires, ausente el cobarde virrey, la bandera inglesa tremolaba en el Fuerte y las armas británicas eran señoras de nuestro río y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo, echando a los ingleses a viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país y algunos españoles, y trabajaban con sigilo en este propósito, lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo. Viéndose vigilados en la ciudad, los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habían levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles y otras armas destinadas a la caballería. Daba consistencia a estos proyectos la esperanza de una próxima expedición que, mandada por el capitán de navío D. Santiago Liniers, debía llegar desde la Colonia y, además, tenían el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues, mandado por el coronel Echevarría. Entre los que más decididamente trabajaban para obtener la reconquista, hacíase notar el joven porteño don Juan Martín de Pueyrredón, tipo varonil y her-



Bajo relieve del siglo III. Representa una batalla entre romanos y bárbaros.

moso, que apenas frisaba en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido por sus paisanos, había conseguido levantar un escuadrón voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, lo acompañaba en el reduto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar a la historia. Habiendo llegado la noticia al jefe inglés, coronel Beresford, del proyecto que se tramaba y del sitio donde tenían sus recursos los defensores de la cautiva Buenos Aires, se resolvió concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 1º de agosto, antes de rayar el alba de un día frío y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento número 71, ocho piezas de artillería y una veintena de jinetes. A las seis de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Perdriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced, tributario del Luján, y que volcaba su caudal a la altura del vado de Carupá. La presencia inesperada de los enemigos sorprendió a los revolucionarios, y el primero en darse a una retirada, que tenía todo el carácter de fuga, fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería.

Mal servida y peor montada, la artillería no pudo ni su-
po resistir a los infantes del 71, y todo quedó perdido en poco
más de una hora. Lleno de ira y vergüenza, el noble Pueyrre-
dón invita a los soldados de su reducido plantel a dar una
carga a los enemigos, que ya se aprestaban para celebrar el
triumfo, y encontrando acogida generosa a su proyecto, se
pone a su frente y da la primera y más brillante carga sobre
las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro
de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los
enemigos, asombrados de tanto valor. Corren con la presa,
pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañón, certera-

mente dirigida, destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pie y con la espada centelleante en la mano. Los ingleses se precipitan, lo rodean y creen cierta su captura cuando, volviendo riendas uno de los más audaces compañeros de Pueyrredón, clava las espuelas a su caballo, atropella y destroza cuanto se opone a su paso, alcanza hasta donde está su jefe, hace girar sobre los jarretes al brioso animal y le presenta el anca, gritándole: — ¡suba pronto! — Pueyrredón, sereno, no se detiene y, de un salto como sólo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa, y parten como saeta, dejando pasmados a los bravos ingleses.

Estos célebres jinetes que rompían las líneas del heroico 71, fueron los *Húsares de Pueyrredón*, que once días más tarde dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadrón venido desde la Colonia, a las órdenes del capitán don Benito Chain.

Así nació la caballería argentina y así se bautizó en el fuego y en la gloria.

MARIANO A. PELLIZA



NO TE VAYAS

En el álbum de una señorita argentina.

Seas muy bien venida,
niña hechicera,
que en Buenos Aires viste
la luz primera.

¡Bendiga Dios tus gracias
y tus primores,
y bendiga la tierra
que da esas flores!

Es tu acento argentino,
tan dulce y suave,
como los amorosos
trinos del ave.

Y hay en tus ojos negros,
fascinadores,
toda la poesía
de los amores.

¡Feliz el que al amarte
se mire en ellos
y reciba el influjo
de sus destellos!

No vuelvas a tu patria,
niña querida,
que tus ojos son soles
que dan la vida.

¡Y el día en que nos dejes
sin esos soles,
nos quedamos a oscuras
los españoles!

VITAL AZA



EL ARABE Y SU CABALLO

Un árabe y su tribu habían atacado en el desierto a la caravana de Damasco; la victoria era completa y los árabes estaban ya ocupados en cargar su rico botín, cuando los jinetes del bajá de Acre, que venían al encuentro de esa caravana, se precipitaron de improviso sobre los árabes victoriosos, mataron a un gran número de ellos, hicieron prisioneros a los demás y, habiéndoles atado con cuerdas, los llevaron a Acre, para regalarlos al bajá.

Abu-el Marsch, tal era el nombre de este árabe, había recibido una bala en el brazo durante el combate; como su herida no era mortal, los turcos le habían atado sobre un camello, y habiéndose apoderado del corcel, se llevaron al caballo y al caballero.

En la tarde del día en que debían entrar en Acre, acamparon con sus prisioneros en las montañas de Japhradt; el árabe herido tenía las piernas atadas juntas con una correa de cuero, y estaba tendido cerca de la tienda donde dormían los turcos.

Durante la noche, que la pasó en vela por el dolor de su herida, oyó relinchar su caballo en medio de los demás, maneado alrededor de las tiendas, según la costumbre de los orientales; reconoció la voz y, no pudiendo resistir al deseo de ir a hablar todavía una vez más con el compañero de su vida, se arrastró penosamente por el suelo, ayudándose con las manos y las rodillas, y llegó hasta su corcel.

“Pobre amigo — le dijo — ¿qué harás tú en medio de los turcos? Estarás encerrado en medio de las bóvedas de un klan, con los caballos de un agá o de un bajá; las mujeres y los niños no te llevarán ya la leche del camello o la cebada en la palma de la mano; ya no correrás en el desierto, libre como el viento; ya no dividirás con tu pecho el agua del río Jordán, que refrescaba tu pelo tan blanco como su espuma; ¡que a lo menos, si quedo esclavo, tú seas libre!

Vamos, parte, regresa a la tienda que tú conoces; ve a decir a mi mujer que Abu-el Marsch ya no volverá, e introduce tu cabeza en las cortinas de la tienda para lamer la mano de mis hijitos.

Hablando así, Abu-el Marsch había roído con sus dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve para manear a los caballos árabes, y el animal estaba libre; pero, viendo a su amo herido y encadenado a sus pies, el fiel e inteligente corcel comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua podía explicarle: bajó la cabeza, olfateó a su amo y, agarrándole con sus dientes por la cintura de cuero que tenía alrededor del cuerpo, partió al galope y lo llevó hasta sus tiendas.

Al llegar y arrojar a su amo sobre la arena, a los pies de su mujer y sus hijos, el caballo expiró de cansancio.

Toda la tribu lo lloró; lo cantaron los poetas y su nombre está en boca de todos los árabes de Jericó.

LAMARTINE



A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán, ¿quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera?

Has llorado por mí. Cuando otra mano
limpia el polvo de la crin de tus melenas,
¿recibes las caricias siempre ufano;
adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
es el aliento de la vida humana,
la constante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
Con renegridos ojos y cabellos
esclavo el corazón sus hijas dejan.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

MARIANO MORENO

El nombre de D. Mariano Moreno estará para siempre ligado a los orígenes de nuestra independencia. Y cuando en las solemnidades patrias miramos brillar la imagen del sol en una de las faces de nuestra bandera, colocamos con el pensamiento en la opuesta, la imagen de aquel ciudadano, porque él fué la luz de la revolución.

Nuestra revolución nació serena como la aurora de un día hermoso, y dió sus primeros pasos conducida por la razón y el desprendimiento. Nuestros padres discutieron antes de obrar, y no omitieron el sacrificio de su sangre en el altar de la libertad que fundaban. En mayo de 1810, el resentimiento y la venganza se transformaron en heroísmo; en acción vigorosa la apatía colonial; en patriotismo la antigua fidelidad; los vasallos en señores de su destino, y brotaron como por encanto ejércitos, instituciones liberales, sentimientos de nacionalidad y todos los elementos que constituyen la patria.

Si un pueblo sacude su yugo antiguo con tanta dignidad, es porque se siente fuerte en la justicia de su resolución, porque la virtud, que es la fuerza por excelencia, le preside en sus actos.

Esa fuerza y esa virtud tuvieron por fortuna su representante en D. Mariano Moreno, miembro del primer gobierno revolucionario.

Comenzó a desempeñar sus delicadas funciones a la edad de treinta años, con toda la precoz madurez de sus aventajadas facultades. Brioso de carácter, elocuente, avezado a las

luchas de la lógica y del derecho en las discusiones forenses, reunía en su persona otras cualidades que le hacían simpático y popular. Brillaba en su abierta fisonomía la iluminación del genio, y la rica sangre de la juventud circulaba en su rostro, bajo una tez blanca y transparente, como la savia de una planta lozana.

Este atleta bajó a la arena en toda la plenitud de sus fuerzas, acendradas en la austeridad del hogar y de los estudios serios. Hijo excelente, padre afectuoso, agradecido discípulo, unía a una virginidad de sentimientos a la antigua, el atrevimiento y la audacia que inspiran las ideas que son la gloria de los tiempos modernos.

La posteridad y la historia, no él, le colocan entre los primeros hombres de la Independencia y le conceden su papel principal de revelación y de iniciativa en el drama de la revolución. No aspira a mandar, sino a dirigir. Piensa recta y generosamente para que el pueblo pueda gobernarse a sí propio con acierto. Quiere como borrar hasta los nombres propios de los mandatarios, para que la autoridad que preside los nuevos destinos de la patria se sienta como influencia benéfica, y no se palpe como cosa natural, aspirando a dotarla, en su noble exaltación democrática, con los atributos de una entidad soberana.

Bajo la influencia de tan hábil piloto, la revolución no podía naufragar. El rumbo estaba dado a la mejor estrella, y por muchos desvíos que hubiera de experimentar la nave de la República, tenía forzosamente que llegar a la democracia.

Esta fué la obra de D. Mariano Moreno. El pueblo había conseguido su independencia; pero, aquel gran patriota le preparó el porvenir americano, que hoy es su modo de ser definitivo.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

LAS HORMIGAS Y SUS EJERCITOS

Los únicos insectos que tienen ejércitos y emprenden guerras son las hormigas. La mayoría de ellas son pacíficas y utilizan a sus soldados para la defensa; otras, en cambio, viven de la matanza organizada. En el Brasil, en Méjico y en Africa viven hormigas temibles por su belicosidad y por el furor y la bravura con que atacan a cuanto ser viviente encuentran a su paso.

Las llamadas *cazadoras*, de Africa, y las *amazonas*, del Brasil, son hormigas enormes, casi ciegas, exclusivamente carnívoras, cuya única industria es la matanza y el saqueo. Como devastan en forma rápida y completa los campos por donde pasan, son nómadas: necesitan cambiar constantemente de lugar. Van de aquí para allá, instalando verdaderos campamentos para pasar la noche y continuar, al día siguiente, su marcha de destrucción y pillaje.

Estas hormigas organizan militar y metódicamente sus excursiones depredadoras. Envían por delante algunas exploradoras, pero al punto, impacientes por el saqueo y la carnicería, salen en tropel de las grietas donde se habían refugiado e inundan el llano o el bosque. Caminando a paso de carga, estrechan sus filas entre dos hileras de oficiales de cabeza grande y mandíbulas ganchudas, que las protegen, las dirigen, las vigilan y, a la menor alarma, caen sobre el enemigo. Para que no se les escape nada, envían a derecha e izquierda destacamentos merodeadores. Los movimientos de estas masas (que representan en el reino de los insectos un cataclis-

mo como el que sería para el reino de los cuadrúpedos indefensos el desencadenamiento de una horda de más de dos millones de lobos, pues a este número llegan los cálculos más moderados), siembran por doquier un pánico indescriptible.

Todo cuanto no consigue escapar es destruído inmediatamente. Las presas demasiado pesadas son desmenuzadas en el mismo sitio y llevadas en trozos al almacén general. Si en el camino hay algún gallinero o mamíferos pequeños, no dejan de ellos más que los huesos. Se cuenta de un leopardo enjaulado, que fué muerto y despedazado en una sola noche.

Como no ven, atacan al hombre lo mismo que a todo lo que se les pone por delante. Cuando se acercan a una población, sus habitantes huyen; si hay algún enfermo que no puede ser transportado, meten las patas de la cama en recipientes llenos de vinagre, cuidando que no haya aberturas en los techos de la habitación, pues de otro modo entrarían por ellas y se dejarían caer sobre sus víctimas.

Donde pasan estas hormigas no queda ser viviente; devoran cuanto encuentran a su paso.

MAURICIO MAETERLINCK
"Vida de las hormigas"



LOS POLLUELOS

¿Sabe por ventura el ave que del huevo que calienta con tan ardiente amor ha de salir un pequeñuelo que la reconocerá por madre, que le pedirá sustento y abrigo bajo sus alas, hasta el día en que, ya crecido, tenga fuerzas para subvenir por sí solo a sus necesidades?

La gallina es el prototipo del amor para con los polluelos. ¿La habéis observado en el momento en que los pollos están por salir del cascarón? ¡Con qué solicitud atiende al menor ruido o movimiento que puedan hacer en el huevo!

Ya ha llamado uno a la puerta; quiere salir de aquella angosta estancia cerrada por todas partes; desea ver a la madre, conocer a la que lo ha tenido tanto tiempo contra su corazón, dándole calor y vida.

¡Impaciente! Otra vez llama a la puerta, hiriendo con su pico el cascarón, demasiado duro para instrumento tan débil. Por fortuna, está el pico armado de una protuberancia córnea, de que va a hacer uso ahora para ver de salir de su prisión.

Y frota, empuja, hiere con frecuentes golpecitos y siempre en el mismo punto, hacia la mitad longitudinal del cascarón. Y a fuerza de voluntad, de valor y de trabajo, consigue hacer un agujero en la pared. Un fragmento ha saltado. ¡Ah! Descansemos un poco; recobremos aliento. Y como un

minero fatigado de su posición, revuélvese el polluelo, levanta otros fragmentos y agranda su círculo hasta que, abierto el cascarón, se separa en dos mitades y le permite precipitarse alegre bajo su madre.

Sale del cascarón, como las primeras hojas de la yema o botón del vegetal. Diríase que está desnudo.

Míralo la madre y comprende, al parecer, que tiene aún necesidad de su calor. Y lo retiene bajo sus alas, lo calienta, lo enjuga, lo prepara a hacer frente a los peligros de la vida.

ERNESTO MENAULT.



EL FUEGO

... Permítanme ustedes que no me aparte de la chimenea; estoy triste, y el cielo ha vestido el traje con que suele aparecer los días que nieva.

La llama, que se agita impaciente en el fondo de la chimenea, se mueve con la vivacidad de una niña que quisiera absorber toda mi atención. Parece un espíritu compuesto de estos tres colores: azul, blanco y rojo.

Hay momentos en que se queda inmóvil, como si se sintiera detenida por un pensamiento repentino; pero pronto vuelve a su paciente movilidad. Ahora, se empina derecha y brillante como la hoja de una espada; ya se deja caer, lamitando ansiosa la corteza de los troncos, chupando de ellos la sustancia que la mina; ya los envuelve, los ciñe, los oprime, mientras ellos gimen, yo no sé si de placer o de dolor. El humo se escapa blanco y negro por el cañón de la chimenea, jugando con el aire, como un alma que se escapa del cuerpo; la leña abrasada salta en chispas encendidas, como si quisiera deshacerse del fuego que la consume, y, entretanto, la llama triunfa como una pasión desordenada.

Aquí, al amor de la lumbre, al dulce calor de la llama que devora los troncos, se siente hervir en la cabeza una multitud de pensamientos brillantes y fugitivos como la llama, vagos como el humo. ¡Con qué placer me acerco ahora a este elemento misterioso, que al mismo tiempo me llena de calor y de pureza! ¡Con qué dulzura se duerme un hombre en los brazos de una chimenea!

El fuego es el rey de la naturaleza; calienta y alumbra. Sus colores son los del oro, los de la púrpura, los del acero.

Decidme si hay algún sentimiento que pueda existir sin él. El alma no es más que la chispa de una llama que no se apaga jamás.

No hay en la naturaleza una substancia que pese tanto como el fuego. La mano más nerviosa no puede sostener dos minutos seguidos una brasa como una avellana.

No hay, al mismo tiempo, nada más leve que una llama; un soplo se la lleva. Ante el fuego, el hierro se dobla, el acero se rompe, el oro se ablanda; y, ¡raro contraste!, por él, es duro el hierro, flexible el acero, puro el oro.

Delante de mí lo tengo llameante, ligero, insaciable, siempre el mismo y siempre otro. Lo veo entretenido en devorar unos cuantos pedazos de encina que no se atreven a resistirlo. ¿Adónde irá, así que consuma la última astilla? El está en todas partes. Llamad con lo más frío, que es el acero, sobre lo más insensible, que es la piedra, y al primer golpe os saltará a los ojos en una nube de chispas.

¿Por qué una cosa tan limpia, tan brillante, tan ligera, deja tan negro el camino por donde pasa? La infancia es una luz, la juventud una llama, la vejez un poco de ceniza.

JOSÉ SELGAS.



MI PADRE

Yo tengo en el hogar un soberano,
único a quien venera el alma mía;
es su corona de cabello cano,
la honra es su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
lleno de firme y varonil constancia,
guarda la fe con que me habló del cielo
en las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza,
en su alma abrieron incurable herida;
es un anciano, y lleva en su cabeza
el polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
de la suerte las horas desgraciadas;
y pasa, como Cristo, el Tíberides,
de pie sobre las olas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
y sólo en el deber sus ojos fijos,
recoge espinas y derrama flores
sobre la senda que trazó a sus hijos.

Me ha dicho: "A quien es bueno, la amargura
jamás en llanto sus mejillas moja;
en el mundo la flor de la ventura
al más ligero soplo se deshoja.

Haz el bien sin temer el sacrificio;
el hombre ha de luchar sereno y fuerte,
y halla quien odia la maldad y el vicio,
un tálamo de rosas en la muerte.

Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
si eres rico, protege al desgraciado,
y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
guarda tu honor para vivir honrado.

Ama la libertad, libre es el hombre,
y su juez más severo es la conciencia;
tanto como tu honor guarda tu nombre,
pues mi nombre y mi honor forman tu herencia".

Este código augusto, en mi alma pudo,
desde que lo escuché, quedar grabado;
en todas las tormentas fué mi escudo,
de todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno,
reflejo fiel de su conciencia honrada.
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
la gloria del deber forma su gloria;
es pobre, pero encierra su pobreza,
la página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
la suerte quiso que al honrar su nombre,
fuera el amor que me inspiró de niño,
la más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira,
siempre sus ojos con amor lo vean,
y de todos los versos de mi lira,
éstos, los dignos de su nombre sean.

JUAN DE DIOS PEZA.



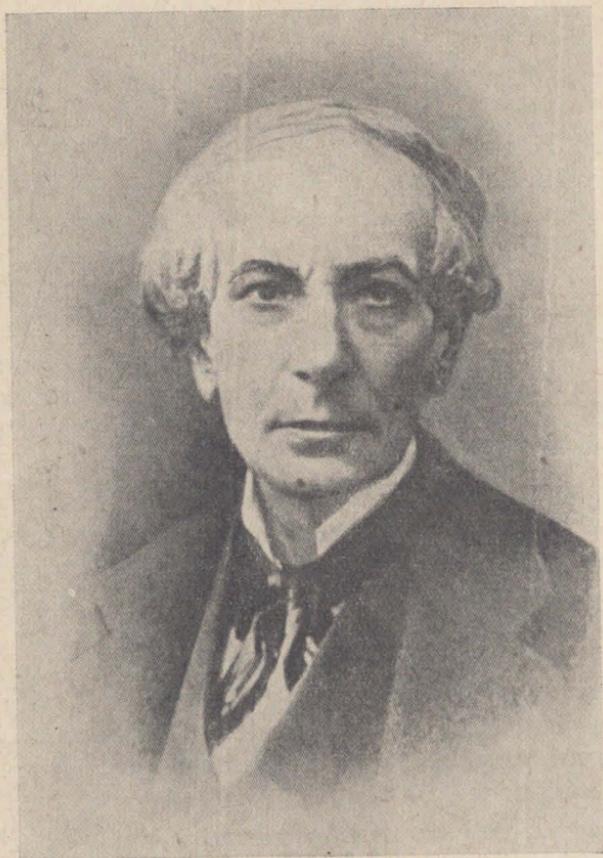
CARACTERES

A don Petardo no se le puede decir: “¿cómo está usted?”, porque esta pregunta, que las más de las veces se arroja como cosa perdida, se le convierte a él en substancia. La toma a la letra y, por supuesto, no hay temor de quedar sin respuesta.

El nos impondrá, hasta los más remotos detalles, de un fuerte cólico de que acaba de escapar; de las causas remotas y próximas que han podido producirlo; de cómo no puede ponerse al abrigo de estas peligrosas influencias por sus numerosos compromisos, atenciones, tareas, etc., etc.

Y no hay quien le diga a don Petardo: “Señor grosero: a nadie importa que haya estado usted malo ni que lo esté actualmente; usted no vale nada, ni para la Patria, ni para la ciencia, ni para nadie. Usted es un pobre diablo; ¿por dónde se puede figurar que haya interés en saber los detalles de sus achaques? Conteste usted: “estoy bueno”, aún cuando esté muriéndose, si no quiere pasar por un hombre insostenible, objeto de terror y fuga de todo el mundo. Sólo a hombres como Napoleón se puede oír con gusto la narración de sus mezquindades.

—Y usted, don Serafín, usted no puede oír hablar de nada sin traernos inmediatamente un cuento al caso. Usted no puede vivir sino contando todo, hasta sus más insignificantes pequeñeces —“pues, señor . . . que me sucedió . . .”— “pues, señor, que salí” — “pues, señor, que fuí . . .” — “pues, señor, que dije, que me dijo, que le contesté”.



Juan Bautista Alberdi.

Y de ahí no hay quién lo saque a usted; usted ha de contarle todo, de pe a pa, y no una sino mil veces, y siempre del mismo modo. De manera que usted nos fatiga, nos da sueño, nos mata.

—Aquí está otro que no sabe hablar si no es de sí propio. Este es don Yo. Yo para todo, yo en todas las cosas y siempre Yo. “Yo tengo una fortuna . . .”. “Usted no sabe lo que soy Yo . . .”. “Yo soy la criatura más rara . . .”. “Sólo Yo me entiendo . . .”. Es la fraseología constante de don Yo. El yo es odioso, ha dicho Pascal; el yo es ridículo, ha dicho Nodier. Pero don Yo no lee a Pascal ni a Nodier.

Ahora reparen ustedes en el lector. Tiene, tal vez, un poco de todos estos caracteres; es, tal vez, otro don Serafín, otro don Yo. Sin embargo, él se quedará riendo de los personajes retratados, ponderando la exactitud de las descripciones y aplicándolas a sus distintos amigos. Para él, nada.

JUAN BAUTISTA ALBERDI.



JUVENTUD

La juventud no es una época de la vida; es un estado de ánimo. No es cuestión de mejillas rosadas, labios encarnados y articulaciones flexibles; es una cualidad de la imaginación, un vigor de las emociones. Es la frescura de la primavera de la vida.

Juventud significa el predominio del valor sobre la timidez, del deseo de la aventura sobre el amor al ocio. Esto existe a menudo, más en un hombre de cincuenta años que en un joven de veinte.

Nadie envejece por haber vivido muchos años. Sólo se envejece cuando se abandonan los ideales. Los años arrugan la piel, pero el abandono del entusiasmo arruga el alma.

El pesar, la duda, la desconfianza en uno mismo, el miedo a lo que vendrá, son los que encorvan el corazón y llevan el espíritu a las sombras.

Ya se tenga diez y seis años o sesenta, siempre existe en el corazón humano el impulso a lo maravilloso, el suave asombro ante las estrellas, el desafío a los acontecimientos venideros y la alegría de vivir.

Uno es tan joven como su fe; tan viejo como sus dudas. Tan joven como la confianza en sí mismo y tan viejo como

su temor; tan joven como su esperanza, tan viejo como su desesperación.

En el sitio central del corazón hay un árbol que siempre florece: se llama amor. Mientras este árbol tenga flores, el corazón es joven. Si muere, se torna viejo.

En ese sitio central del corazón hay también una estación radiotelegráfica. Mientras en ella se reciban mensajes de belleza, de esperanza, de alegría, de grandeza, de valor y de poder, desde la tierra, desde el hombre y desde el infinito, cualquiera es joven. Pero cuando esa estación deja de funcionar y el sitio central del corazón se cubre con la nieve del egoísmo y el hielo del pesimismo, entonces uno es viejo, aunque tenga quince años. En ese caso ¡Dios tenga piedad de esa alma!

FRANCK CRANE.



EL AMA
(Fragmento)

Yo aprendí en el hogar, en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía,
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.

Y fui como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquélla!

Compartían mis únicos amores,
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.

¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez en ellas!

Una sencilla labradora, humilde
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que en ella bregan!

¡Y cuánto lo agradecen sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan!

¡Y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella,
pacífica y amable,
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...

¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaba también aquellos campos
los de las pardas y onduladas cuestras,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,

los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas.

El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa...!

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.
¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.



LAS GOLONDRINAS

La golondrina, vista de cerca, es un pájaro feo y raro, pero ello se debe, precisamente, a que es el pájaro por excelencia, el señor nacido para el vuelo. La naturaleza lo ha sacrificado todo a ese destino; se ha reído de la forma, pensando tan sólo en el movimiento, y ha logrado su fin en forma tan completa, que esta ave, fea en reposo, es la más bella de todas cuando vuela.

Alas en forma de guadaña, ojos saltones, cuello corto—lo que triplica su fuerza— y patas insignificantes: en ella todo es ala. Agregad un pico muy ancho, siempre abierto, con el que atrapa al vuelo, sin detenerse, de manera que come volando, y volando alimenta a sus pequeñuelos. He ahí su aspecto general.

Si la golondrina no iguala al vuelo relámpago del halcón cuando hiende el aire en línea recta, en cambio es muy superior a éste por su vuelo ágil y libre.

Describe en el aire cientos de círculos, cambia de un golpe la dirección del impulso que la lleva y gira en redondo con una facilidad y gracia admirables.

La golondrina es la verdadera reina del aire; todo el espacio le pertenece por la incomparable agilidad de sus movimientos.

Ante su ir y venir incesantes, la mosca, el escarabajo y los mil insectos que flotan en el aire, se ofuscan, se trastornan, no saben qué hacer.

La golondrina los cansa, los agota, hasta que se rinden.

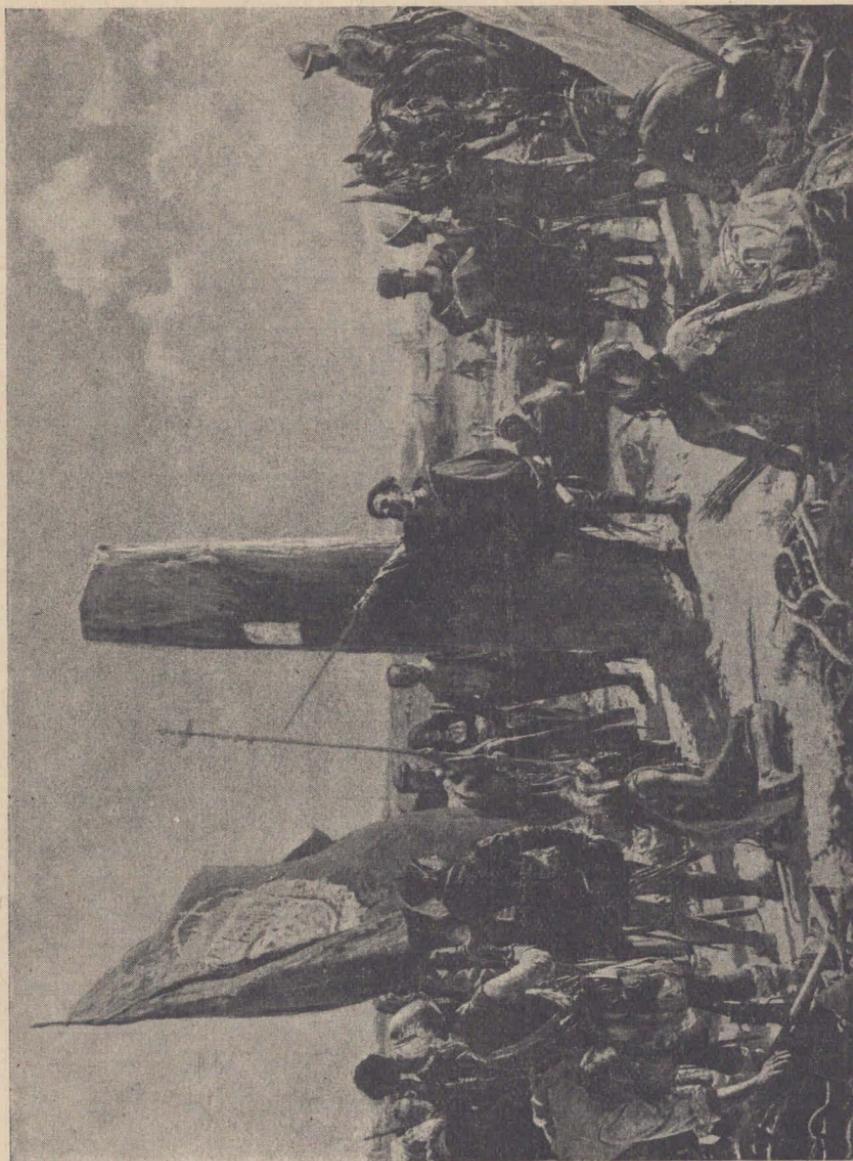
La caza de esos insectos que nunca recorren largos trechos en línea recta es, sin duda alguna, la mejor escuela del vuelo, la que hace a la golondrina superior a cualquiera otra ave.

MICHELET.



LAS SELVAS DE AMERICA

Penetrad en estas selvas tan antiguas como el mundo: ¡qué profundo silencio en estas soledades cuando los vientos reposan! ¡qué voces desconocidas cuando se levantan! Si estáis inmóviles, todo queda mudo; si dais un paso, todo suspira. La noche se acerca, las sombras se hacen más densas; óyense hatos de bestias salvajes corriendo en medio de las tinieblas; la tierra murmura bajo vuestras pisadas; de vez en cuando el trueno hace retumbar el desierto, agítanse las selvas, caen los árboles, un río desconocido corre ante vuestra vista. La luna sale en fin de oriente; a medida que pasáis por el pie de los árboles, parece que ella os precede en sus cimas y sigue tristemente vuestras miradas. El viajero se sienta sobre el tronco de una encina para esperar el día: mira sucesivamente al astro de las noches, las tinieblas, el río; se siente inquieto, conmovido, y en la expectación de algo desconocido, un placer inaudito, un temor extraordinario hacen palpitar su corazón, como si fuera a penetrar en algún secreto de la divinidad; está solo en el fondo de las selvas; pero el espíritu del hombre llena fácilmente los espacios de la naturaleza, y todas las soledades de la tierra son menos vastas que un solo pensamiento de su alma. Hay en el hombre un instinto que lo pone en relación con las escenas de la naturaleza. Y ¿quién no ha pasado horas enteras sentado a la margen



La fundación de Buenos Aires por Juan de Garay.

de un río, viendo deslizarse sus olas? ¿Quién no se ha deleitado, en la orilla del mar, mirando blanquear el escollo lejano? Debemos compadecer a los antiguos, que no habían encontrado en el océano más que el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo. ¡Cuán triste era no ver sino las venturas de los tritones y de las nereidas en esa inmensidad de los mares, que parece darnos una medida confusa de la grandeza de nuestra alma, en esa inmensidad que despierta en nosotros un vago deseo de abandonar la vida, para abrazar la naturaleza y confundirnos con su Autor!

CHATEAUBRIAND.



EPIGRAMAS

A la abeja semejante,
para que cauce placer,
el epigrama ha de ser,
pequeño, dulce y punzante.

JUAN DE IRIARTE.

—¿Crees en brujas Garay?,
dije a mi viejo criado.
—No, señor, porque es pecado,
pero haberlas, si las hay.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.

Admiróse un portugués
de ver que en su tierna infancia,
todos los niños de Francia
supiesen hablar francés.
Arte diabólico es,
dijo torciendo el mostacho,
que para hablar en gabacho,
un fidalgo portugués
llega a viejo y lo habla mal,
y aquí lo parla un muchacho.

NICOLÁS F. DE MORATÍN.

EPITAFIO

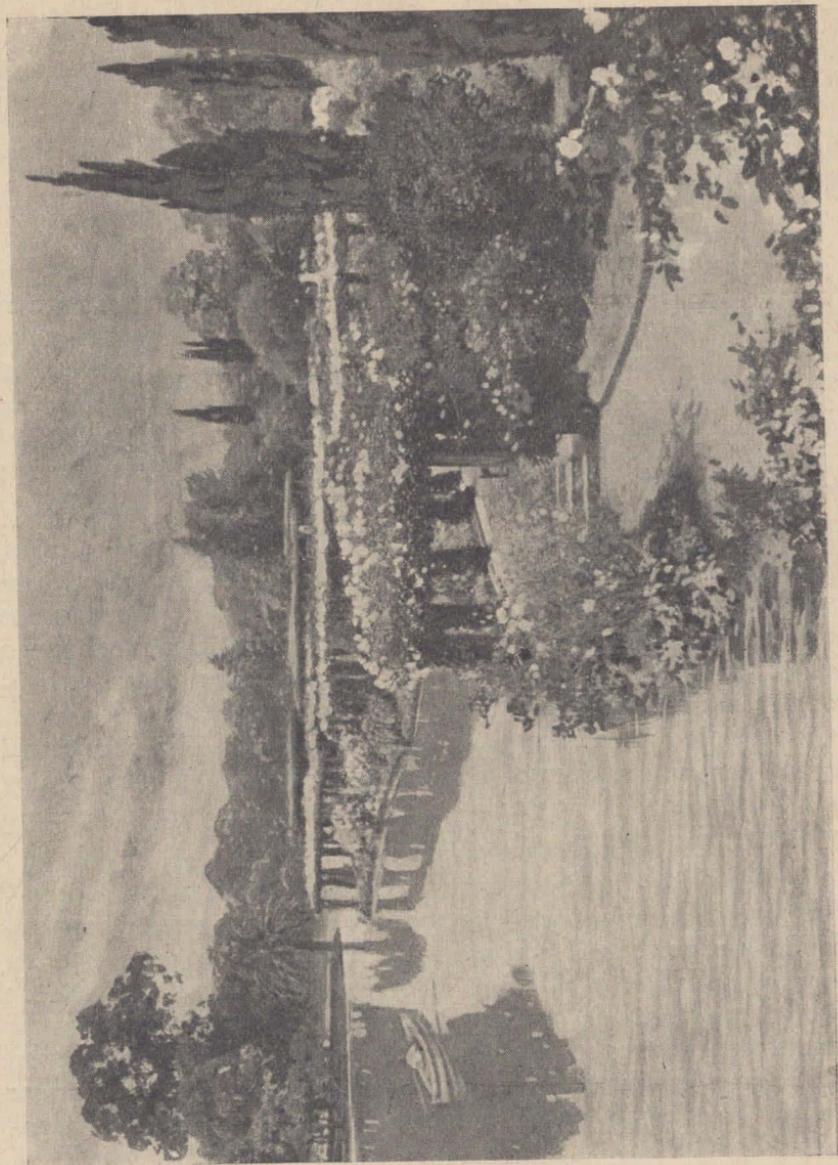
Fué tanto lo que habló
que aunque ya no ha de hablar,
nunca llegará el callar
adonde el hablar llegó.

LOS ARBOLES

¿Qué compañeros más útiles del hombre que los árboles que, a la vez que amenizan su mansión, mantienen la fertilidad del suelo que cultivan? Los árboles protegen las vertientes, impiden la pronta evaporación de las aguas y atraen las lluvias y los rocíos. Los árboles depuran la atmósfera de los gases perniciosos, exhalan el oxígeno que nos da la vida, depuran y fecundan el suelo que los nutre, después de colmarlos de sus dones.

Los árboles nos dan alimento, medicina, vestido, casas, muebles, utensilios, embarcaciones, vehículos de toda clase y mil productos necesarios para las artes todas. Los árboles nos refrigeran con su sombra en el verano y mantienen el fuego del hogar en el invierno; nos protegen contra el huracán y contra el rayo; ofrecen abrigo a las aves y forraje a los ganados; proporcionan recreo a nuestros ojos, melodía a nuestros oídos, perfume a nuestro olfato, regalo a nuestro gusto, grata y útil ocupación a nuestros brazos, vitalidad a nuestro cuerpo y elevación a nuestro espíritu.

Por poco que se observe la vegetación del delta argentino, se notará muy luego que son dos los rasgos que la particularizan: el uno, es la confusa mezcla de árboles, diferentes en forma, en follaje y en color; el otro, la prodigiosa variedad de plantas sarmentosas, llamadas enredaderas, bejucos y lianas, las cuales dan a sus arboledas un aspecto muy variado, e imprimen a sus paisajes cierto aire festivo y romántico, en que consiste su mayor encanto. La vista no se harta de recorrer, ni la men-



Un aspecto del rosedal de Palermo, en Buenos Aires.

te de admirar, la profusión de vegetales, aún de las más apartadas familias, que se agrupan y entretejen confundidos, sin perjudicarse al parecer; sirviendo, además, de apoyo a las plantas trepadoras, nutriendo las parásitas y abrigando las aéreas que no participan de los jugos de la tierra, ni usurpan la substancia del árbol que las lleva.

Los árboles que han cumplido el período fijado a la existencia de cada especie, parecen aún por largo tiempo frondescentes con el prestado follaje de las lianas que los envuelven, y cuando sus carcomidos troncos caen al suelo para devolverle con su descomposición los principios que de él han recibido, todavía la naturaleza se apresura a velar las huellas de la muerte, revistiéndolos de una túnica de verde musgo, adornada de helechos y agáriscos. ¿Cómo explicar tan activa como inagotable fecundidad? El supremo grado de fertilidad del terreno, la extraordinaria profundidad de esa tierra vegetal, el riego frecuente de las mareas, la propiedad fertilizante de las aguas del Paraná por su tibieza y de las del Plata por su limo, la ausencia completa de aguas corrompidas y, finalmente, la angostura de las zonas numerosas, que hace más accesibles las masas vegetales a la acción del sol y demás agentes atmosféricos; todas éstas deben ser las causas de tan copiosa y exuberante vegetación.

¡Arboles bienhechores, que fuisteis el encanto de mi infancia y que siempre he contemplado con enajenación y gratitud! Yo os ampararé, yo os conservaré ilesos como os crió la naturaleza, sobre los arroyos que rodean mi rústica vivienda, para que vuestro espeso ramaje continúe derramando sobre ella la frescura de vuestra sombra, el bálsamo de vuestras flores, la ambrosía de vuestras frutas, el canto de vuestras aves. ¡Ah! ¡Esparcid como siempre en torno de mi cabaña la fragancia y el regalo, la salud y la alegría!

MARCOS SASTRE.

EL OCEANO

Acaso no haya nada que ofrezca a la vista y al pensamiento una representación más completa del mundo, como el océano. Es, desde luego, la imagen de la fuerza en lo que ésta tiene de más feroz e indomable; es un alarde, un lujo de poder, del cual ninguna otra cosa logra dar idea; y esto vive, se agita, se atormenta eternamente sin objeto. Se diría algunas veces que el mar está animado, que palpita y respira, que es un corazón inmenso cuya agitación, potente y tumultuosa, vemos; mas lo que en él desespera, es que todo este esfuerzo, toda esta vida ardiente, se gasta sin provecho; este corazón de la tierra late sin esperanza; de ese choque, de ese revoltijo de las olas, sale un poco de espuma que el viento deshace.

Recuerdo que un día, sentado en la arena, miraba venir hacia mí la masa movediza de las olas; llegaban sin interrupción desde el fondo del mar, rugientes y blancas. Por encima de la que moría a mis pies, percibía otra, y más lejos, detrás de ésta, otra; más lejos todavía, multitud de ellas; finalmente, todo lo lejos que podía alcanzar mi vista miraba el horizonte levantarse y moverse hacia mí: había allí una reserva de fuerza infinita, inagotable; ¡qué bien sentía yo la impotencia del hombre para contener el esfuerzo de todo este Océano puesto en movimiento! Un dique podía romper una de esas olas, podía romper centenares o millares de ellas; pero, ¿quién diría la última palabra sino el inmenso e infatigable mar?

JEAN MARIE.

LA GRAN NOTICIA

(*Cuento Popular*)

A un viejo que pasaba por la calle,
una niña bonita
y de arrogante talle,
detuvo del faldón de la levita
diciéndole: "Señor, por vida suya,
quiero que usted me instruya,
de las nuevas que aquí me participa
una tía que tengo en Arequipa".
Y sin más requilorio,
alargaba una carta al vejestorio.
Cabalgó el buen señor sobre sus ojos
un grave par de anteojos;
el sobre contempló, rompió la oblea,
la arenilla quitó de los borrones,
examinó la firma, linda o fea,
y se extasió media hora en los renglones.
Ya de aguardar cansada,
"¿Qué me dicen, señor?", dijo la bella;
y el viejo echó a llorar diciendo: "¡Nada!,
has nacido, mi bien, con mala estrella".
Asustada la joven del exceso

de llanto del anciano,
le preguntó: “¿Quizás murió mi hermano?”.
Y el viejo respondió: “¡Ah, es peor que eso...!”.
“¿Está enferma mi madre?”. “Todavía
es peor cosa, hija mía.
¡No puedes resistir a esa desgracia...!
¡Yo viejo y todo, me volviera loco!”.
“¿Qué ha sucedido, pues? ¡por Santa Engracia!”.
“¡Que tú no sabes leer... y yo tampoco!”.

RICARDO PALMA.



DESPUES DEL INVIERNO

Pasó el invierno. Desaparecieron de las praderas los tristes pastos amarillos; redujeron su caudal los arroyuelos y tornaron a encerrarse en su cauce estrecho los cañadones. Las ovejas comenzaron a ostentar el vellón espeso y blanco, los caballos engordaban, y con la gordura veniales nuevo y vistoso pelambre; el campo, a su vez, brilló con la yerba — suave y verde y perfumado velo nacido a los besos de los soles tibios — Las perdices que dormían en el chircal espeso, se aventuraron otra vez en las lomas, volando silbadoras. En bandas numerosas alborotaron los terutereros; y hasta los ofidios — recién salidos del letargo invernal — se arrastraron por la cuchilla seca, exponiendo a la luz tibia la nueva piel pintada y luciente. Los mimbres y los sauces vistieron de esmeralda; los ombúes solitarios — árboles filósofos que miran indiferentes pasar las estaciones, los recios pamperos y las brisas suaves — los árboles tristes que no abandonan nunca su vestimenta oscura, empezaron a echar sus racimos blancos de flores estériles. La naturaleza — como un enfermo tras larga convalecencia — comenzaba a vivir de nuevo, con una vida alegre y bulliciosa, llena de promesas, rica en esperanzas. Era una vuelta a la luz, tras larga y penosa sombra del invierno. En vez del doloroso balar de las ovejas transidas por el frío y perseguidas por la lluvia, oíase el alegre rumor de los corderos que, apenas abandonado el claustro materno, corrían embriagándose con la luz; en vez del siniestro mugir de los vacunos en los pesados días de bruma, escuchábase el llamado alegre de los becerros recién nacidos; en vez de la yeguada que recorría mustia y en silencio los llanos encharcados, veíanse retozar sobre el otero los potrancos de piel lustrosa y ojos centelleantes. A medida que el



El lago Nahuel Huapi.

abrojo, la cepacaballo y el abrepuña amarilleaban y se inclinaban moribundos, los macachines y las marcelas abrían sus corolas rojas y azules. Los cuervos, hartos en el festín que les brindaron las ovejas viejas muertas por el frío, huían a operar su pesada digestión en lo obscuro de la selva; los caranchos y los chimangos golpeaban el corvo pico, crispaban la fiera garras y volaban lejos en busca de carniza. En cambio, trinaba la calandria; el sabiá dejaba oír su dulce melodía; mostraba su copete rojo el altivo cardenal, y afanábase el hornero en buscar alimento para los polluelos que tenía bien abrigados en su maravilloso palacio de barro. Hasta el boyero, artífice de la selva, solía detenerse sobre la rama de guayabo que sustentaba su nido, y entonaba una canturria alegre. Sobre las lagunas inmóviles, los camalotes abrían sus grandes flores celestes; sobre las talas coposas, los claveles del aire lucían sus flores sin perfume. En la umbría, el trébol crecía lozano, el arrayán abría sus grandes, blancos y aromados racimos; el burucuyá, la flor simbólica, ostentaba su corona de espinas azules, e hinchaba el ñangaripé sus ricos rubíes, cuyo color envidiaban los pétalos de la flor de ceibo. . . Los terrenos etaban firmes; no eran los vados temibles lodazales, y en los esteros, ya sin agua, podía transitarse sin temor. De mañana, el oriente mostrábase puro, la sierra se divisaba esbelta y soberbia con su cresta de azul de acero; a mediodía la inmensidad del campo parecía reír con la risa perlada de unas chicuelas, y las tardes, con sus púrpuras envueltas en celajes celeste y blanco, eran como una sonrisa del día, que no iba a morir, sino a cambiar de vestimenta, para reaparecer, una hora más tarde, envuelto en la augusta túnica azul salpicada de flores de oro. . .

Tras los temporales, las lluvias copiosas, los fríos intensos, los vientos turbios y los cielos oscuros, la naturaleza resurgía a la vida, a una vida alegre y bulliciosa repleta de promesas, preñada de esperanzas.

JAVIER DE VIANA.

AUTOBIOGRAFIA

Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no hay veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes, no crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo, que es el rostro del autor de la Galatea y de Don Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viaje al Parnaso, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra; fué soldado muchos años y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda, de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

CERVANTES.

LOS RAYOS X

En los primeros días de enero de 1896, un periódico francés publicaba una nota, escrita por el redactor científico señor Vitoux, anunciando el descubrimiento hecho por el profesor Roentgen, de la Universidad alemana de Wurzburg, de un procedimiento para fotografiar a través de los cuerpos opacos.

Se encontraba el sabio alemán en su laboratorio estudiando las propiedades de los rayos catódicos, utilizando para ello un tubo de Crookes iluminado por un poderoso carrete de Ruhmkorff.

A ese objeto había colocado cerca una pantalla cubierta con una substancia fosforescente, el platino cianuro de bario, la que presenta la particularidad de dar una fluorescencia muy brillante cada vez que es influenciada por los rayos catódicos.

Roentgen, a fin de impedir que los rayos catódicos producidos en su aparato llegaran a la pantalla sensible, cubrió el tubo de Crookes con una caja de cartón. A pesar de que la caja citada era opaca, la pantalla siguió brillando como antes.

Roentgen interpuso entonces, entre la pantalla y el tubo diversos cuerpos opacos: papel, madera, láminas delgadas de aluminio y otros; el fenómeno se verificaba lo mismo.

El investigador alemán averiguó en seguida si esos rayos ejercían alguna influencia sobre ciertas substancias químicas. Al efecto substituyó la pantalla de platino cianuro de bario

por una placa fotográfica. Esta fué impresionada rápidamente.

Roentgen comenzó por encerrar en una caja de madera dos monedas; colocó la caja sobre una placa fotográfica envuelta en muchas hojas de papel negro y expuso la caja a la acción del tubo de Crookes. Una vez revelada la placa, apareció clara la imagen de las dos monedas.

Entonces el distinguido profesor tuvo la idea de fotografiar la mano de un ser viviente, y todos conocemos el notable resultado que obtuvo: el esqueleto de la mano quedó completamente marcado y el tejido blanco apareció como una sombra debilísima.

La fotografía a través de los cuerpos opacos era así, un triunfo de la ciencia, que no tardó en encontrar fecundas y notables aplicaciones.

LUIS G. LEÓN.



EL ALMIRANTE BROWN

Brown era guerrero por genio; amaba el peligro y los combates, como los niños robustos aman inocentemente los ejercicios esforzados.

Si tomamos por regla sus hechos, es incuestionable que estaba dotado de talentos distinguidos para dirigir las operaciones de una guerra marítima; pero ese acierto no parecía que fuese hijo de un juicio profundo o trabajo concentrado, sino pura inspiración y puro instinto.

Bondadoso y sencillo, carecía de todos aquellos prestigios exteriores que revelan a los hombres superiores, ya sea en las maneras o en el lenguaje.

De él no podía decirse que supiera algo ni que fuese ignorante; era imposible descubrir si aspiraba a la gloria o a las grandezas; si tenía pasiones, codicia o si obedecía a los impulsos del fanatismo político y nacional, como Garibaldi.

Y sin embargo, no vaya a creerse que era un hombre negativo y frío; Brown tenía un talento misterioso, una especie de doble vista para distinguir en el fondo de nuestros ríos y más allá del horizonte de los mares; y estaba animado de una pasión poderosa y persistente que era el amor de la patria, es decir, el amor a Buenos Aires, porque para él, en la lengua española, la patria quería decir Buenos Aires, sin ir más allá ni quedarse más acá.

El pueblo había adivinado las aptitudes y los méritos que se cobijaban dentro de aquella alma heroica y extraña a la

vez. Las masas le admiraban con un entusiasmo que rayaba en la idolatría. Para ellas, Brown era el genio de las aguas del Plata, armado con un poder sobrenatural para vencer y humillar a los enemigos de Buenos Aires. Brown no era, sin embargo, capaz de entusiasmarlas con ademanes imponentes ni con una sola palabra atrevida; y la propia manera con que él expresaba su propia satisfacción en medio de las populares ovaciones que recibía, era su sonrisa ingenua, sin entusiasmo ni orgullo, que sellaba sobre su fisonomía, con los rasgos de la bondad y del candor.

VICENTE F. LÓPEZ.



TUCUMAN

¿Conocéis esa tierra bendecida
por la fecunda mano del Creador,
de cuyo virgen seno, sin medida,
fluye, como el aroma de la flor,
la balsámica esencia de la vida,
y se palpa su espíritu y su aliento
en la tierra, en la atmósfera, en el viento,
en el cielo, en la luz, en la hermosura
de su variada y magnífica natura?
Tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores
que el inca poseyera, hermosa joya
de su corona regia, donde crece
el camote y la rica chirimoya,
y el naranjo sin cesar florece,
entre bosques de mirtos y de aromas,
brindando al gusto sus doradas pomas.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

EL CARIÑO POR LA TRADICION

El templo, por decirlo así, donde se celebra el tradicionalismo argentino, es ese incomparable Museo Histórico, que ha tenido la fortuna de contar a su frente hombres como Carranza, Pradere y Dellepiane, los cuales han consagrado verdadero afecto a esa institución.

Las colecciones del Museo Histórico son de un valor inestimable como documentos y como recuerdos.

De San Martín posee el Museo abundantes reliquias, desde el estandarte de Pizarro, el conquistador del Perú, que fué ofrecido por el cabildo de Lima al general argentino cuando asumió el cargo de Protector del Perú, hasta su catre de campaña y su uniforme de Protector; desde la miniatura de Bolívar, por éste ofrecida después de la entrevista famosa de Guayaquil, hasta el sable que pendió al cinto del gran soldado en todas las campañas de la libertación, que él sólo desenvainó para crear una patria nueva.

El pequeño aposento ocupado por San Martín en Boulogne-sur Mer, donde falleció, fué reconstruído según la indicación de la hija, con los mismos muebles de su uso, hasta con las mismas cortinas de cretona de las ventanas.

De todas las personalidades que por cualquier título figuran en la historia argentina, se encuentran recuerdos bajo la forma de objetos que les pertenecieron: el pobre armario de ropa de Belgrano, la cama vistosa del virrey Sobremonte, el bastón incrustado de oro de don Cornelio Saavedra, el anteo-

jo de gran alcance del general Beresford, el vestido de terciopelo encarnado de Manuelita Rosas, la levita de Florencio Varela, rota en la espalda por la navaja del asesino, las camisas bordadas y los cubiertos de plata de Solano López, y otras muchísimas reliquias.

A los objetos de uso particular se juntan los de carácter público, tales como los bancos del Ayuntamiento donde se celebró el cabildo abierto del 25 de Mayo de 1810, en que fué proclamada la autonomía de Buenos Aires; el primer blasón portugués de la Colonia del Sacramento, tomado en 1680; el blasón español de la municipalidad; cañones tomados a los realistas, banderas y tambores del combate de Ituzaingó; las tablas de madera esculpida que en las esquinas ostentaban en un poste los nombres de las calles, y hasta las cadenas de hierro que por muchos meses vedaron el pasaje del río Paraguay en la altura de Humaytá.

En Tucumán existe el monumento patriótico más impresionante y más precioso del país. Es la denominada "casa histórica", a saber: la parte de una casa con el suelo de ladrillo, con ventanas de reja y puertas labradas de madera, en que se reunió el primer Congreso Constituyente, el cual, en 1816, proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

La mesa y la silla usadas por el presidente de esa asamblea permanecen en su lugar, al paso que en las paredes fueron colocados los retratos de los principales repúblicos allí convocados.

Con el fin de resguardarla de la acción destructora del tiempo, se armó sobre la casa-reliquia una gran construcción de cemento, hierro y vidrio, que le sirve de estuche.

La precede un atrio ladeado de dos enormes bajorrelieves de bronce, representando el 25 de Mayo de 1810, fecha de la

proclamación del cabildo de Buenos Aires, y el acto de 1816, consecuencia de aquella actitud.

Alrededor de la joya, mejor dicho, por la pared del edificio que protege la casa histórica, se ven numerosas placas de bronce, lápidas de mármol, coronas, cuadros conmemorativos e inscripciones votivas, que representan los homenajes prestados por el sentimiento de comunidades y asociaciones nacionales y extranjeras, al trascendental suceso político allí ocurrido y que decidió de la formación de la nacionalidad argentina.

OLIVEIRA LIMA.



LA MATERNIDAD

¿Recordáis, por ventura, los años de vuestra infancia?

¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que, libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejábais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles e imprimía sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Sí, lo recordáis. Los que tenemos la dicha de ver todavía a esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño a todas horas.

Su nombre está escrito en el corazón; es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros, los que habéis perdido vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimientos.

Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad.

Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la región del cielo una blanca nubecilla que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre, que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si a la caída de la tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde a lo lejos, y que no es canto de las aves ni el murmullo de la fuente, arrodillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.

SEVERO CATALINA.



PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
dormido en tu regazo, madre mía,
sobre mi frente pálida sentía
el beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que, al despertar, tu dulce acento
como un eco del cielo desprendido,
anidaba su música en mi oído
para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
mis ojos ¡ay! acariciando abría
y al levantar los párpados veía
el rostro de la madre idolatrada.

Soñé que tu angelical sonrisa
rizó por mí tu venerable frente,
como clara y purísima corriente
besada por el soplo de la brisa.

Soñé... mas ¡ay! que, al despertar del sueño
te hallé muy lejos del hogar amado,
y tan solo en mi espíritu grabado
tu semblante purísimo y risueño.

¡Ah! yo soñaba despertar contigo,
madre de mis hermanos, madre mía,
y me hallé que en un páramo dormía
bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo
y besando tus flores perfumadas,
acaso con tus lágrimas regadas,
levanté mi plegaria de consuelo.

¡Feliz aquel que al despertar el día,
aunque proscrito del hogar paterno,
encuentre el corazón profundo y tierno
que responde al llamarle: ¡Madre mía!

RICARDO GUTIÉRREZ.



EL CONDOR

El cóndor es el ave que ha nacido para el vuelo, para unir, con la franja oscura de su vagancia celeste, cumbre y cumbre, montaña y montaña, confín y confín. Ha nacido para surcar espacios altos y azules, para ampliar ilimitadamente el círculo fantástico de sus horizontes con el empuje de su vista.

El cóndor es el ala privilegiada y sola que se atreve a todo riesgo y supera todo obstáculo.

Vuela todo el día, desde la primera luz del alba hasta el anochecer.

La mitad de su vida, por lo menos, la pasa volando. Surca altísimos cielos para satisfacer su destino, para complacerse en su mecimiento del azul.

Cuando lo sorprende el huracán en el espacio, no le cede la extensión que surca, sino que lucha a rudos aletazos con la racha rebelde, la doma, rasga el aire y va donde se propone.

Que él no consiente en ser dominado y coartado de ninguna manera en el espacio. Cumple su destino con caudalosa potencia.

Durante sus largas jornadas azules deja, para mayor grandeza, sus polluelos al cuidado del precipicio.

¿Quién es el guardián de su vida?

La inmensidad.

¿Quién cuida su nido y su prole?

El abismo.

Anida por encima de todos los hogares, de todos los nidos. Su vivienda es la primera en recibir la luz del alba; la última en anochecer. Sus noches son las más cortas del mundo, y sus días los más largos y espléndidos de luz.

El cóndor carece de grito, carece de canto. El canta en su vuelo. Cuando une pico y pico con la franja oscura de su cuerpo, en amplia abertura de alas y en un deslizamiento ritual por el cielo de América, su vuelo es un himno al sol y al espacio sin límites.

CARLOS B. QUIROGA.



FRANKLIN

“Nacido en la indigencia y en la obscuridad, dice Franklin al escribir sus Memorias, y habiendo pasado en ellas mis primeros años, me he elevado en el mundo a un estado de opulencia y adquirido alguna celebridad. Como la fortuna ha continuado favoreciéndome hasta una época ya avanzada de mi vida, mis descendientes se complacerán, tal vez, en conocer los medios que he empleado para ello, y que, gracias a la Providencia, me han servido tan bien y pueden proporcionar útiles lecciones a alguno de ellos que, hallándose en circunstancias semejantes, creyesen deber imitarlos.”

Lo que Franklin dice a sus hijos puede ser útil a todo el mundo. Su vida es un modelo. Todos pueden aprender algo en ella, el pobre como el rico, el ignorante como el sabio, el simple ciudadano como el hombre de Estado. Ofrece, sobre todo, enseñanzas y estímulos a los que nacidos en humilde condición, sin apoyo y sin fortuna, desean vivamente mejorar su suerte y buscar los medios de distinguirse entre sus semejantes. Verán allí cómo el hijo de un pobre artesano, que ha trabajado también largo tiempo con sus manos para vivir, llegó a la riqueza a fuerza de labor, prudencia y economía; cómo formó él solo su espíritu en los conocimientos más adelantados de su tiempo, y dobló su alma a la virtud por los cuidados y con su arte que ha querido enseñar a los demás; cómo hizo servir su ciencia inventiva y su respetada honradez al progreso del género humano y a la felicidad de su patria.

MIGNET.

BUENOS AIRES ANTIGUO

Constituía la ciudad un vasto paralelogramo, dividido en cuadras, cada una de 150 varas.

Nuestras calles permanecieron por muchos años sin empedrado. Para aproximarnos al origen de éste, penetremos por un momento en la época colonial.

Citaremos, la acción honrosa del Virrey don José Vértiz y Salcedo.

Algo más que a mediados del siglo pasado, por los años 1770 y tantos, a consecuencia de una lluvia, que continuó por muchos días, formáronse tan profundos pantanos, que se hizo necesario colocar centinelas en las cuadras de la calle de las Torres (hoy Rivadavia) y en las cercanías de la plaza principal, para evitar que se hundieran y se ahogaran los transeuntes, particularmente los de a caballo.

Tal debió ser todavía el estado de nuestras vías urbanas, cuando por medio del intendente don Francisco de Paula Sanz, se propuso el Virrey "limpiar esta ciudad de las inmundicias e incomodidades en que la había tenido hasta entonces el abandono y ninguna policía en sus calles, para que se respire un aire más puro y se renuevan las causas que casi anualmente hacen padecer varias epidemias que destruyen y aniquilan parte de su vecindario".

Después de haber provisto al mejoramiento de las calles y veredas, quiso también el buen Virrey que los transeuntes que no podían hacerse acompañar con un negro o farol, o cargar linternas, se librasen de malhechores y de malos pasos,

estableciendo lo que se llamaba la iluminación, por medio de velas de sebo.

Poco o nada se hizo hasta la época de Rivadavia, 1822-24; aún en la última fecha citada, antes de ella y por mucho tiempo después, la ciudad era sucia; en invierno por el barro; en verano, por el polvo. Sus calles jamás se barrían, salvo el barrido impuesto en cierto radio a los tenderos, que lo efectuaban los sábados por medio de sus dependientes, y sólo se limpiaban de tiempo en tiempo por los copiosos aguaceros que las convertían en vastos mares, rebalsando las aguas los terrenos, derramándose luego por las calles en raudal hacia el Río de la Plata, arrastrando la corriente cuanto hallaba en su curso.

Volviendo a las calles de aquellos tiempos, ya fuera de la época colonial y hasta hace no muchos años, se veían, aún en los puntos más centrales de la ciudad, inmensos pantanos: a veces ocupaban cuadras enteras. No era raro, pues, ver a un médico dejar su caballo (entonces no andaban los médicos como ahora) en una bocacalle y caminar una cuadra o más, hasta la casa de su cliente, por no lanzarse a caballo en ese mar de lodo; y al pedestre obligado a rodear una o más manzanas para llegar a un punto dado, aprovechando el paso que algún vecino caritativo o algún pulpero interesado había improvisado, con el auxilio de unos cuantos ladrillos, pedazos de tabla, etc., etc.

Los pantanos se tapaban con las basuras que conducían los carros de la policía, que eran pequeños y tirados por una sola mula.

Las casas, aunque en general sólidamente construídas, estaban muy lejos de ser confortables.

Por muchos años se edificó con barro, siendo relativamente moderno el uso de la mezcla de cal; muchos revoques se hacían también con barro. En las paredes sólo se emplea-

ba el blanqueo, tanto al exterior como interiormente; la pintura al óleo y el empapelado casi no se conocían, y menos el cielorraso; los pisos eran generalmente de ladrillo, denominados de piso.

Una cosa que afeaba mucho el exterior de las casas, eran las inmensas rejas voladas en las ventanas a la calle. Algunas sobresalían más de una cuarta de vara, lo que, agregado a la extremada estrechez de las veredas, que apenas tenían una vara de ancho, ponían en constante peligro al transeunte, especialmente en las noches oscuras.

A propósito de estas rejas, un periódico de aquellos tiempos decía:

“Un artesano honrado que tiene estropeado el brazo derecho por una de las innumerables rejas de ventana que usurpan el paso en nuestras veredas; y una señorita bonita, que acaba de perder un ojo por la misma causa, van a presentarse, dicen, a la H. Junta, para que, además de obligar a sus dueños a pagar una multa fuerte por cada desgracia que originen, se imponga a cada una de estas ventanas una contribución anual, mientras subsistan en el estado presente.

“Es muy bien pensado, y no dudamos que la señorita, cuyos ojos eran capaces de hacerse justicia por sí solos, la conseguirá ciertamente de nuestros representantes”. Eso sucedía allá por el año 22.

JOSÉ ANTONIO WILDE.



EL SOL Y LA LUNA

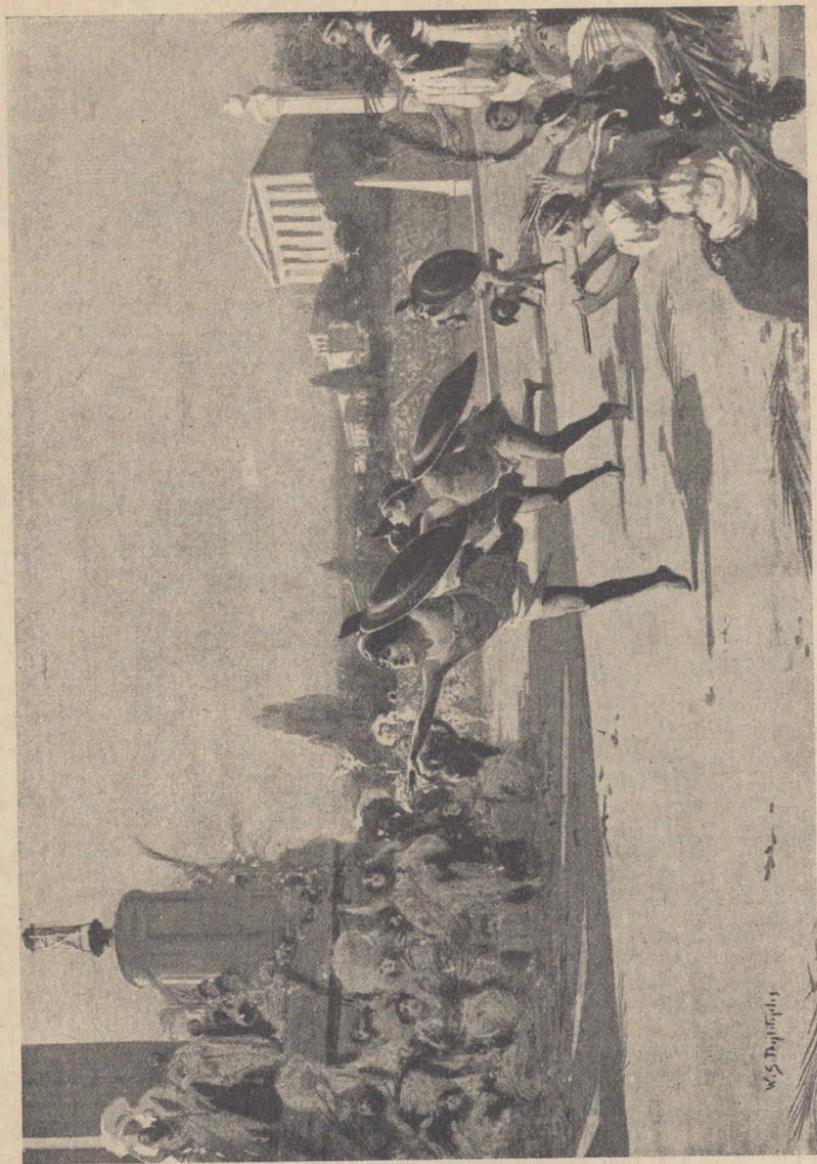
Soneto

Entre las manos de mi madre anciana
la cabellera de su nieto brilla,
y es puñado de trigo, áurea gavilla,
oro de sol robado a la mañana.

Luce mi madre en tanto — espuma vana
que la ola del tiempo echó a la orilla --
a modo de una hostia sin mancilla,
su relumbrante cabellera cana.

Grupo de plata y oro, que en derroches
cubres mi corazón de regocijo.
No importa nada que el rencor me ladre,
porque para mis días y mis noches,
tengo el sol en los bucles de mi hijo,
y la luna en las canas de mi madre.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



Una escena de los juegos olímpicos en la antigua Grecia.

LOS ROMANOS

De todos los pueblos del mundo, el más orgulloso y el más atrevido, pero al mismo tiempo el más metódico en sus consejos, el más constante en sus máximas, el más prudente, el más laborioso y, en fin, el más paciente, ha sido el pueblo romano. De todas estas cualidades se formó la mejor milicia y la policía más previsoras, la más firme y la mejor observada que jamás haya existido.

El fondo de un romano era el amor a su patria y a su libertad. Bajo este nombre, los romanos, como los griegos, concebían un estado en que nadie estuviese sujeto a otra cosa que a la ley, y donde la ley fuese más poderosa que los hombres.

Por lo demás, aunque Roma hubiese nacido bajo un gobierno real, tenía, aún bajo sus reyes, una libertad que no corresponde a una monarquía. Además de que los reyes eran electivos y de que la elección se hacía por todo el pueblo, éste, reunido en asamblea, tenía el derecho de confirmar las leyes y de resolver la paz o la guerra.

La libertad era para los romanos un tesoro que preferían a todas las riquezas del universo. Durante sus principios, y aun durante la época de sus progresos, la pobreza no era un mal para ellos; por el contrario, la miraban como un medio de guardar intacta su libertad, porque, en efecto, no hay nada más libre que un hombre que sabe vivir con poco y que sin esperar nada de la liberalidad o de la protección de los otros, busca su subsistencia en su industria y en su trabajo.

Tito Livio tiene razón para decir que jamás hubo pueblo alguno en que se hayan honrado más la frugalidad, el ahorro y la pobreza. Los senadores más ilustres, a juzgarlos por lo que veía en sus casas, diferían poco de los pobres, y no tenían brillo ni majestad sino en público y en el Senado. Por lo demás, se les encontraba ocupados en el laboreo y en los otros cuidados de la vida de campo, cuando se les iba a buscar para confiarles el mando de los ejércitos.

Sin embargo, en medio de este amor por la pobreza, los romanos no economizaban nada para la grandeza y el embellecimiento de su ciudad. Desde los principios, las obras públicas fueron tales, que Roma no se avergonzó de ellas cuando se hizo señora del mundo.

El Capitolio, los principales templos, los mercados, los baños, los acueductos, y hasta las cloacas y los desagües de la ciudad, tenían una magnificencia que parecía increíble si no estuviese atestiguada hoy por todos los historiadores y confirmada por los restos que nos quedan. En una palabra, todo lo que servía al público, todo lo que podía dar a los pueblos una grande idea de su patria común, se hacía sin reparar en medios. Sólo en las casas particulares reinaba la economía. El que aumentaba sus rentas y por medio del trabajo y de la industria hacía más productivas sus tierras, se consideraba más libre, más poderoso y más feliz.

BOSSUET.



LA FUERZA DE LA DEMOCRACIA NORTEAMERICANA

*Jaime Bryce, escritor y diplomático inglés,
embajador de Gran Bretaña cerca del Gobierno
de los Estados Unidos, ha escrito:*

Así como la capacidad de alcanzar una edad avanzada es la mejor prueba de la salud del cuerpo humano, así también es un gran elogio para un sistema político, el que el pueblo se halle profundamente apegado al que adoptó.

Para un norteamericano, su Constitución Federal es una cosa poco menos que sagrada; una especie de Arca de la Alianza donde nadie puede poner sus manos temerarias.

Teniendo conciencia de que la ley es obra suya, el pueblo se halla siempre dispuesto a obedecerla. El mejor resultado que se puede atribuir a la participación directa del pueblo en su propio gobierno, es que siente amor hacia esa obra; que el ciudadano ve en cada ley un reglamento hecho por él mismo y los demás, y en cada funcionario ve a una persona a quién ha elegido libremente y a quién debe, por lo tanto, acatar por interés propio, sin el menor detrimento de su independencia y dignidad personal.

La democracia ha enseñado a los norteamericanos, no sólo a usar de la libertad sin abusar de ella, sino que les ha inculcado la fraternidad.

Existe en los Estados Unidos, una especie de benevolencia, un sentido de solidaridad humana, un reconocimiento del deber de mutuo auxilio que se deben los hombres unos a otros, más fuerte que en Inglaterra, Francia o Alemania.



Capitán General Justo José de Urquiza.

LA CONSTITUCION

(Discurso pronunciado después de firmarse la Constitución Nacional, en San Nicolás, el 1º de mayo de 1853).

Permitidme, señores, empañar la majestad de este acto con la débil expresión de algunos humildes conceptos.

Acabáis de ejercer la función más grave, más solemne y más sublime que es dado a un hombre en su vida mortal: Fallar sobre los destinos de su patria, sellar su eterna ruina o su feliz porvenir.

El cielo bendiga el de la nuestra, tan infortunada hasta hoy.

Acabáis también de sellar con vuestra firma, vuestra eterna gloria y la bendición de los pueblos, o vuestra ignominia. ¡Dios..., Dios nos salve de ella, siquiera por la pureza de vuestras intenciones!

Los pueblos impusieron sobre nuestros débiles hombros el peso de una horrible situación y de un porvenir incierto y tenebroso.

Oprimidos con desgracias sin cuento, nos mandaron a darles una carta fundamental que cicatrice sus llagas y les ofrezca una época de paz y de orden que los indemnice de tantos infortunios, de tan prolongados desastres.

Se la hemos dado, tal cual nos la dictó nuestra conciencia, ilustrada por nuestra débil razón.

Con la carta constitucional que acabamos de firmar, hemos llenado nuestra misión y correspondido a su confianza como nos ha sido posible.

Promulgarla y ordenar su cumplimiento ya no es obra nuestra: corresponde al supremo jefe de la nación, en cumplimiento de los deberes que ella le ha impuesto y que él ha aceptado y jurado solemnemente.

A los pueblos corresponde observarla y acatarla, so pena de traicionar su misma obra, de desmentir la confianza depositada en sus Representantes, y contrariarse a sí mismos, presentándose en ludibrio de las naciones que los rodean.

Por lo que hace a mí, señores, seré el primero en jurar ante Dios y los hombres, ante vosotros, que representáis a los pueblos, obedecerla, respetarla y acatarla hasta en sus últimos ápices, luego que reciba la última sanción de la ley.

Quiero también ser el primero en dar a los pueblos el ejemplo de acatamiento a su voluntad expresada por la mayoría de sus Representantes; porque, señores, en la mayoría está la verdad legal. Lo demás es anarquía; y ¡huya ésta para siempre del suelo argentino, que por tantos años ha desolado!, ¡huya para siempre ese monstruo al parecer aclimatado en nuestra desgraciada patria!

El 1º de mayo de 1851, el vencedor de Caseros firmó el exterminio del terror y del despotismo.

El 1º de mayo de 1853, los Representantes del pueblo argentino firmamos el término de la anarquía, el principio del orden y el imperio de la ley.

Pidamos al cielo ser tan felices en nuestra obra, como aquél lo fué en la suya. Pongámosla bajo los auspicios de la Providencia, que preside y dirige la suerte de los Estados. Ninguno más que el nuestro necesita de su protección. Implorémosla, señores, en sello de nuestra obra. El patriotismo nos impone este último deber.

FACUNDO ZUVIRIA.

LA ORACION POR TODOS

(Fragmento)

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora
de la conciencia y del pensar profundo:
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.

Sacude el polvo el árbol del camino
al soplo de la noche; y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira!, su rueda de cambiante nácar
el occidente más y más angosta,
y enciende, sobre el cerro de la costa,
el astro de la tarde su fanal.

Para la pobre cena aderezado,
brilla el albergue rústico, y la tarda
vuelta del labrador, la esposa aguarda
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera,
uno tras otro fúlgido diamante;
y ya apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería;
y a los destellos últimos del día,
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime: el viento
en la arboleda, el pájaro en el nido,
y la oveja en su trémulo balido,
y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y sus afanes:
¡he aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
quiere descanso, y oración, y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
conversan con espíritus alados;
y los ojos al cielo levantados,
invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
fe en el pecho, alegría en el semblante,
con una misma voz, a un mismo instante,
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán, y en leda tropa
sobre su cama volarán ensueños,
ensueños de oro, diáfanos, risueños,
visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
ya beben el aliento a las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
esconde su cabeza el avecilla,
tal la niñez en su oración sencilla
adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡De natural piedad, primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,
ruega a Dios por tu madre; por aquella
que te dió el ser, y la mitad más bella
de su existencia ha vinculado en él;
que en su seno hospedó tu joven alma,
de un ánima celeste desprendida,
y haciendo dos porciones de la vida,
tomó el acíbar y te dió la miel.

Ve, hija mía, a rezar por mí; al cielo
pocas palabras dirigir te baste:
"Piedad, Señor, al hombre que criaste.
Eres Grandeza, eres Bondad: ¡Perdón!"
Y Dios te oirá; que cual del ara santa,
sube el humo a la cúpula eminente,
sube del pecho, cándida, inocente,
al trono del Eterno la oración.

VÍCTOR HUGO.

Adaptación por Andrés Bello.



SOBRE EL NO DEBER

Préciate de no deber nada a nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno a tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que desees, ni gastes más de lo que tienes; y de esta manera, midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas tus deudas nacen de tus apetitos, y la moderación de éstos vale más que muchas cuentas de rentas. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el Apóstol: "piedad y contentamiento con la suerte que Dios te dió".

Si los hombres no quisiesen ser más de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirían en paz. Mas, como quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso; porque nunca tiene buen suceso lo que se hace contra la divina voluntad.

FRAY LUIS DE GRANADA.

LA FAUNA DEL CHACO

La zona del Chaco produciría un desencanto al cazador de raza que allá fuera, como algunos distinguidos extranjeros lo hicieron, llevando un arsenal completo de armas y municiones, desde el Winchester de repetición hasta el delicado Monte Cristo; y desde la bala explosiva destinada a los reyes del bosque, hasta los menudos perdigones para las aves de tierra carne y diminuto cuerpo.

Y peor sería aún el desconcierto, si atenidos fueran los tales a sólo el producto de su cacería para llenar las necesidades de la vida en larga campaña, y para resarcimiento de los gastos.

El Chaco es mirado, en general, como la mansión de bestias feroces que deben encontrarse por doquier.

Nada más falso. Días y semanas hemos pasado sin sorprender ni a un inofensivo carpincho en las riberas de los ríos, ni a un pato en las lagunas y en los esteros.

Hay muy diferentes clases de animales en los bosques del Chaco, pero con raras excepciones que luego señalaremos, no abundan sus ejemplares.

Salvo en algunos riachos, solitarios todavía, o en costas de islas bajas y despobladas, o muy al fin en el interior del Chaco, difícil es sentir el rugido de bestias feroces, con excepción del aguará-guazú.

Los indios, para proveerse de comestibles adoptan para cazar el medio siguiente:

Se apostan en dilatado círculo o en la boca de una rinconada (ángulo formado por dos arroyos que se encuentran) y poniendo fuego a los pajonales del fondo de ese ángulo o rincón esperan a la salida a todos los bichos, chicos y grandes, que huyen del incendio. Allí cazan juntos ciervos y gacelas, jabalíes, aperiás y tatúes sin distinción; pero así también queda devastado aquel campo por mucho tiempo.

Los hombres civilizados recorren los campos que ellos ocupan y escudriñan los bosques.

Otros, llamados carpincheros, van en sus canoas por las costas de los riachos interiores y allí se estacionan en viviendas rústicas con techo y paredes de palma pindó o de largas pajas o totoras (juncos), con que forman lo que se llama quinchá.

Allí llevan una vida de la que no puede formarse idea el que no los haya visto en esos miserables albergues, con su familia, con un moblaje curioso en que el lecho es de paja de totora colocada sobre lo que ellos pomposamente decoran con el nombre de catre, y no es más que un marco de troncos rústicos alzados sobre cuatro estacones que les sirven de pies, y sobre éstos la estera, todo cubierto, eso sí, con un mosquito-ro de los más indefinibles colores.

Esas son las únicas gentes que no puede asegurarse que viven, sino que más propiamente debería decirse que no mueren de la caza y de la pesca.

Se llaman carpincheros porque la caza del carpincho constituye su principal comercio. La carne del animal (que es el más abundante del Chaco) les sirve de sustento, y la piel la estaquean para secarla y guardarla a fin de venderla luego que de ellas logran algunas docenas.

Con eso, alguna piel de ciervo o de aguará, que acaso sorprenden al paso, y en feliz campaña alguna de tigre, completan su cargamento y regresan a algún pueblo de Corrien-

tes, del Paraguay o del mismo Chaco, después de tres meses o más de privaciones, peligros y sufrimientos: ¡su cargamento les dará cincuenta pesos!

Y a pesar de lo dicho, no se debe inferir de ello que sin armas y sin vigilancia puedan cruzarse los desiertos del Chaco, porque a veces allí por donde más confiado se va, al abrir un pajonal o penetrar en la estrecha senda de un bosque, se suele encontrar sosegadamente acostado o sentado sobre sus patas traseras a un hermoso tigre que al veros empieza por desperezarse y a bostezar y a menear la cola, como si con tales movimientos quisiera manifestaros el ningún temor que le inspiramos y la conciencia que tiene en sus propias fuerzas. Mas luego, si no lo cazáis, generalmente se pone de pie y desaparece en la espesura del pajonal o de la selva; sólo se detiene cuando vais con perros.

En otras ocasiones, de improviso también, os encontráis con un tapir, que topando contra todo y echando abajo los árboles, huyen como flecha en línea recta, siempre hacia adelante, al sentir vuestra llegada.

Otras, en fin, salta de repente un hermoso ciervo que, como un sueño, se os presenta, tan rápido es el momento que media entre el llegar y el huir del elegante antílope.

Y, lo que es más frecuente, os encontráis con una piara de jabalíes que se acercan gruñendo y de los que hay que guardarse para cazarlos, pues atacados, atacan, y si os subís a un árbol, muerden rabiosos el tronco que os defiende, demostrando querer troncharlo para haceros su presa.

¡Guay del cazador que cayera entre ellos en aquel momento!

MELITÓN GONZALEZ.



El valle encantado. Trafal.

LOS TEHUELCHES

Estamos en el centro de la Patagonia, poblada otrora por numerosas tribus indígenas.

Los sobrevivientes, no más de dos mil, viven en pequeños grupos en la dilatada Patagonia; y prefieren esta región, porque hacia el sur, los escoriales de piedra impiden el frecuente tránsito de la raza invasora.

La toldería de Quilchamal, donde acampé, es una de las que tienen menos contacto con el cristiano, y por eso conserva mejor las costumbres características de estas indiadadas mansas.

El araucano y el tehuelche tienen las mismas costumbres, sólo que aquél, habitante de tierras más fértiles y de climas más benignos, es nómada por excepción, y, en consecuencia, es también un poco agricultor; el segundo está obligado a cambiar periódicamente de sitio para dar alimento a sus grandes yeguas y a sus pocas ovejas; además, el campo inmenso y despoblado, donde abundan el guanaco y el avestruz, lo invita a la caza, de la cual saca casi exclusivamente los medios de vida.

El araucano, de raza guerrera, tiene en su cara la sumisión de la fiera una vez domada; el tehuelche, la impasibilidad del hombre que sabe no poder rebelarse al destino.

El toldo tehuelche, cuyas paredes interiores son pintadas con colores que extraen de las barrancas marnosas, está formado de cueros de guanacos adultos, cosidos con tendones de avestruz y el pelo para el lado exterior. Su capacidad es la

de una pieza de regular tamaño, y frente al biombo, que desempeña el papel de puerta de la casa, humea el fuego cuyas brasas no se extinguen hasta la remoción del campamento. Ese punto es el hogar, la cocina, el comedor; un paso más hacia el interior, y donde en el suelo están extendidos cueros lanudos, es el salón para recibir las visitas y *boudoir* donde las dueñas de casa hacen su *toilette*, cosen y preparan los quillangos de guanaco chico para el intercambio con los cristianos; después, un pequeño relieve de pieles, una especie de zócalo que atraviesa todo el toldo, constituye la almohada general, donde, en cuatro metros de largo, descansan durante la noche, a veces 15 o 20 cabezas; las camas son pieles amontonadas, que tienen por sábana cueros de caballo, sobados y pintados, y se extienden hacia el fondo, tocando con los pies la pared del toldo; el mueblaje y los utensilios de este interior están hechos exclusivamente con cueros y tejidos de lana; la madera no entra sino en los palos de sostén de la casa; objetos cristianos usuales, tan sólo la pava, la olla, el mate, la bombilla y un jarro, único en cada toldo.

CLEMENTE ONELLI.



PETROLEO

He ahí una riqueza fabulosa en la que nadie sospechaba. Allá hondo, muy hondo, un oro líquido inestimable esperaba, desde siglos y siglos, pronto a surgir a la superficie para darse al hombre.

Sin minas de carbón con veta suficientemente rica como para incitar a una explotación regular, mirábamos inquietos las posibilidades que nos ofrecía el futuro. Necesitábamos fuerza, energía, para mover nuestras máquinas, nuestros tractores, camiones y automóviles. Y la casualidad nos abre un día la más grande y la más hermosa de las perspectivas.

En la lejana Patagonia hay petróleo.

En aquellas vastas regiones, hasta ayer sólo útiles para criar lanares, el subsuelo encierra una riqueza incalculable.

Y allá van las máquinas perforadoras; allá van los fuertes taladros a interrogar a las capas profundas de la tierra.

Día tras día va descendiendo la mecha; desciende lentamente porque, pasada la primera capa de tierra, muerde en la dura roca.

Cien, doscientos, quinientos metros. ¡Más abajo aún!

¡Qué pronto se escribe esto, pero que lenta es esa penetración en el seno de la madre Tierra!

Desde que se iniciaron los trabajos han transcurrido meses y meses de ansiosa expectativa, de ruda labor.

—¿A qué profundidad hemos llegado? — pregunta el ingeniero.

—Hemos pasado los ochocientos metros, señor. ¿Seguimos adelante?

—Claro es. Según nuestros cálculos, la hoya petrolífera no debe estar distante. Sigamos trabajando.

Como al conjuro de un hada que hubiese querido premiar la fe y la constancia de aquellos luchadores, un día, ¡oh anhelado momento!, el petróleo surge abundante, en chorro promisor.

Ya tenemos el tan esperado combustible. Ya se vislumbra el momento en que no necesitaremos comprarlo al extranjero. El suelo de la Patagonia nos dará con qué cubrir aquella necesidad de fuerza de que hablamos.

NÉSTOR C. ABREGÓ.



REIR LLORANDO

Viendo a Garrik-actor de la Inglaterra,
el pueblo al aplaudirlo le decía:
“Eres el más gracioso de la tierra,
y más feliz...”
y el cómico reía.

Víctimas del *spleen*, los altos lores
en sus noches más negras y pesadas,
iban a ver al rey de los actores,
y cambiaban su *spleen* en carcajadas.

Una vez, ante un médico famoso,
llegóse un hombre de mirar sombrío;
“Sufro — le dijo— un mal tan espantoso
como esta palidez del rostro mío.

Nada me causa encanto ni atractivo;
no me importa mi nombre ni mi suerte.
En un eterno *spleen* muriendo vivo,
y es mi única pasión la de la muerte”.

- Viajad y os distraeréis
—¡Tanto he viajado!
—Las lecturas buscad.
—¡Tanto he leído!
—Un título adquirid.
—¡Noble he nacido!

—¿Pobre seréis quizá?
 —¡Tengo riquezas!

—¿De lisonjas gustáis?
 —¡Tantas escucho!

—¿Qué tenéis de familia?
 —¡Mis tristezas!

—¿Vais a los cementerios?
 —Mucho . . . , mucho . . .

—¿De vuestra vida actual tenéis testigos?
 —Sí, mas no dejo que me impongan yugos:
 yo les llamo a los muertos mis amigos;
 y les llamo a los vivos mis verdugos.

—Me deja — agrega el médico — perplejo.
 vuestro mal, y no debo acobardaros:
 tomad hoy por receta este consejo:
 “Sólo viendo a Garrik podréis curaros”.

—¿A Garrik?
 —Sí, a Garrik . . . La más remisa
 y austera sociedad le busca ansiosa;
 todo aquel que le ve muere de risa;
 ¡tiene una gracia artística asombrosa!

—¿Y a mí me hará reír?
 —¡Ah, sí, os lo juro;
 él, sí; nada más él; mas . . . , ¿qué os inquieta?

—Así — dijo el enfermo, — no me curo
 ¡yo soy Garrik! Cambiadme la receta.

JUAN DE DIOS PEZA.



EL GENERAL BELGRANO

Belgrano es una de las más simpáticas ilustraciones argentinas y una de las glorias más puras de América, no sólo por sus memorables servicios, sino también, y muy principalmente, por la elevación moral de su carácter y por la austeridad de sus principios democráticos.

Su gloria es un patrimonio nacional, y pretender arrancar a su corona cívica una sola de sus hojas, sin justificar el derecho con que tal despojo se haga, sería defraudar al pueblo de su propiedad legítima.

Belgrano no ha sido un genio político del vuelo atrevido de Moreno, ni un genio militar de la altura de San Martín, con quienes comparte la gloria de haber sido, a la par del primero, uno de los fundadores de la democracia argentina, y con el segundo, el héroe y fundador de la Independencia.

Fué un gran ciudadano y un verdadero héroe republicano, y esa es su gloria.

Belgrano no era ciertamente un demócrata a la manera de Artigas y de Güemes, expresiones exageradas de la democracia en una época de revolución: era un demócrata de la escuela de Wáshington y de Franklin, cuyos principios profesó toda su vida.

Lo prueba su anhelo por la instrucción de las masas, atestiguado por los establecimientos de educación que fundó antes y después de la revolución; su respeto a la igualdad humana, manifestado hasta en su conducta con los indios de



Cabildo Abierto del 25 de Mayo de 1810

Misiones y del Alto Perú; su amor a la libertad del pueblo, a que consagró su vida y sus afanes; su empeño constante porque la revolución se constituyera sobre la base de un poder deliberante emanado directamente del pueblo, como lo demuestra su correspondencia con Rivadavia; su respeto a la ley y a las autoridades constituídas, y, más que todo, su abnegación, su desinterés y su modestia en presencia de los altos intereses públicos.

San Martín en las provincias de Cuyo, y Belgrano en las del norte, levantando el espíritu público en ellas, conquistando el amor y la confianza de las poblaciones, consiguiendo que los ciudadanos acudiesen voluntariamente y con entusiasmo a sus banderas, dispuestos a la lucha y al sacrificio, haciendo concurrir hasta a las mujeres a la defensa de la causa común, prueban que tanto el uno como el otro eran verdaderos hombres de revolución, que si bien no se cuidaban de *encabezar partidos*, sabían cómo se mueve a las democracias *encabezando una causa popular*.

BARTOLOMÉ MITRE.



LAS HOJAS SECAS

Me hallaba sentado al borde de un camino, cuando oí hablar cerca de mí. Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más o menos, su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas, nuestras compañeras, a lo largo de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendaval me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—¿Y adónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas, arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz, meciéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquella agua límpida y transparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por encima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

—¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa a nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libélulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes a contarse sus secretos.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embebecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos, que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¡Qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris a la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de jilgueros a llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto a nosotras su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo a los pequeñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los importunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar...

GUSTAVO A. BECQUER.

CANTO DE LAS AVES

La naturaleza tiene una época de solemnidad para la cual convoca músicos diversos de las diferentes regiones del globo. Así vemos acudir maravillosos artistas con maravillosas sonatas, trovadores errantes que entonan la misma balada, peregrinos que repiten mil veces los mismos cánticos. La oropéndola silba, la golondrina gorjea, la paloma suspira; la primera, empinada en un olmo, parece retar al tordo, que seguramente no cede al huésped extranjero; la segunda, bajo un techo hospitalario, trina con voz plateada, como en el tiempo de Evandro; la tercera, oculta en el follaje de una encina, prolonga sus arrullos, parecidos a los ondulantes sonidos de un cuerno de caza.

Por último, el petirrojo repite su canción a la puerta de la granja en que colocara su nido de musgo. Pero el ruiseñor desdeña perder su voz en esta sinfonía, y la reserva para la hora del recogimiento y del misterio, cuando los rayos plateados de la luz filtran a través de las lustrosas hojas de los naranjos, cuyo cándido azahar perfuma en torno el ambiente.

Cuando los primeros silencios de la noche y los últimos murmullos del día luchan armónicos en los collados, en los bosques y en los valles; cuando acalla gradualmente el susurro de las selvas, sin que ni aun siquiera suspire una hoja ni se agite el menor filamento de musgo; cuando la luna fúlgida recorre el ámbito azulado, el primer cantor de la creación entona sus himnos al Eterno. Al principio vibra el eco alborozado, repitiendo los trinos de placer, ora lento, ora pre-

citado, ora mudo; parece un corazón que de júbilo rebo-
sa, que la esperanza inunda, que de amor palpita. De repen-
te apágase la voz y enmudece el pico del ave, mas no tarda
el melodioso flujo en animar la atmósfera...

¡Cómo consigue variar el tono! ¡Qué tierna melodía!
A menudo las modulaciones son lánguidas, aunque variadas;
otras veces resuena una monotonía simpática, como las que
distinguen las antiguas tonadas francesas, obras maestras de
sencillez y melancolía, pues el canto es con tanta frecuencia
la señal de la tristeza como de la alegría. El ave que ha per-
dido su posteridad no cesa de cantar y repite la melodía del
tiempo feliz, pues una sola sabe; pero, efecto de su arte ma-
ravilloso, basta al músico cambiar la llave de su instrumento
para que el himno del placer llegue a ser la querella del do-
lor.

CHATEAUBRIAND.



EL OMBÚ

Es el ombú notable por su frondosidad y corpulencia. Al anochecer acuden a albergarse en sus multiplicadas ramas muchedumbre de pájaros diversos, que al romper el alba saludan en coro el nuevo día con alegres y estrepitosos cantos varios. Semejan himnos matinales que alados intérpretes de la naturaleza entonan al padre de la luz y de la vida.

El ombú suele hallarse aislado, solitario, en las pampas y en las cuchillas rioplatenses. Raro será que, si han desaparecido de allí paredes y aún los cimientos de algún edificio, no aparezca alguna otra señal que arguya haber sido antigua morada del hombre. Verá el observador que, en torno del solitario y vetusto ombú, nacen diversas plantas que, en los desiertos, siguen al hombre por todas partes: en los caminos que frecuenta, en las casas donde habita, en los lugares que guardan sus restos mortales.

Pero aun cuando se haya desvanecido todo rastro de humana habitación; aun cuando no descubran nuestros ojos indicio alguno de que la planta del hombre hubiese hollado el paraje donde, en medio de una pampa o de una cuchilla, dilata un añoso ombú sus profundas ramas, casi puede asegurarse que allí hubo un hogar, allí días de regocijo y de amar-

gura, allí ilusiones y desengaños, allí un casamiento, un bautismo, un féretro, un luctuoso episodio, un robo o un asesinato. ¿Serán acaso éstos, ya alegres, ya tristes recuerdos, la causa del respeto con que, al parecer, se ha mirado siempre al ombú, que vemos permanecer solo, aislado, en medio del campo, a las orillas de un pueblo, junto a una tapera? ¡Cuánto hubiera sido de desear que así fuera! ¡Qué bellas páginas románticas no hubieran sido capaz de inspirar estas circunstancias felices a un alma poética y meditabunda!

DANIEL GRANADA.



EL OMBÚ

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su pampa grandiosa;
La pampa tiene el ombú.

Esa llanura extendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde,
Sin tener donde posar,
Es la pampa misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas,
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz;
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan a los corceles
Y guarida a la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmaltan modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz.
El bibí, los macachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos;
Pero sí pájaros bellos,
Hijos de la soledad,
Que, siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones,
Y acompañan su orfandad.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza a divisar,
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

¡El ombú! Ninguno sabe
En qué tiempo ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó;
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roída,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

LUIS R. DOMÍNGUEZ.



LA HISTORIA DE UN LUSTRABOTAS

—¿Y después?

—.....

—Ya finalizo. He llegado al epílogo, señora. Aquel buen muchachito que lustraba botines en la plaza Lorea, está ahora en Turín. Allí lo he visto. Tiene veinticinco años. Es un pintor de mérito. Pinta cuadros hermosos. Sus telas le conquistan medallas, aplausos. Y pensiones... Allá su nombre goza de alto precio metálico. Es argentino.

—¡Oh! ¡Qué historia tan rara! Parece una novela.

.....

—He olvidado narraros el principio de la historia de Alice. ¿Os interesa? Oídla.

El me la contó con envidiable orgullo. Fué una noche. En Turín... Aquel muchacho soñador, tan suave y tan artista, gozaba en la evocación de sus años de niño.

“Usted conocerá en Buenos Aires al doctor Cupertino del Campo. Es médico. Es literato. Es pintor... A él debo mi carrera de artista. El me inició...”.

—¿Cómo?

“Mi padre tenía frente a la plaza de Lorea, en Buenos Aires, un pequeño salón de lustrabotas. No hace mucho tiempo aún: hará nueve años . . . Con mi padre, lustrábamos el calzado de nuestra clientela. Ganábamos muy poco. Apenas podíamos vivir. Eramos tres: mi padre, mi madre y yo . . . En los momentos que encontraba libres, me ponía a dibujar. Borroneaba la pared. A falta de pinceles usaba los cepillos. A falta de pintura recurría al betún. Allí hacía paisajes. Bosques. Jardines. Hombres. Animales. De todo . . . A veces, tomaba como modelo a los clientes del salón . . . Uno de éstos era el doctor Cupertino del Campo, o sea “José Bálsamo”. Aún no se había recibido de médico, pero yo ni siquiera conocía su nombre . . . Un día, al verme dibujar en un papel mientras mi padre le lustraba los botines, me dijo:

—Oye, muchacho: ¿te gustaría ser pintor?

—¡Ya lo creo!

—¿Y por qué no aprendes?

—No puedo, señor. Tengo que lustrar botines.

—Pero de noche podrías ir a una academia . . .

—Es que no conozco a nadie.

“El doctor del Campo me prometió llevarme a casa de su maestro, el pintor Decoroso Bonifanti. Yo le mostré unos dibujos, y entonces Bonifanti me dijo que fuera a su casa . . . Fuí. Y desde aquella fecha, él se constituyó en algo más que un maestro: Bonifanti es mi segundo padre . . . En aquel tiempo él me vestía. Me calzaba. Me daba de comer. Y luego me enseñaba a pintar. A veces me llevaba con él a la socie-

dad bohemia "El Bermellón", en donde veía con la boca abierta cómo trabajaban los artistas. Recuerdo haber visto allí a Zavattaro, a Villar... En fin, hice algunos cuadritos que le gustaron mucho.

¡Bonifanti! A él le debo toda mi educación artística. Su corazón es grande como su inteligencia...

En 1904 tuvo que venirse a Italia y me trajo con él. Aquí vivimos juntos. El gobierno nacional me otorgó, después de mis primeros premios en la Academia Albertina de Turín, una beca que pronto se me vence.

Giovanni Grosso, director de la Academia, me dió lecciones. Concluí los cursos. Esa es toda mi historia...".

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY.



LAS MULAS

En los accidentados desfiladeros de la Cordillera del Sur, he tenido ocasión de conocer los méritos de cada mula de carga.

Mientras el cadencioso fraseo o la cantilena cuyana me decían claramente de dónde eran originarios los pacientísimos arrieros que las guiaban, iba poco a poco reconociendo, también, el país de origen de cada mula, por su manera hábil o torpe de marchar entre peñascales suspendidos sobre el abismo o en los fatigosos zig zag de los bosques tupidos y pantanosos o en camino recto, por el árido y pesado arenal.

¡Oh la mula de llano! Aquella gateada, tan perfecta carguera en las largas travesías, tan segura y suave en el andar que se le confiaban los instrumentos más delicados, al trepar las primeras sendas cortadas en la roca a pique, golpeaba la preciosa carga, al punto que hubo que cambiársela por otras más modesta, la batería de cocina, que fué a terminar en el fondo de un torrente con el pobre animal, quien pagó con su vida la inexperiencia del camino de la montaña. Esa era una mula, tipo perfecto de las arrias de los llanos de San Luis.

Las mulas de Mendoza y San Juan mostraban en el desfiladero todo el paciente aprendizaje practicado en las angostas sendas, entre el cielo y el abismo, en sus provincias de origen.

Una mula cuyana pone el pie firme y seguro sobre la piedra despegada que, pisada un centímetro más afuera de su centro de gravedad, precipita al valle.

Una mula cuyana deja prudentemente cierta distancia con su compañera que la adelanta y se detiene inmediatamente si aquélla se detiene, y calcula tan bien el ancho de las cargas, que voluminosas aumentan sus costillares, que le es posible caminar por angosta senda de herradura sin llevarse por delante ninguna arista saliente de roca. Por su malignidad golpea, a veces, las árganas, pero en lugares seguros, pues cuando el camino es verdaderamente peligroso, se guarda muy bien de hacerlo, porque el gesto podría acarrearle la muerte, y ella lo sabe.

Pero llegamos a la región de los bosques, donde la liana enmarañada, el tronco caído y los árboles que a veces vegetan demasiado cerca uno de otro, dejan en miserable estado a la mula del llano y a la de la montaña; entra entonces en juego y muestra toda su habilidad y perfecto dominio del ambiente, la vivaz y pequeña mula de Arauco, nacida en las boscosas faldas de la montaña del sur de Chile.

Entre ellas he conocido una, que era habilísima para deslizarse con su carga por entre el dédalo intrincado del bosque y enseñaba el mejor camino a las demás.

Al más insignificante ruido de rama que tocaba su carga, rápida se agachaba y, casi arrodillada, pasaba el peligro. Se había hecho tan sensible al roce de las plantas, que aún sin carga, en un corral y acampados en pampa abierta, era suficiente pasarle suavemente la mano por el lomo, para que el animal doblara inmediatamente sus patas y diera uno o dos pasos en esa posición, como para evitar el imaginario peligro.

En el Jardín Zoológico, naturalmente en recinto abierto y sin árboles, he vuelto a ver reproducirse ese característico movimiento en varios animales, cuyas patrias de origen son regiones boscosas: el gnu, entre ellos y, sobre todo, los cinco tapires de nuestra colección que, en cualquier edad, en cualquier momento, acariciándoles el lomo con cierta presión de la mano, se agachan con ese movimiento atávico adquirido ya como un instinto por tantas generaciones que han vivido y recorrido la embarazante y robusta maleza del bosque chaqueño.

CLEMENTE ONELLI.

DON BERNARDINO RIVADAVIA

Don Bernardino Rivadavia, antes de la revolución de 1810, ya era distinguido por su talento y su ciencia. Reposado y grave, sobresalía entre sus contemporáneos. Como capitán del cuerpo de Gallegos, defendió bizarramente a su patria contra la invasión inglesa. Cuando los españoles se dividieron entre Liniers y Alzaga, Rivadavia se puso del lado del primero porque la idea americana en ello ganaba, y su resolución fué de gran peso para hacer inclinar la balanza a favor de Liniers.

Tomó parte principal en la revolución de 1810, y su habilidad e incontrastable firmeza contribuyeron a descubrir y vencer la vasta y poderosa conjuración de Alzaga, amago el más serio que puso en peligro la independencia del Río de la Plata. Marchó en seguida a Europa, y en las cortes de Londres, París y Madrid, se mostró puro, firme, patriota. Tuvo la valentía de decir rostro a rostro a Fernando VII, que la independencia de América era una necesidad. El Ministro Soler que entró con él en una discusión sobre este punto, salió de ella convencido, y la corte de Madrid alarmada del proselitismo que hacía el americano Rivadavia, ordenó que saliese de los dominios españoles.

La primera administración de orden que existió después de los disturbios del año 1820, fué la del general don Martín Rodríguez, y a hacer parte de ella fué llamado don Bernardino Rivadavia, recién llegado de Europa. Sus grandes servicios le habían adquirido la completa confianza de

sus compatriotas. En esa administración que puso las bases al orden administrativo de Buenos Aires en todos sus ramos, es rara la institución de que pueda vanagloriarse esa provincia, que no haya sido concebida por don Bernardino Rivadavia o realizada con su cooperación. La idea de progreso está unida en Buenos Aires al nombre de Rivadavia, y esta fama de bienhechor de que goza, no ha costado sangre, sino que ha sido conquista pacífica del genio, tributo espontáneo que le ha rendido la conciencia pública.

Grande debió ser el convencimiento público del mérito de don Bernardino Rivadavia, cuando ni su ausencia larga, tan fatal en los países democráticos para los hombres de Estado, ni su no admisión en Londres como agente público, pudieron hacerle desmerecer del aprecio de sus conciudadanos, sino que éste creció hasta el punto que un Congreso de Diputados de todas las Provincias Argentinas, le nombró casi por unanimidad Presidente de la República.

JOSÉ RIVERA INDARTE.



VISION DE PESADILLA

Saltó el tigre sobre el lomo del caballo, de repente;
y el caballo rasgó el aire con un trémulo piafido,
retembló nerviosamente,
arrancó de un golpe el lazo y escapó despavorido.

Fué un fantástico galope por la selva. Fué la extraña
visión de una pavorosa pesadilla . . .
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña
una roja media luna levantaba su cuchilla.

Extendida largamente la cabeza,
desenvuelta por los aires la espesura de la cola,
el corcel corría, lleno de una trágica grandeza,
a galope por en medio de la selva muda y sola.

Y corría. Y corría siempre como
una sombra galopante; y en la vasta noche oscura,
iba el tigre sobre el lomo,
recortando la silueta de su elástica figura.

Se dijera que hasta el viento
puso, ante ese desbocado sufrimiento,
un suspiro en cada cueva y en cada árbol un lamento;
y el caballo, por la fiebre poseído,
arrastraba, en la carrera de su fuga sin sentido,
un estrépito en los cascos y en las crines un silbido.

Pero al fin cayó rendido;
y un rugido, un gran rugido
de alborozo envuelto en zaña
llenó, entonces, el espanto de esa larga pesadilla . . .
Sobre el luto de la noche que envolvía la montaña,
una roja media luna levantaba su cuchilla.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



EN EL VALLE DE ALGAR

Entre todos los árboles de este valle hay uno, que se llama el limonero de Lalloza. Aún creo que lo estoy viendo. Su añoso tronco parece palpar al impulso de la savia que corre por todos sus poros; sus anchas hojas, de un verde brillantísimo, lo llenan de aromas embriagadoras; su copa, levantándose audaz, deja entrever algunos pedazos de cielo; su falda, cayendo sobre la tierra, forma como una choza de verdura, en la cual resaltan sus frutos de color de oro pendientes de las ramas; y a su pie corre un arroyo dulcemente, y a su sombra se alza una cabaña habitada por una familia, sin más patrimonio, sin más fuente de vida que aquel árbol, que extiende sobre ella sus ramas, como el ave del cielo extiende en el nido, sobre sus hijuelos, sus maternales alas.

No puede usted imaginarse qué impresión tan profunda hizo en mi ánimo el cuadro de aquella familia. Una pobre mujer perdió a un tiempo a su marido y a su hijo mayor, que era viudo, y se quedó con sus hijos, pequeños todos, y sus nietezuelos, sin tener más patrimonio que aquel árbol. Con el producto del fruto del limonero crió toda aquella numerosa familia, alimentó a sus nietezuelos y a sus hijos. En el tronco del árbol se apoya su vivienda. Un pequeño cercado de cañas sirve de corral a sus gallinas y demás aves domésticas.

El árbol es tan grande, que sus ramas caen fuera de la tierra que es propia de aquella pobre familia, y cobija toda entera la vivienda. Aquella mujer tiene allí un salón más

hermoso que los grandes salones aristocráticos: la copa de su árbol; tiene aromas regaladísimos: el aroma de su árbol; tiene flores hermosas: el azahar de su árbol; tiene en primavera música dulcísima: el canto de los ruisiñores que anidan en su árbol; tiene aire puro: el aire perfumado de su árbol; tiene aves que alimenta con el maíz y el trigo que recoge al pie de su árbol; tiene vida, sí, la pura vida que corre por su árbol. Es muy dulce, muy tierno, ver una familia que vive de la vida de un árbol, que le cuida como un padre, que le atribuye todas sus venturas, que le mira como la fuente de todos sus bienes, que le bendice a todas horas, que se cobija bajo sus ramas como al calor de maternal regazo, que ve en cada uno de sus frutos un presente del cielo, que suspende la cuna de todos sus pequeñuelos de aquellas ramas, que celebra las bodas de todos sus jóvenes bajo aquella espléndida verdura, y que muere al pie de aquel árbol, transmitiendo de generación en generación su recuerdo, hasta hacerlo sagrado en la memoria de los habitantes de toda la comarca.

EMILIO CASTELAR.



LAS ISLAS DE CORAL

Casi tajadas a pico, elévanse de las profundidades del Océano, como altas montañas submarinas, las islas de coral.

Sus bordes, que se levantan algunos pies sobre el nivel del mar, y contra los cuales van a estrellarse sin descanso las irritadas olas, encierran un estanque lleno de agua perfectamente tranquila. Un corto número de plantas, entre las cuales domina el cocotero, forman, por así decirlo, una muralla de verdura por el lado interior del borde.

La tersa superficie del estanque está separada de las oscuras aguas del Océano Pacífico por una línea de escollos blancos como la nieve, sobre los cuales se destacan, con mayor claridad, las elegantes formas de las verdes palmeras.

Colocad sobre todo esto el azul de la inmensa bóveda celeste, y formaréis el cuadro más encantador, la escena más espléndida que puede verse en la naturaleza.

En esta montaña de corales no hay ni un fragmento, ni un átomo que no sea obra de arquitectos marinos.

¿Qué son las dimensiones de las pirámides de Egipto y los más gigantescos trabajos humanos, al lado de estas montañas de piedra, acumuladas, tal vez, durante millares de siglos por el trabajo incesante de seres microscópicos?

Millones de millones de pólipos que viven en familias, trasudan el jugo calizo que forma un conjunto de estuches adheridos al fondo, como una planta que echa raíces.

Las generaciones sucesivas elevan sus ramas, unas sobre otras; la reunión constituye monstruosos bosquecillos de piedra, que llegan a la superficie del agua. Entre esas ramas, otros animales dejan sus despojos, que se acumulan y forman un conjunto compacto como una roca.

Los pólipos no construyen nunca sus moradas en el agua turbia ni estancada; pero ¡cosa extraña!, edifican siempre en medio de las aguas más agitadas o en las rompientes.

JOSÉ T. PIAGGIO.



LAS CATARATAS DEL IGUAZU

El Iguazú no forma una catarata única, sino cientos de cataratas, en las que brinca el agua, despeñándose rugidora entre negros basaltos y frondosas vegetaciones. En unos sitios se adelgaza como una cinta, pasando entre dos paños; en otros se derrumba como una sábana de espumas. Mucho antes de llegar a las verdaderas cataratas del Iguazú, se descuelgan las aguas desde alturas de diez a treinta metros, adoptando distintas formas, unas veces al aire libre, otras, casi ocultas por cortinas de tupida vegetación.

El agua produce, al caer desde alturas tan considerables, nubes de polvo acuoso que transparentan la luz con los colores del iris.

En esta región de innumerables cascadas, las garzas y los flamencos reflejan en los remansos cristalinos sus plumas blancas y rosadas.

Esta maravilla de la América del Sur es superior a las famosas cataratas del Niágara. La diferencia de renombre estriba simplemente en que el Niágara puede ser visitado por todos con gran comodidad, ya que los medios de comunicación que llevan allí son sencillos y abundantes, mientras que para ir al Iguazú hay que sufrir algunas molestias y consumir muchos días en un viaje lento. Especialmente en la época en que las aguas están bajas, la excursión resulta interminable, pues el vaporcito tiene que avanzar en algunos parajes remolcado por hombres que lo llevan a la sirga desde la orilla.



Una de las cataratas del Iguazú.

Tiene la gran catarata del Niágara cuarenta y ocho metros y ochenta centímetros en el punto más alto, y su anchura máxima, incluyendo el islote que surge entre las limitaciones de la gran sábana de agua, es de mil seiscientos metros.

El Iguazú tiene sesenta metros de altura en los dos saltos seguidos que dan sus aguas, cada uno de treinta metros, y el desarrollo total de la ancha catarata es de cuatro mil metros.

Resulta de esto, que el Iguazú aventaja al Niágara en once metros de altura y doscientos de desarrollo. Ofrece, además, la hermosa catarata situada en la frontera de la Argentina y el Brasil, y que, como la anterior, pertenece a dos países, el atractivo de mantenerse en su estado natural, rodeada de bosques y sin instalaciones industriales.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.



LA HERMANA DE LA CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
que descansas el vuelo
sobre la cárcel del linaje humano,
para abrir una fuente de ternura
y una puerta del cielo
donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que ora
junta al desierto lecho del que expira?

¿Quién eres tú, que llora
por la desgracia ajena?

¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
de la feroz matanza,
el rastro de la muerte vas siguiendo
por el ay que se lanza,
y, entre la sangre y el dolor perdida,
donde se da la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
ángel del moribundo,
bálsamo misterioso del herido
y patria en fin del huérfano y del triste,
¿de qué estrella caíste
para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida,
para que quepan en tu amor sagrado
todas las desventuras de la vida?
¡Oh! ¡qué caudal de abnegación encierra,
que no acaba, regado
sobre todas las llagas de la tierra!

RICARDO GUTIÉRREZ.





Tumba de Colón en la Catedral de Sevilla.

AMOR MATERNAL DE LOS INSECTOS

Venid, venid conmigo, venid a aliviar vuestro corazón y espíritu en el consolador espectáculo de esta amable sociedad de los trabajadores de la tierra, de estos encantadores seres, tan graciosos de forma, tan vivos, tan sensibles, tan desprendidos de la materia.

Venid; la primavera os convida. Todo es nuevo en el surco; todo corre, todo canta, todo es alegría, suave olor en la perfumada cuna de los campos.

Bajo el musgo de los bosques, entre las hierbas de la llanura, bajo el tibio aliento del aire y el cálido beso del sol, el amor maternal lleva a todas partes la alegría, la ternura, la vida en la naturaleza.

Las plantas han crecido ya en los campos, en los bosques, en los huertos; y todos los insectos que veis ir y venir, examinar el suelo, sondear las cortezas, tomar el polen de las flores, aspirar su jugo y recoger el diezmo de nuestras cosechas; todos esos insectos son madres laboriosas, activas, diligentes, que van en busca de sustento y abrigo para sus peñuelos.

Levantad la corteza de ese viejo árbol que veis tendido a vuestro paso: está surcado de conductos sinuosos de nidos, que madres previsoras han construido con admirable arte y amor. Hay bajo esa corteza todo un mundo en embrión: aquí huevos, allá larvas, que las carcomas, las bómbrices y otras

madres han depositado, reunido y preservado contra el hambre y el frío, en un dormitorio admirablemente construido.

Todos esos embriones duermen tranquilos, esperando la nueva estación, el primer rayo de sol que va a llamarlos a la vida.

La mayor parte de esas criaturillas, al abrir los ojos a la luz no verán a su madre ni siquiera podrán conocerla, porque murió antes de que ellos nacieran; pero murió dejándoles testimonios de un amor infinito. No sólo les preparó un nido bien cubierto, preservado del frío, del viento, de la lluvia, sino que también les dejó asegurada la existencia hasta que sean bastante fuertes para bastarse a sí mismos.

ERNESTO MENAULT.



EL MENSAJE DE AMÉRICA

Fragmento del discurso pronunciado en España por Juan Zorrilla de San Martín, con motivo de los festejos que se realizaron allí, celebrando el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Todo esto que nos circunda está animado de una vida extraña; todo: la tierra que pisamos, el aire que respiramos, el sol que nos alumbra, el instante que suena en el reloj del tiempo y que nos recuerda que, hace cuatro siglos, partió Colón de allí, de esa punta de tierra que está allí; y esas tres carabelas que vemos allá fondeadas y que, a la voz creadora del arte, han resucitado a los cuatrocientos años de entre los barcos muertos, cruzaron por ahí, por esas aguas rojizas y se perdieron por allá, por detrás de esa colina del monasterio, en busca del mar azul, que entonces, como hoy, estaba tal cual lo hemos visto al cruzar la ría: manso y apacible como una fiera dormida al sol; azul como si todo el cielo hubiera descendido hasta el agua transparente.

¡Y el viento era propicio; y era amiga la aurora; y era el volar del espíritu, del gran espíritu!

Áquel, señores, es el convento, el verdadero convento de la Rábida. Su nombre solo, produce un escalofrío en nuestras carnes; esa es la cruz de hierro de la explanada, la cruz que conocéis, aquella en cuya gradería de piedra, esa misma que está ahí, se sentó Colón el niño, mientras el viejo, el mensajero, apoyado en su báculo, fué a golpear aquella puerta, en la que nos parece vamos a ver aparecer al Padre Marchena. Ved aquel caserío que comienza a blanquear en lo alto de aquella loma verde, que termina en las barrancas grises del Puerto de Palos de Moguer.

El campanario va a tocar el Angelus del mediodía, el Angelus de aquella mañana que también conocéis, de la mañana del viaje, del más memorable de los viajes emprendidos por los hombres.



AMÉRICA

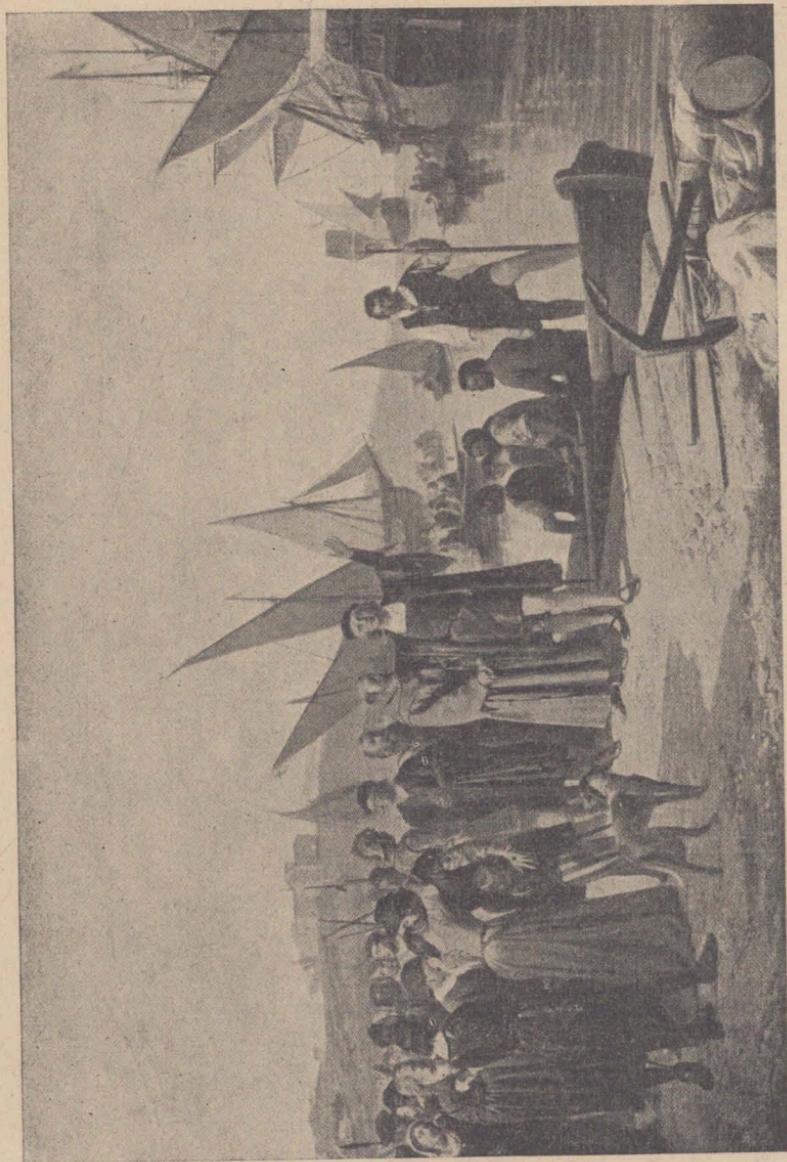
Ceñida de jazmín y enredadera
y entre viejas montañas escondida,
pasa su blanda y perezosa vida
una tierra bellísima, un jardín.

América unos hombres la llamaron
y sus hijos después lo repitieron;
sus moradas sobre ellas suspendieron
la sílfide, la hada, el serafín.

Las auras de sus bosques centenarios
mecen los mil jazmines de su frente,
y un aroma purísimo, inocente,
se desprende al columpio virginal.

Ciñen su inmensa frente por diadema
ejércitos de palmas cimbradoras,
altivas y caducas moradoras
del desierto y del tórrido arenal.

Descienden en vistosos torbellinos
de transparentes perlas sus cascadas,
y bordan las corolas perfumadas
de la campestre y olvidada flor.



Colón se despide del Prior de la Rábida.

Pueblan sus altos robles y sus ceibas
en bandos pintorescos los turpiales,
y ostentan los mitrados cardenales
las púrpuras de Tiro en su color.

Las deidades del mar visten sus playas
de caracoles, conchas y corales,
que ostentan sus desiertos arenales
como un cinto de perlas y rubí.

Encaje pintoresco y ondulante
con que adorna su virgen vestidura
la casta, hermosa, celestial y pura
tierra de los ensueños de alelí.

ABIGAIL LOZANO.



LA LENGUA PATRIA

Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente la Patria como la lengua: en ésta se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar.

Un cantarcillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas como aquellas donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la Patria.

RUFINO JOSÉ CUERVO.

DESCUBRIMIENTO DE LA VACUNA

Las dificultades que encontró el doctor Jenner para propagar y establecer su descubrimiento de la vacuna como un preservativo contra la viruela, fueron grandes. Muchos habían visto la vacuna antes que él, y habían oído la opinión corriente entre los mozos ordeñadores de vacas en Gloucestershire, quienes decían que cualquiera que hubiese contraído esa enfermedad, estaba seguro contra la viruela.

Era un rumor frívolo y vulgar, al que no se atribuía importancia alguna, y nadie lo había considerado digno de ser investigado, hasta que casualmente llegó a oídos de Jenner.

Era joven; estudiaba en Sodbury, cuando le llamó la atención una observación casual hecha por una muchacha campesina que había ido a la casa de su patrón para hacer una consulta. Fué mencionada la viruela, y la muchacha dijo: "No me puede dar esa enfermedad, porque he tenido la vacuna".

La observación fijó inmediatamente la atención de Jenner, y en el acto se puso a inquirir y a hacer observaciones sobre el asunto. Sus amigos de la misma profesión, a quienes manifestó sus ideas sobre las virtudes preventivas de la vacuna, se rieron de él, y hasta le amenazaron con expulsarlo de su centro si insistía en molestarles con ese tema.

En Londres tuvo la fortuna de estudiar con Hunter, a quien comunicó sus ideas. El consejo del gran anatomista fué: No penséis, pero probad; sed paciente y exacto. El valor de Jenner se vió sostenido por el consejo, que le enseñó el verdadero arte de la investigación filosófica.

Regresó al campo para practicar su profesión y hacer observaciones y experimentos, que continuó durante un período de veinte años. Su fe en el descubrimiento era tan grande, que vacunó a su propio hijo en tres ocasiones. Finalmente publicó sus observaciones en un libro de unas setenta páginas, en el que detallaba veintitrés casos de personas vacunadas con éxito, en quienes después se vió que era imposible comunicar la viruela ni por contagio ni por inoculación.

¿Cómo fué recibido el descubrimiento?

Primero con indiferencia, después con hostilidad. Jenner fué a Londres para exhibir a sus comprofesores el procedimiento de la vacuna y sus resultados; pero un solo médico se decidió a hacer la prueba, y después de esperar tres meses sin resultado alguno, regresó a su pueblo natal. Hasta se vió puesto en caricatura y ultrajado por su intento de bestializar a la especie humana, introduciendo en sus cuerpos materia enferma de la ubre de la vaca. Se afirmaba que las criaturas vacunadas se volvían con la cara de buey, que salían abscesos para indicar cuernos nacieses, y que la fisonomía gradualmente se transformaba en la cara de una vaca, y la voz en el bramido de los toros. Sin embargo, la vacuna era una verdad, y a pesar de la violencia de la oposición, se extendió poco a poco la creencia en su eficacia.

Los médicos entraron poco a poco por el camino de la reforma, y aún hubo algunos que quisieron robar al doctor Jenner el mérito del descubrimiento, cuando llegó a recono-

cerse su importancia. Por fin triunfó la causa de Jenner, y fué honrado y recompensado públicamente.

En la prosperidad fué tan modesto como lo había sido en la oscuridad. Fué invitado a establecerse en Londres, diciéndosele que podría obtener una clientela que le produciría diez mil libras esterlinas al año. Su contestación fué: ¡No! En la aurora de mis días, busqué los senderos apartados de la vida: el valle y no la montaña, y ahora que camino hacia el ocaso, no es un regalo para mí presentarme como objeto de fortuna.

SAMUEL SMILES.



LOS BUEYES

Van con su lento andar; estremecidas
las musculosas testas bruscamente
bajo el yugo oprobioso; las enormes
pupilas en las órbitas se mueven
con una triste lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo y nada miran
sino la senda misma y nada advierten
sino el tropiezo próximo: ellos saben
cuán dolorosa es la caída siempre,
y cómo aumenta ese dolor el hierro
de la aguzada pica introduciéndose,
en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden,
brillantes hilos que en el blanco polvo
trazan complejas curvas, que parecen
los misteriosos signos con que escriben
estos desheredados de la suerte,
en la página inmensa del camino,
la sombría odisea de sus crueles
marchas interminables, a lo largo
de una ruta sin fin.

MANUEL MAGALLANES MOURE.

BATALLA DE DON QUIJOTE CON LOS MOLINOS DE VIENTO

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero: "La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear, porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o poco más desaforados gigantes con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer: que ésta es buena guerra y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. — ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. — Aquéllos que ves allí, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. — Mire vuesa merced, respondió Sancho, que aquéllos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino. — Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, an-



Después del combate de Don Quijote con los molinos de viento.

tes iba diciendo en voces altas: “Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete”. Levantóse en esto un poco de viento y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: “Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar”. Y en diciendo esto, encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en ristre, arremetió a todo el galopé de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió al viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear; tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

“¡Válgame Dios! dijo Sancho: no le dije yo a vuesa merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quién llevase otros tales en la cabeza? — Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento; tal es la enemistad que me tiene; más al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. — Dios lo haga, como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole a levantar tornó a subir sobre Rocinante que medio despaldado estaba; y hablando de la pasada aventura siguieron el camino de Puerto Lápice.

CERVANTES.



Cervantes en su última enfermedad.

LA NIÑA Y LA MARIPOSA

Va una mariposa bella
Volando de rosa en rosa,
Y de una en otra, afanosa,
Corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
Sigue con pueril afán,
Y con airoso ademán
La mariposa se esquivá.

A veces con loco intento
Quiere hacer presa en sus galas,
Y en vez de tocar sus alas,
Toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
Cuanto más corre afanosa,
Más leda la mariposa,
Va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
Y al ir a cogerla esbelta,
Por cada vez que se suelta,
Suelta la niña un suspiro.

Mas, sin ceder en su anhelo,
Presta una, y la otra ligera,
Ni una acorta su carrera,
Ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
Sin sentir, indiferentes,
Ni el son de las claras fuentes,
Ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,
Entre las ramas divisan,
Ni ven las flores que pisan,
Ni oyen las aves que cantan.

Y mientras están cantando
Siguen con plácido estruendo,
La niña sigue corriendo,
La mariposa volando...

CAMPOAMOR.



FRAY JUSTO SANTA MARIA DE ORO Y EL CONGRESO DE TUCUMÁN

Figura singular, llena de propio resplandor y en cierta faz única, es la del hombre cuya memoria el pueblo de San Juan ha consagrado sobre su pedestal. Fué un religioso humilde: "alma angélica, en quien las dotes del corazón y la cabeza estaban equilibradas", dice Mitre; "energía de carácter, pertinacia de designio que engendra las grandes cosas", dice Sarmiento . . .

En el escenario de los Recuerdos de Provincias, la sombra venerable y paternal del obispo de Cuyo tiene reflejos de santidad que nacen del sacerdocio, pero también del corazón: "virtud, ciencia, patriotismo", podían ser palabras que se inscribiesen en el pedestal de su estatua.

Se ha dicho, con profunda verdad, que no hubo en nuestra historia asamblea más penetrada del espíritu argentino que la conocida con el nombre glorioso de Congreso de Tucumán . . .

Lo que da relieve majestuoso al Congreso de Tucumán, aparte del valor individual de sus hombres, es el negro fondo de inquietudes en que se perdía, en el año triste de 1815, la causa de la libertad. Lanzado el grito de la emancipación, era necesario no derrumbarse en un abismo de impotencia.

Derrotadas las armas en Vilcapugio y Ayohuma, dispersa y perdida la unidad de la guerra y de la política, amenazador y adusto el porvenir y ensangrentado el fantasma de la

anarquía, aquel núcleo solitario de frailes, doctores y patriotas, congregados en la sala de Tucumán, siente la inspiración salvadora del momento histórico, y de lo más hondo de la debilidad arrancan la fortaleza invencible, la rehabilitación absoluta y definitiva de la empeñada contienda.

En este instante, la apacible figura del dominico de San Juan se eleva sobre sus compañeros y sobre sus contemporáneos con todas las líneas de los caracteres superiores, y su profunda y santa sinceridad le inspira la conducta inflexible que imprimió a nuestra Nación, para siempre, el sello de la libertad republicana. Fué en la sesión del 15 de julio, y mientras se discutía la base quinta de las deliberaciones del Congreso sobre la forma de gobierno que "más conviene para hacer prosperar las Provincias Unidas", cuando según el Redactor, "tomó la palabra el diputado Oro, exponiendo que para proceder a declarar la forma de gobierno, era preciso consultar previamente a los pueblos. . . y que en caso de procederse, sin aquel requisito, a adoptar el sistema monárquico constitucional, a que veía inclinados los votos de los representantes, se le permitiese retirarse del Congreso, declarando ante quien debía verificar la renuncia de su empleo. Se le contestó detenidamente por algunos señores diputados, y no cediendo a sus convencimientos, terminó la sesión".

Cuando se dice, pues, que a fray Justo Santa María de Oro se le debe el establecimiento de la República, se expresa una irrefutable verdad histórica.

¡Oh, santa fué, sin duda, la inflexible tenacidad del "fraile sabio" de San Juan, y su "pertinacia de designio que engendra las grandes cosas"!

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

CONFRATERNIDAD ABORIGEN

En La Quiaca no hay indios argentinos ni bolivianos; hay, simplemente, indios. El quechua, como lengua sacramental; la misma indumentaria; los mismos hábitos; iguales caracteres fisonómicos; el mismo temperamento personal. Cabalgaduras, arneses, ponchos, ojotas... Las mujeres con su pollerín ampuloso y encarrujado, su sombrero café y su platería martillada, en pendientes rústicos y gruesos anillos; sus sandalias o botas elegantes, si las cosechas del ingenio argentino o alguna transacción feliz en frutas de la quebrada de Selocha han podido proporcionar el lujo del becerro francés y el tacón alto; los hombres con su sombrero claro de anchas alas, o su hongo de fieltro, su chaqueta de lana de guanaco y su poncho crudo a grandes franjas multicolores o en el tono penetrante del punzó recio, o el verde oscuro... Todos apacibles, suaves, humildes; se dijera tristes. Los mismos bailes: una rueda promiscua que se ensancha hasta con cincuenta bailadores y que gira y cambia de lugar a merced del músico, colocado en el centro y que ejecuta la quena y el tamboril al mismo tiempo. Su sentimiento filarmónico es el mismo: con cuatro notas combinan una sonata. El "herke" es una trompa de cuerno unitona, enchufada en una caña de dos o tres metros de largo, según la fuerza pulmonar del tocador; el "herdencho", la quena, de poética fama, el tamboril y el "charango", completan su instrumental. El "charango", instrumento exótico, tiene la forma de una guitarra; los indios lo fabrican con la caparazón del quirquincho y hasta de madera de pino.

JAIME MOLINS.

LA VIDA ES SUEÑO
(*Monólogo de Segismundo*)

Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando,
Y este aplauso que recibe
Prestado, en el viento escribe;
Y en cenizas le convierte
La muerte. ¡Desdicha fuerte!
Que ha quien intente reinar
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte.

Sueña el rico en su riqueza
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que a medrar empieza;
Sueña el que afana y pretende;
Sueña el que agravia y ofende;
Y en el mundo, en conclusión,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
De estas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Más lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí,
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño
Y los sueños, sueños son.

CALDERÓN DE LA BARCA.



POR LOS NIÑOS POBRES

Un médico de niños, cuya muerte dejó por cierto un doble claro en la ciencia y en las letras; un médico nuestro y muy nuestro, pasaba todas las mañanas, camino del hospital, por un conventillo en cuya puerta jugaba cotidianamente un grupo de chicos.

Un día su ojo experto echó de menos a uno; volvió a notar su ausencia al día siguiente y se detuvo a inquirir.

—¿Y el rubio? — preguntó.

—Está enfermo, señor.

Y, en efecto, conventillo abajo, en la última pieza, tirado sobre unos trapos, pálido, enfermo, estaba el rubio. Al lado la madre, una obrera.

—¿Quién cuida a este niño?

—Un curandero . . .

—Desde hoy lo cuido yo.

—¿Y usted quién es?

—Ricardo Gutiérrez.

Horas más tarde el generoso médico —selecto espíritu que gustaba restañar en las almas el mismo dolor que curaba en las clínicas— volvía trayendo él mismo los remedios; los remedios eran juguetes, muchos juguetes, una profusión de juguetes, y cuando se retiró, dejando a su rubio sano y bueno entre los muñecos y los pierrots que parecían sonreírle fraternalmente, como si también ellos sintieran la dicha inefable de transmitir un poco de felicidad, dió este diagnóstico que sólo podía inspirar su doble alma de sabio y de filántropo:

—Su hijo no estaba enfermo, señora: está triste.

¡Pensad que hay niños que lloran porque tienen frío, porque bajo el trapo precario vibra una siniestra trepidación de carnicitas; pensad que hay niños que lloran porque tienen hambre, porque en la desolación del cuartujo, diez veces se abrieron sus labios pidiendo pan y otras tantas recibieron de la madre un sollozo por respuesta . . . ; pensad que hay niños que lloran porque una noche han comprendido que están solos en el mundo . . . Cuidemos de los niños, al menos para que, cuando se asomen al mundo desde el pórtico enorme de la pubertad, puedan sentirse espontáneamente inclinados al bien sin que turbe su conciencia el deseo, a veces misteriosamente imperativo, de vengar en sus semejantes, dolores que no se apagan y agravios que no se olvidan, porque así como el tajo hecho en la corteza del arbusto se prolonga a través del tronco corpulento, las heridas abiertas en el alma de los niños perduran a través de la vida y sus azares, al modo de esas cicatrices de hacha sobre las cuales no pasa el tiempo, como no sea para hacer más enérgica y rotunda la hondonada del hachazo . . .

BELISARIO ROLDÁN (H.).



COPLAS DE JORGE MANRIQUE

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte,
Tan callando.

Cuán presto se va el placer,
Cómo, después de acordado
Da dolor;
Cómo, a nuestro parecer,
Cualquier tiempo pasado
Fué mejor.

Y pues vemos lo presente,
Como en un punto se es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.

No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Más que duró lo que vió,
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar,
Que es el morir.
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
Y consumir.

Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos;
Allegados, son iguales
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.



EN LOS BAÑADOS

Para hacer la cacería del carpincho y de la nutria es preciso tener perros adiestrados a la lucha, pues ambos son agresivos cuando se ven en peligro, y el primero es tan bravo que atropella a las canoas, las vuelca con su empuje y muere con sus largos y fuertes colmillos, haciendo heridas no sólo graves por su extensión, sino por su profundidad.

La nutria no ataca a las canoas, pero si encuentra a su alcance un hombre, lo atropella y lo hiere como el carpincho.

Los perros destinados a esta caza tienen siempre los hocicos cruzados de cicatrices y, por lo general, las narices y las orejas las ostentan reducidas a su más mínima expresión. Son más apreciados, por ser más veteranos, aquellos que muestran mayor número de heridas: ellas son el mejor certificado de su valor.

Al carpincho es necesario matarlo a bala la mayor parte de las veces, pues los perros, a no ser que sean varios y de gran alzada, no pueden con él, siendo, como es, animal de gran fuerza; además, difícilmente lo vencen sin causarle muchas heridas, y esto hace desmerecer el cuero.

Los cazadores se sirven de los perros, en esta caza, más para acorralar la presa y poder hacer su tiro con precisión, que para librarla a sus esfuerzos. El tiro lo hacen siempre

a la cabeza, a fin de que el plomo quede dentro del hueso y poder extraerlo y volver a usarlo después de fundido, y tratan de que el proyectil penetre por el ojo, para obtener la piel sin un solo desperfecto.

Con las nutrias, el procedimiento es distinto. Un perro pequeño —un *cupé*, como le llaman en la región— penetra en lo más enmarañado del pajonal y con sus ladridos las asusta, obligándolas a abandonar los labardones, donde, con su cría, van a tomar el sol bajo la salvaguardia de los machos que, en son de guerra, merodean alrededor de la tribu, y a buscar el agua donde su salvación de todo peligro es indiscutible.

El cazador, con sus perros de presa y su rifle, las espera en el punto más estratégico y ahí comienza la batalla y la matanza.

La caza durante la noche es más fácil, aún cuando menos productiva. El cazador se sienta cerca de la costa, en la proa de su embarcación, y con un farol con reflector o con un manojo de pajas secas, proyecta un rayo de luz sobre el agua. Como el carpincho y la nutria son animales sumamente curiosos — como lo son los cisnes, los patos y demás aves de los bañados— se agrupan atraídos por la claridad y poco a poco se van acercando al foco para reconocerlo; el cazador, entonces, elige su pieza y hace fuego. Cuantas veces repite la operación obtiene resultado, y esto hace decir a los cazadores que esos animales y esas aves “se encandilan” y no pueden disparar aun cuando lo deseen.

La época de la caza de la nutria, así como la de la garza, es, precisamente, el invierno, cuando viste su traje de gala, echando el pelo o plumón más espeso y flexible, pero coincidiendo desgraciadamente con la época del procreo: esta ra-

zón ha traído casi el agotamiento de la raza, no solamente en las islas y esteros de la costa porteña, sino también en la entrerriana y santafecina.

En cuanto al carpincho, se le caza todo el año y por esa razón ya no se le halla como en otros tiempos.

Cuenta la tradición, aquí en los bañados, que cuando el tigre declaró la guerra a todos los animales del pajonal — antes de ser su rey, por supuesto — aquéllos se reunieron y formaron un ejército, esperando al enemigo en un gran albardón. Como es de regla, destacaron centinelas en el bañado y confiaron esta comisión al chajá, al carpincho y a la nutria.

Una noche éstos sintieron, de repente, un ruido sospechoso.

El chajá alzó el vuelo gritando: “¡ahí está!”; el carpincho gruñó “¿dónde?”, con su voz cavernosa, y se zambulló; la nutria se limitó a decir entre dientes: “¡qué flojos!”, y se quedó dormitando.

¡Claro! . . . Cayó prisionera y desde entonces es esclava, y por lo tanto el ser más inofensivo del bañado.

JOSÉ S. ALVAREZ.



SONETO

Daba sustento a un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuéle de la jaula el pajarillo
al libre viento en que vivir solía.

Con un suspiro a la ocasión tardía
tendió la mano, y no pudiendo asirlo,
dijo, y de sus mejillas, amarillo
volvió el clavel que entre su nieve ardía.

“¿Adónde vas por despreciar el nido?
¿Al peligro de ligas y de balas
y el dueño huyes que tu pico adora?”

Oyóla el pajarillo enternecido,
y a la antigua prisión volvió las alas;
que tanto puede una mujer que llora.

FÉLIX LOPE DE VEGA.



LOS INDIOS MATACOS

Los matacos viven en las proximidades de las márgenes del curso superior de los ríos Pilcomayo y Bermejo.

Los hombres, que alcanzan una estatura bastante elevada, presentan fisonomías muy primitivas; son bien desarrollados y de musculatura hercúlea. Las mujeres ofrecen, en cambio, un aspecto más agradable. En ambos sexos la suciedad es tal, que contribuye a hacer de los matacos los indígenas menos simpáticos del chaco.

El idioma de estos indígenas es difícil y de pronunciación durísima. La sintaxis es muy simple y directa, como pasa en todos los pueblos sin literatura; el vocabulario no contiene sino las palabras correspondientes a las necesidades de su cultura, faltando por ello las abstracciones, y, por último, la numeración es elemental, pues sólo cuentan hasta cuatro.

Su alimentación es animal y vegetal; comen las piezas que obtienen en la caza, los pescados de los ríos o esteros, y algunos vegetales y frutas silvestres. Por lo general, cuecen los alimentos animales, pero sin sal.

El fuego lo obtienen haciendo girar entre las manos un madero cilíndrico sobre otro puesto horizontalmente, hasta encender el aserrín que resulta; siendo generalmente uno de aquéllos de chilca resinosa.

Usan muchísimo las bebidas fermentadas, especialmente aloja de algarrobo o de vinal. Asimismo, conocen el tabaco, que fuman en pipas de madera.

Las habitaciones las construyen con ramas plantadas en el suelo, atadas arriba en forma de bóveda, y sobre las cuales se arroja abundante paja hasta cubrirlas por completo. Estas casuchas son siempre bajas y su tamaño varía según el número de familias que alojan. El ajuar doméstico es limitadísimo; pocas pieles para acostarse, algunos cacharros de barro y, colgadas de las paredes, bolsas, redes y armas. En la puerta de entrada se planta la lanza y junto a ella el arco y las flechas.

Sus adornos consisten, generalmente, en collares de discos de carey, pulseras de cuero y plumas de avestruz, que se colocan en la frente, cintura, muñecas y tobillos. Hombres y mujeres se tatúan formando figuras geométricas y se pintan la cara de negro, verde y rojo.

La industria textil es, sin duda, la más difundida y ejercida por las mujeres: confeccionan camisas, bolsas, mantas y redes.

Saben fabricar también grandes canoas, excavando para ello el tronco de los árboles corpulentos. Su agricultura es limitadísima, pues por excepción siembran maíz que, cosechado, comen sin moler y apenas asado o hervido.

Las aptitudes artísticas de los maticos son limitadas: se exteriorizan tan sólo en los ornamentos de los tejidos, de las pipas de madera, etc. Sus danzas son sencillas y consisten en carreras describiendo círculos, zig-zags, etc. Igualmente primitivos son los pocos cantos que conocen y los sonidos que obtienen de pequeños silbatos de madera.

La medicina está en manos de los sacerdotes o hechiceros, en cuyos procedimientos se nota un salvajismo completo; sus intervenciones se reducen a cantos, gritos, saltos y succiones.

Las guerras son continuas y sangrientas: casi siempre tienen por causa el hecho de haber invadido un grupo la jurisdicción de pesca o caza de otros, o vengar simples ofensas. Desde luego, se trata de sorpresas a las otras poblaciones, durante las cuales se queman las habitaciones, se capturan mujeres y niños, y se da muerte sin excepción alguna a los prisioneros masculinos mayores. Las armas que usan son el arco, la flecha, la lanza y la macana de madera.

No conocen el comercio, pero realizan sencillos intercambios con los pueblos limítrofes, obteniendo así diversos productos que aplican a los usos diarios.

F. F. OUTES Y CARLOS BRUDK.



VIDA DE CAMPO

¡Qué descansada vida
La del que huye del mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
¡Oh monte!, ¡oh fuente!, ¡oh río!,
¡Oh secreto seguro y deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza o el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves,
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,

A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego, sosegada,
El paso entré los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso ruido
Que del oro y del cetro pone olvido .

FRAY LUIS DE LEÓN.



